Historias de la Biblia para Niños

2

Los Libros de MOISÉS



Historias Padre de Amor

Marlise Schneider

Los Libros de Moisés
Autor: Marlise Schneider
Traducción al Español: Marlise Schneider
Diseño y Portada: Leandro Pena
Maranathamedia.net (*Maranatamedianet@gmail.com*)
Agosto 2026
Impreso en Argentina Por NARDO PURO (*denardopuro@gmail.com*)

Historias de la Biblia para Niños 2

Los Libros de MOISÉS

HISTORIAS **PADRE DE AMOR**

Marlise Schneider

MARANATHA MEDIA

Dedicado a Lukas y Sarah, mis amados hijos.

Quisiera dar un agradecimiento especial a Danutasn Brown, Lavanya Moran, Carlos Hernández, y mi esposo Daniel Bernhardt por sus sugerencias, que fueron de mucha ayuda, durante el proceso en el cual se escribió este libro.

Índice

Índice	5
Introducción	8
1. El comienzo del pecado	11
2. Dios crea nuestro mundo	17
3. Dios crea al ser humano	20
4. El día más feliz	22
5. El árbol prohibido	24
6. Los primeros niños	29
7. Enoc caminó con Dios	33
8. La construcción del arca	35
9. El diluvio	38
10. La torre de Babel	40
11. La tragedia de Job	43
12. Los amigos de Job	47
13. Abram sale de Ur	50
14. Abram viaja a Egipto	52
15. Abram permite que Lot escoja	54
16. Abram rescata a Lot	56
17. Dios renueva su promesa a Abram	59
18. Un pacto de hombres	61
19. Sarai y Agar	64
20. Los tres visitantes	66
21. Ángeles en Sodoma	69

22. Abraham y Abimelec 72
23. Agar e Ismael 75
24. La fe de Abraham e Isaac 77
25. Una esposa para Isaac 81
26. Isaac elije la paz 84
27. Isaac aprende a tener fe 86
28. Mellizos 89
29. El sueño de Jacob 93
30. Jacob y Labán 95
31. Jacob encuentra perdón 98
32. Problemas en la familia de Jacob 102
33. Vendido por sus hermanos 106
34. Jose en Egipto 109
35. José se vuelve gobernador 112
36. José perdona a sus hermanos 116
La primera visita de los hermanos a Egipto 116
Los hermanos regresan a Egipto 118
José les dice a sus hermanos quién es él 120
37. Hallado por una princesa 121
38. La zarza ardiente 124
39. Las diez plagas 127
Comienzan las plagas 129
40. El cruce del Mar Rojo 132
41. Mara y maná 135
42. Codornices y una roca 138
43. Sosteniendo las manos de Moisés 140
44. Moisés acepta un consejo 143

45. El pacto de Dios 145
46. El pacto del hombre 149
47. Un pacto roto 153
48. La gloria de Dios 158
49. El santuario 162
50. Aarón el sumo sacerdote 164
51. Fuego extraño en el santuario 167
52. Quejas contra Moisés 170
53. Los doce espías 173
54. La rebelión contra Moisés y Aarón 176
55. Tristes historias de apedreamientos 180
56. El error de Moisés 184
57. La serpiente de bronce 187
58. Comenzando a confiar en él 190
59. El burro que habló 194
60. Saliendo del cerco protector de Dios 198
61. Despidiendo a Moisés 201
Índice Temático 204

Introducción

Los niños están entre los regalos más preciosos que Dios nos ha encomendado. Al llegar ellos a nuestro mundo, nos damos cuenta de todas las necesidades que tienen los pequeñitos, de las cuales antes no teníamos noción. A través de nuestras pruebas y gozos al criarlos, hemos desarrollado más empatía hacia lo que vive nuestro Padre celestial al criar a todos sus hijos humanos.

Es nuestra responsabilidad traer a nuestros hijos a los pies de Cristo, para que puedan conocer a Dios. Es importante que se los introduzca a las verdades que entendemos que son distintivas y clave para la experiencia del pueblo de Dios en estos últimos días. Todas las historias bíblicas que les presentamos deben estar enmarcadas dentro de los principios con los cuales Dios nos ha bendecido, y los cuales apreciamos tanto.

Marlise, en su anhelo de bendecir a nuestros hijos, Lukas y Sarah, comenzó a tomar nota de las historias que les contaba. Luego, a medida que las notas aumentaban, se hizo claro que también podría ser de gran valor para todos aquellos padres que enfrentan desafíos similares. Así, estas notas se transformaron en un proyecto, del cual éste es el segundo volumen. La historia de la creación y la caída del hombre están cargadas de lecciones para nuestros pequeños. El diluvio, cuando se lo lee cuidadosamente en la Biblia, pinta un cuadro completamente diferente al de la explosión arbitraria de ira que tan a menudo se comparte; cuando se juntan correctamente

todos los pedazos, ésta es una historia que santifica el nombre de Dios.

Este volumen continúa con los viajes de Abraham y sus primeros descendientes, hasta la muerte de Moisés. La historia del éxodo y del cuidado constante de Dios por sus hijos son un claro recordatorio hasta hoy del corazón tierno de Dios frente a la dureza del corazón humano y la rebelión profunda. Esto le queremos enfatizar a nuestros hijos: la debilidad de los humanos, sin condenar a los personajes de las historias, y el cuidado amoroso, paciente y adaptable de Dios, fundamentado en principios. Queremos que nuestros hijos claramente entiendan lo que Dios quiere hacer en ellos, y cómo hacerse disponible a la voluntad de Dios.

Al preparar estas historias, se ha hecho un esfuerzo especial por asegurarse que estén basadas de acuerdo con el Mensaje de 1888. El hombre no tiene consciencia de la profundidad de su pecaminosidad, su autosuficiencia, y el grado de desconfianza que tiene hacia Dios. Estas realidades se manifiestan en muchas historias bíblicas, además del constante anhelo de Dios que toda la humanidad, desde Adán y Eva hasta nuestros días, salieran del antiguo pacto y aceptara el nuevo pacto. Este pacto de Dios consiste en recibir y atesorar su Palabra, en recibir el perdón de Dios y en recibir a Cristo. La experiencia del nuevo pacto se expresa en su mayor claridad en la vida de Cristo.

Cada lección contiene un versículo bíblico de memoria, el cual según el punto de vista de la autora presenta la esencia de la historia. Además, se provee la referencia bíblica de cada historia, junto con la referencia a los escritos de Elena G. de White para quienes deseen leer más. PP se refiere a *Patriarcas y Profetas*, y PR se refiere a *Profetas y*

Reyes. Al final de este libro hay un índice temático que hará más fácil encontrar historias específicas.

Es el deseo de Marlise que este material sea de tanta bendición para usted y su familia, así como la preparación de este libro lo ha sido para nuestra familia.

Que Dios les bendiga en su tarea de ser padres y maestros de aquellos a quienes pertenece el reino de los cielos.

Daniel E. Bernhardt

1. El comienzo del pecado

"Él es la Roca, cuya obra es perfecta,
Porque todos sus caminos son rectitud;
Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él;
Es justo y recto." Deuteronomio 32:4 (RVR60)



Isaías 14:12-14; Ezequiel 28:11-19; Lucas 4:5-6; 10:18; Juan 8:44; 1 Juan 3:8; 2 Pedro 2:4; Judas 6; Apocalipsis 12:7-9, Juan 1:1,2; Proverbios 8:22-30; Hebreos 1. | PP capítulo 1

Muy atrás en la eternidad, antes que comenzara el tiempo, Dios tenía un Hijo. El Hijo de Dios participaba de todos los pensamientos y las ideas de su Padre, y recibió todo su conocimiento de él. Estaba feliz de trabajar con su Padre para cumplir sus planes. Dios, por medio de su Hijo, creó el cielo, los ángeles, los mundos y todo lo que está en ellos.

Dios y su Hijo vivían con los ángeles en el cielo. ¡Qué lugar feliz que era el cielo! Todos los ángeles se amaban, y amaban a Dios y su Hijo. Estaban agradecidos por todo lo que tenían y lo que hacían. Dios le había dado talentos a cada uno, y los ángeles disfrutaban de usar sus talentos para servir al resto de los ángeles. Todo lo que los ángeles hacían les traía gozo a ellos y al resto de los ángeles. No había egoísmo ni maldad entre ellos; cada ángel velaba por la felicidad de los demás. Así es como Dios lo había planificado: no había ni tristeza, ni muerte ni egoísmo en su plan. Los ángeles disfrutaban tanto de su hogar celestial, que estaban constantemente cantando alabanzas a Dios y su Hijo.

Pero luego sucedió algo inesperado. Uno de los ángeles comenzó a tener pensamientos distintos. Su nombre era Lucifer. Era un ángel de luz, lleno de belleza y talento. Era el líder de los ángeles, y todos los ángeles le obedecían. Dios lo había creado perfecto, talentoso y sabio. Pero Lucifer comenzó a olvidarse que toda esta belleza y sabiduría venían de Dios. Comenzó a enfocarse en sí mismo, y empezó a pensar que él había logrado todo por sí mismo. Se llenó de orgullo.

Ahora que Lucifer se sentía tan orgulloso, no estaba satisfecho con solo ser el líder de los ángeles. ¡Quería más! Comenzó a sentir envidia del Hijo de Dios, porque el Hijo de Dios tenía un puesto de autoridad más alto. Comenzó a desear tomar el lugar del Hijo de Dios. ¿Cómo podía suceder esto, si Dios lo había creado perfecto? Es un misterio cómo Lucifer, que tenía todo y fue creado perfecto, podía comenzar a tener pensamientos tan malvados. Pero Dios les da libertad a sus criaturas, y Lucifer usó esa libertad para albergar pensamientos en contra del Hijo de Dios.

Ahora la armonía y la paz del cielo se habían roto. Lucifer comenzó a sentirse tan mal de que el Hijo de Dios estaba sobre él en autoridad, que comenzó a pensar, “Dios no es del todo justo. Él me tendría que haber puesto a mí a cargo, no a su Hijo. ¡Yo haría ese trabajo mejor que él!” Dios y su Hijo le rogaron a Lucifer que cambie su forma de pensar. Le mostraron cuánto lo amaban. Le explicaron que lo habían creado y le habían dado una posición que era perfecta para él y el resto de los ángeles. Pero Lucifer no quiso cambiar de idea. Mientras más lo pensaba, más celoso se sentía del Hijo de Dios. ¡Deseó que el Hijo de Dios desapareciese!

El Hijo de Dios nunca les había pedido a los ángeles que lo adoraran. Nunca había tratado de ser más importante que ellos. Pero

ahora, por causa de los pensamientos de Lucifer, Dios sabía que los ángeles pronto estarían confundidos. Era necesario recordarles quién era el Hijo de Dios y cuán importante era su rol para que todo funcionara bien. Reunió a todos los ángeles y anunció, “Es importante que entiendan la relación que tengo con mi Hijo. Le conté todos mis planes, y él es quien los creó. Por eso mi Hijo es digno de adoración, así como ustedes me adoran a mí.”

Lucifer escuchó este anuncio, y adoró al Hijo de Dios junto con los ángeles. Pero en su mente, no estaba feliz. Ya no amaba al Hijo de Dios como los demás ángeles. Estaba celoso porque quería que los ángeles lo adoraran a él, no al Hijo de Dios. Pronto comenzó a hablarles a los ángeles. Les comenzó a sembrar dudas acerca de lo que Dios había dicho de su Hijo. “No deberíamos tener que adorar al Hijo de Dios; ¡no nos está dando suficiente libertad!” Lucifer mintió a los ángeles.

Algunos de los ángeles comenzaron a sentirse confundidos. Amaban a Dios, amaban a su Hijo, y amaban a Lucifer. ¿Será que Lucifer tenía razón? ¿Era justo que ellos adoraran al Hijo de Dios? Pronto hubo una nueva sensación entre los ángeles: la infelicidad. Los ángeles discutieron entre ellos. Algunos defendían a Dios y su Hijo, mientras que otros defendían a Lucifer. No se ponían de acuerdo, y esto los entristeció.

Dios tuvo paciencia con Lucifer. Dios es el Dios de la vida, el amor y el perdón. No usa la fuerza. Permitiría que cada uno de los ángeles tomara su propia decisión, y no dejaría de amarlos ni de darles vida. Lucifer a veces pensaba, “En realidad, estoy equivocado; estoy mintiendo;” pero era demasiado orgulloso para arrepentirse. Sería demasiado vergonzoso admitir ahora que se había equivocado. Dios estaba dispuesto a perdonarlo libremente, pero las ideas de

Lucifer acerca de Dios habían cambiado tanto, que creía que Dios no lo perdonaría. No aceptó el perdón que Dios le ofreció, y no se arrepintió.

La Biblia dice que hubo "guerra en el cielo". Esta guerra no fue con espadas ni armas; fue una guerra de ideas. Lucifer luchó compartiendo sus ideas acerca de Dios y su Hijo, y Dios y su Hijo siempre respondieron con la verdad. La guerra se hizo tan grande que casi la mitad de los ángeles tomó la postura de Satanás. Sin embargo, Dios y su Hijo no se dieron por vencidos; continuaron tratándolos a todos con amor y paciencia.

Los ángeles leales a Dios y su Hijo le rogaron a Lucifer y sus ángeles que se arrepintieran. "¡No le hagan caso a Lucifer! ¡Regresen a Dios y su Hijo!" rogaron. Así es como continuó la guerra en el cielo: con discusiones.

Algunos de los ángeles que se habían unido a Satanás eventualmente decidieron regresar a Dios, y Dios los recibió con amor. Pero un tercio de los ángeles quedaron con Lucifer. Éste no quería que ningún otro ángel de los suyos se arrepintiera, así que utilizó su mentira más poderosa para convencerlos que se quedaran con él: "Yo conozco a Dios mejor que ustedes. Él dice que va a perdonar, pero yo sé que en realidad no lo hará. Ya hemos ido demasiado lejos; ¡es demasiado tarde para cambiar de idea!" ¡Esto no era verdad!

Dios no utilizaría mentiras; continuó diciendo la verdad, con amor y bondad. Pero las mentes de Lucifer y sus ángeles habían cambiado tanto que la verdad, el amor y la bondad que había en el cielo les molestaba. Finalmente se pusieron tan incómodos en el ambiente del cielo, y en la presencia del Hijo de Dios, que decidieron

irse. Su incomodidad los arrojó del cielo; ya no querían vivir allí. Ya no podían encontrar su lugar en el cielo.

Ahora Lucifer ya no era Lucifer. "Lucifer" significa "portador de luz". Pero Lucifer ya no traía luz; solo traía oscuridad. Su nombre nuevo fue Satanás, que significa "enemigo". Se transformó en el enemigo de Dios y su Hijo. También se lo conoce como el Dragón o la Serpiente.

¿Qué pasaría con Satanás ahora que era el enemigo de Dios? ¿Qué haría Dios? Al separarse de Dios, Satanás estaba desconectándose de la fuente de vida. El resultado natural de esto ¡es la muerte! Pero si Dios dejaba morir a Satanás, entonces los ángeles y el resto del universo siempre pensarían que Dios había matado a Satanás, y estarían confundidos. Siempre se preguntarían, "¿Será que Lucifer tenía razón? ¡Tal vez Dios sí es injusto, después de todo!"

Los ángeles y el resto del universo no podían todavía imaginarse cuánto daño harían las ideas de Satanás. La única manera era que Dios les diera libertad a todas sus criaturas para que elijan entre las ideas de Satanás y los caminos de Dios, y esperar que todos viesen los resultados de cada elección. Esta sería la única manera en la cual el universo entero podría estar seguro que Satanás es el enemigo, el padre de la muerte, y que Dios es amor y vida.

Las historias en este libro, y en el resto de los libros de esta serie, son acerca de lo que sucedió cuando los seres humanos eligieron los caminos de Dios, y qué sucedió cuando eligieron los caminos de Satanás. Cuando el pecado entró en nuestra tierra, el universo entero observó. Con todo lo que sucedió después, el universo finalmente comprendió que Satanás siempre estuvo equivocado, y que Dios siempre fue justo y amoroso. Al leer estas historias, nosotros también aprenderemos cuán amoroso y justo Dios ha sido siempre. ¿Crees que

Dios es justo y amoroso? Pídele que te ayude a verlo de esta manera, y que lo puedas conocer tal como él es.

2. Dios crea nuestro mundo

En el principio creó Dios los cielos y la tierra.
Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra.
Génesis 1:1; Exodo 20:11(RVR60)

 *Génesis 1 | PP capítulo 2*

Dios tenía un plan especial para compartir con su Hijo: harían un nuevo mundo. Este mundo sería hermoso con exuberantes plantas, animales amigables, y familias amorosas que cuidarían de todo. Todos los seres celestiales esperaban los momentos especiales y las conversaciones que tendrían con estas personas, que serían como sus hermanos menores. Si los seres humanos elegían seguir el plan de Dios, su comportamiento bondadoso y amoroso ayudaría al resto del universo a entender mejor el carácter de Dios, su plan para la creación, y porqué su Hijo era digno de adoración.

Dios creó esta tierra por medio de su Hijo. El primer día vino a la tierra, donde se haría este maravilloso mundo nuevo. La tierra estaba vacía; solo tenía agua. También estaba muy oscura. Entonces Dios habló: “Que haya luz.” Y de repente, hubo luz. Él solamente tuvo que hablar, y lo que él mandó fue hecho. “Esto es bueno,” dijo Dios.

El segundo día, Dios dijo, “Separemos las aguas: parte del agua estará arriba en los cielos, y parte del agua estará abajo.” Y sucedió tal como él mandó: ahora había un nuevo gran océano, luego aire

para respirar, y además agua por encima del aire. Las criaturas que Dios estaba planeando crear necesitarían de este aire y esta agua para vivir. “Esto es bueno,” dijo Dios.

El tercer día, Dios dijo, “Que haya tierra, y todo tipo de plantas sobre la tierra.” Y así sucedió. Ahora la tierra estaba hermosísima con sus parcelas de pasto verde, flores de todas las formas y colores, y árboles enormes llenos de fruta. Dios sabía que las personas y los animales que él crearía necesitarían esa fruta. “Esto es bueno,” dijo Dios.

El cuarto día, Dios dijo, “Que el sol brille durante el día y que la luna y las estrellas brillen durante la noche.” Y así sucedió. Desde allí en adelante, el cálido y resplandeciente sol brillaba durante el día; las plantas que Dios había creado necesitaban ese sol, y los animales y la gente que él iba a crear también lo necesitarían. Y durante la noche, la luz más tenue de la luna y las estrellas darían un brillo reconfortante en la oscuridad. “Esto es bueno,” dijo Dios.

El quinto día, Dios dijo, “Que haya criaturas vivientes en el agua, y que haya criaturas voladoras en el aire.” De repente, las aguas se llenaron de peces coloridos y criaturas de mar. Y hubo bellas aves que volaban en el cielo y se posaban sobre los grandes árboles. La tierra ya no estaba en silencio: el agradable sonido de las aves llenó el aire y trajo más alegría al nuevo mundo. “Esto es bueno,” dijo Dios.

El día seis, Dios dijo, “Que haya criaturas vivientes en la tierra.” Y así sucedió: ahora había animales en toda la tierra. Dios creó un macho y una hembra de cada tipo de animal. Había altas jirafas, enormes elefantes, pumas elegantes, tiernos conejitos y diminutos ratoncitos. Todos ellos vivían en paz; ningún animal lastimaba a los

demás, y ninguno sentía temor. Todos los animales estaban seguros y felices y tenían todo lo que necesitaban.

Ahora el mundo estaba verdaderamente hermoso con tantas plantas, peces, aves y animales que lo poblaban y llenaban de color. El aire estaba lleno de los sonidos agradables de estos animales y aves. Pero Dios aún no había terminado. Todavía tenía más que hacer en el día 6: estaba por crear la mejor parte de su creación.

Podemos alabar a Dios porque cuando él habla, puede hacer que lo que él dice, suceda. Él creó el mundo hablando. Gracias a esto, sabemos que cuando él dice que nos quiere hacer buenos y bondadosos, él lo hará, si tan solo creemos sus palabras. ¿Crees que Dios puede hacer en ti lo que él promete que hará?

3. Dios crea al ser humano

Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Génesis 1:27(RVR60)

 *Génesis 2:7-25 | PP capítulo 2*

Era aún el día sexto. Dios acababa de crear a todos los animales que caminan y se arrastran sobre la tierra. El mundo lucía hermoso y estaba lleno de sonidos agradables. Pero el día sexto no se había acabado todavía.

En los primeros cinco días, cada vez que Dios quiso crear algo, él habló. Incluso en el día sexto, cuando creó a los animales, usó su palabra. Lo único que necesitó hacer fue hablar, y la cosa fue creada. Pero ahora iba a crear algo tan especial que lo haría en forma diferente de como había creado todas las demás cosas de la tierra.

"Hagamos al hombre a nuestra imagen," Dios le dijo a su Hijo. Harían un hombre y una mujer que tendrían una relación muy especial entre ellos, empezarían una familia, y estarían a cargo de toda la tierra. Este hombre y esta mujer serían un modelo para todo el universo, para ayudarles a entender cómo son Dios y su Hijo.

Dios, por medio de su palabra, había creado todo en la tierra hasta ahora. Pero esta vez, no habló. En cambio, su Hijo se agachó y comenzó a moldear algo con arcilla: creó un hombre de arcilla. El Hijo de Dios moldeó con cuidado la cara, el pelo y los dedos del hombre. Luego sopló en su nariz, y ¡el hombre vivió! Este fue el primer hombre que Dios creó. Dios le puso de nombre Adán.

Dios plantó un bello jardín, y se lo entregó a Adán para que viviese allí. Adán amaba su nuevo hogar. Estaba feliz mientras nombraba a todos los animales que veía. Disfrutaba de hablar con Dios, su Hijo y los ángeles. Pero luego de un rato, sintió que algo faltaba. Le preguntó a Dios, "¿Porqué creaste dos de cada tipo de animal, pero me hiciste a mí solo? ¿Porqué no hay otra criatura como yo? Los leones se tienen entre ellos, las ovejas se tienen, y los loros también. Pero solamente estoy yo. ¿Porqué?"

Dios había estado esperando que Adán le preguntara esto. "No es bueno que el hombre esté solo," Dios estuvo de acuerdo. Él había querido que Adán se diera cuenta de que necesitaba una compañera. Entonces Dios dejó que Adán durmiera una siesta. Mientras él dormía, el Hijo de Dios sacó una de las costillas de Adán. Con esta costilla, creó una mujer. Cuando Adán se despertó, se dio cuenta que Dios le tenía una sorpresa: ¡Dios le mostró una mujer! Ella podía hablar y comprender igual que Adán. Podría compartir su vida con Adán. Fue la primera mujer que Dios creó.

Adán estaba muy, muy feliz cuando la vio. Le puso de nombre Eva. Estaba tan gozoso de tener alguien que podía entenderlo y que fuese igual que él. Ahora podrían vivir juntos y compartir su hermoso hogar en el jardín. ¡Jamás estarían solos!

Dios sonrió y le dijo a su Hijo, "¡Esto es muy bueno!" Amaba a Adán y Eva, y le daba felicidad el haberles hecho un mundo tan hermoso para que fuese su hogar.

Cuando Dios, por medio de su Hijo, creó a los seres humanos, dijo que era "muy bueno". Él todavía se siente así en cuanto a nosotros. Nos ama y nos quiere dar solamente cosas buenas. ¿Le agradecerás a Dios por crearte a su imagen, y por darte tantas cosas buenas?

4. El día más feliz

Acuérdate del día sábado para santificarlo.
Éxodo 20:8 (NVI)

 *Génesis 2:1-4 | PP capítulo 2*

Durante seis días, Dios, por medio de su Hijo, trabajó y creó la tierra, junto con todos los peces, aves y animales. El sexto día hizo la parte más importante de la creación: los seres humanos. Dios deseaba pasar tiempo con Adán y Eva; eran sus nuevos hijos. Para esto, el séptimo día, Dios hizo algo diferente a lo que había hecho los demás seis días.

En lugar de crear algo que todos podían ver, tocar u oír, Dios les dijo a Adán y Eva que cada séptimo día sería más especial que los demás días. Este día sería un sábado, un día en el cual podrían dejar sus ocupaciones diarias y tener más tiempo para estar con él. Durante los demás seis días, Adán y Eva estarían trabajando en su hogar-jardín, cuidando de las plantas y los animales que estaban allí. Pero el sábado dejarían su trabajo de lado y pasarían ese tiempo con Dios. En este día, con la bendecida presencia de Dios, se deleitarían en su creación, y fortalecerían su conexión con Dios y su conexión entre ellos. ¡Qué hermoso regalo de Dios!

El resto de la semana, Adán y Eva no se sentían solos. Los ángeles venían a visitarlos, y todos los días se encontraban también con Dios y su Hijo. Cada día Dios y su Hijo los visitaban un rato a la mañana, y un rato a la tarde. Pero el sábado, él y su Hijo pasaban el

día entero con ellos. Era un regalo especial, y algo que ellos anticipaban toda la semana.

A Adán y Eva les deleitaba trabajar en su jardín. Cuando Dios creó el mundo, lo hizo perfecto. Adán y Eva nunca se sentían con demasiado frío ni calor. Nunca estaban demasiado cansados. Tampoco sentían dolor. El trabajo era entretenido, y estaban felices mientras cuidaban de su jardín. Pero el sábado sentían mucho placer al dejar su trabajo durante todo el día simplemente para pasar tiempo con Dios y su Hijo.

El sábado fue un maravilloso don de Dios para Adán y Eva, y ellos lo aceptaron de todo corazón. Dios nos quiere dar el sábado, también. Él todavía quiere pasar este día con nosotros. El sábado es un día en el cual el Espíritu de Dios nos viene en medida extra. Cuando aceptamos el sábado como un regalo de Dios, encontramos que es un día maravilloso para disfrutar con nuestra familia y amigos, para aprender acerca de Dios y para descansar de todas las cosas que nos tienen ocupados durante la semana. El sábado es verdaderamente un don especial de Dios. ¿Te gustaría recibir y disfrutar de este regalo?

5. El árbol prohibido

Fíate de Jehová de todo tu corazón,
Y no te apoyes en tu propia prudencia.
Proverbios 3:5 (RVR60)

 *Génesis 3 | PP capítulo 3*

Adán y Eva nunca se sentían solos. Estaban juntos, y recibían visitas de Dios mismo y de su Hijo. Los ángeles también venían a visitarlos. Aunque eran los únicos dos seres humanos en el mundo, no se sentían solitarios para nada con toda la compañía que recibían del cielo.

Antes que Dios creara a Eva, él le dijo a Adán, “Este es tu jardín, el jardín del Edén. Quiero que cuides de los animales y las plantas que hay aquí. Puedes comer de todos los árboles del jardín. Hay un árbol especial que hice para ti. Se llama el árbol de la vida. Lo he puesto en el medio del jardín. Puedes comer libremente de él, también. Pero hay un árbol del cual no deberías comer: el árbol del conocimiento del bien y del mal. Si comes de él, morirás.” Después que Dios creó a Eva, ella también aprendió acerca de los árboles del jardín.

Los ángeles que venían a visitar a Adán y Eva les rogaron: “Por favor manténganse lejos de ese árbol. Siempre estén juntos. Si están juntos, podrán recordarse el uno al otro de mantenerse alejados de aquel árbol.”

Por un tiempo, Adán y Eva prestaron atención a las instrucciones de Dios y al consejo de los ángeles. Disfrutaban sus días en su bello

jardín. Había tanto para hacer; sin embargo, jamás se sentían cansados. Les daba placer cuidar su jardín, trabajar con los árboles, las enredaderas y las flores para hacer que el jardín fuese aun más hermoso. Degustaban de la amplia variedad de frutos deliciosos y nueces que crecían en los árboles. Disfrutaban de acariciar a los mansos animales, y de nadar en el agua. No había peligros. Nunca se sentían enojados, cansados, temerosos ni con dolor. Cada día también recibían visitas de los ángeles y de Dios y su Hijo.

Un día, a pesar de todas las advertencias de los ángeles, Eva deambuló sola, y antes de que se diera cuenta, estaba en frente del árbol prohibido. De repente escuchó una voz que le hablaba: "¿Así que Dios dijo que no puedes comer de ningún árbol del jardín?" Eva miró y vio una serpiente – una bella, colorida serpiente con alas. La serpiente estaba comiendo unos de los frutos del árbol y hablaba. Ella estaba tan sorprendida que no se dio cuenta que debía irse de allí cuanto antes. En cambio, le respondió, "No, eso no es lo que Dios dijo. Podemos comer de todos los árboles del jardín, menos éste. Ni siquiera debemos tocarlo, ¡sino moriremos!"

Eva no debía haber discutido con la serpiente. Tendría que haberse ido cuanto antes. Pero estaba maravillada al ver que la serpiente hablaba, algo que ella nunca había visto. Esto la tenía deslumbrada y atrapada. La serpiente ahora dijo, "No vas a morir. Mira, estoy comiendo del fruto y no estoy muerto. Dios simplemente no quiere que lo comas porque una vez que lo hagas, conocerás algunas de las cosas que él conoce que él no quiere que conozcas. Obtendrás poderes que él no quiere que tengas."

Eva estaba confundida; ella vio que la serpiente comía del fruto hermoso, y de repente deseó comer ella también del fruto. ¿Confiaría ella en la serpiente, o confiaría en lo que Dios les había dicho?

Tristemente, decidió no confiar en Dios. Tomó uno de los frutos y le dio un mordisco. Se imaginó que estaba obteniendo algo precioso. Luego juntó más frutos, y corrió en busca de Adán. Quería compartir los frutos con él.

Cuando Adán vio que ella había comido del fruto y que le estaba ofreciendo algunos, se entristeció mucho. "¡Dios me la va a quitar!" pensó, "¡No quiero vivir sin ella!" ¿Confiaría en que Dios sabría cómo arreglar las cosas? Lamentablemente, no confió en Dios. Ya que no quería estar sin Eva, comió del fruto. De repente Adán y Eva se miraron, y sintieron una profunda vergüenza y tristeza. Se dieron cuenta que no tenían ropa puesta. Hasta entonces, habían tenido vestimentas de luz que los cubrían, pero ahora esta cobertura había desaparecido. A las apuradas, se cubrieron con unas enormes hojas de higuera que encontraron. Ahora tenían miedo. ¿Qué les haría Dios ahora que le habían desobedecido y comido del árbol?

Pronto Adán y Eva escucharon la voz de Dios mientras él venía para visitarlos en el jardín. Era la hora de la visita vespertina de Dios con ellos. Estaban aterrorizados. Salieron corriendo y trataron de esconderse detrás de unos árboles.

Con delicadeza, Dios llamó, "Adán, ¿dónde estás?" Adán espió desde su escondite y contestó, "Te oí llegar, y tuve miedo, porque no tengo ropa puesta." "¿Quién te dijo esto?" preguntó Dios, "¿Has comido del árbol prohibido?"

Si tan solo Adán hubiera contestado simplemente, "Si, Señor, lo hice, ¡y lo lamento mucho!" Pero en cambio, intentó buscar excusas. Dijo, "La mujer que me diste – ¡ella me hizo comerlo!"

Entonces Dios miró a Eva y le preguntó, "¿Qué has hecho?" Si tan solo Eva hubiera dicho, "Comí del árbol prohibido, ¡y lo lamento mucho! ¿Me perdonas?" En cambio, ella también buscó excusas.

Dijo, “La serpiente que creaste me engañó para que yo comiera del fruto.” Ninguno de los dos quiso aceptar que se había equivocado, entonces culparon a la creación de Dios por lo que habían hecho, y al hacer esto, culparon a Dios.

El corazón de Dios estaba quebrantado. Miró a sus hijos, a quienes amaba tanto. Tenía que explicarles lo que iba a suceder ahora que habían permitido que entrara en la tierra el pecado y la desconfianza en Dios. Habían permitido que Satanás entrara en sus pensamientos e ideas. Les dijo, “La serpiente ahora tendrá que arrastrarse sobre su pecho. Ya no tendrá alas. Eva, ahora te dolerá cuando tengas hijos. Adán, tendrás que trabajar mucho más ahora para producir comida, y sentirás cansancio. Eventualmente, te volverás viejo y morirás.”

Sin embargo, Dios no los dejaría sin esperanza. Les dijo que él y su Hijo tenían un plan: un día su Hijo nacería como un bebé y viviría una vida sin pecado, y él cargaría los pecados de ellos y les ayudaría a volver a Dios. Dios no los dejaría solos. Si prestaban atención a sus palabras, podrían resistir las tentaciones de Satanás con su ayuda.

Ahora Adán y Eva tuvieron que irse del jardín del Edén y vivir afuera. La muerta había entrado, y Dios quería proteger al jardín de ella, para poder dárselo exactamente como era, una vez que el pecado y la muerte se acabaran para siempre. “Ya no pueden comer del árbol de la vida,” Dios les dijo con tristeza. Luego Dios les hizo ropa con las pieles de una oveja, y se las dio a Adán y Eva. Estas pieles eran de una oveja que Adán mismo mató. Dios no deseaba que los animales mueran; él hubiera perdonado gustosamente a Adán, pero le dio instrucciones de sacrificar una oveja. ¿Porqué Dios hizo esto? Lo hizo para que Adán recordara que el Hijo de Dios moriría por él. Además, el pensamiento de Adán había cambiado ahora que

él había permitido que las ideas de Satanás entraran en su mente. El sacrificio de un cordero le ayudó a creer que estaba perdonado, aunque Dios no necesitaba ningún sacrificio para perdonar.

Adán y Eva estaban con el corazón roto; habían confiado en sus propios pensamientos en lugar de las palabras de Dios. Les daba mucha tristeza tener que dejar su hermoso jardín-hogar. Pero tenían el consuelo de saber que Dios aún los amaba y que estaba dispuesto a darles su Hijo para salvarlos. Dios quiere hacer esto por cada uno de nosotros, también, porque nos ama. ¿Aceptas el regalo de Dios?

6. Los primeros niños

Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Romanos 8:14 (RVR60)

 *Génesis 4 | PP capítulo 5*

Adán y Eva miraron a su primer bebé. Era un varoncito, y lo llamaron Caín. ¡Fue el primer bebé que alguna vez nació! Eva se preguntó, ¿será que este bebito es el Prometido del cual Dios nos habló?

¡Qué alegría les daba ver a Caín crecer! Después de un tiempo, Adán y Eva tuvieron otro niñito, a quien llamaron Abel. A medida que Caín y Abel crecían, sus padres les contaron todas las historias de lo que sucedió en Edén. Les compartieron el amor de Dios por ellos, y todo lo que él estaba dispuesto a hacer para salvarlos. Todos los días tenían el culto matutino y vespertino, a la misma hora en la que se habían encontrado con Dios cuando vivían en el Edén.

Adán les enseñó a sus hijos que a veces tenían que sacrificar un corderito. Esto era terriblemente triste para ellos. “Este corderito inocente nos recordará cómo nuestros pecados harán que el Hijo de Dios sufra y muera,” Adán explicó. A Dios no le gustaba ver que se matara a los corderitos, pero utilizó estos sacrificios para que los humanos pudieran ver lo que había en sus corazones. Cuando rechazaban las palabras de Dios, era como si estuvieran matando a su Hijo. ¿Cómo te sientes cuando alguien a quien amas te rechaza? Duele mucho, ¿no es así? Cuando rechazamos las palabras de Dios, él y su Hijo sienten dolor, también. A Dios también le duele porque

sabe que los que no le hacen caso terminarán con problemas y dolor innecesarios. ¡Él no desea eso para ninguno de nosotros! El cordero le ayudaba a Adán y su familia a entender esto.

A medida que Caín y Abel crecían, comenzaron a desarrollar talentos especiales. Caín era un agricultor hábil. Podía cultivar las frutas y verduras más deliciosas. Abel era bueno con los animales y los entendía. Él cuidaba de las cabras y ovejas de su familia. Al crecer, los dos desarrollaron su propia relación especial con Dios. Pero lamentablemente, ambos llegaron a entender a Dios en forma diferente.

Llegó un día en el cual tenían que traer sus ofrendas a Dios. Abel trajo uno de sus corderitos y se lo ofreció a Dios. Al hacer esto, pensó en cuánto Dios estaba haciendo por él y cuánto deseaba estar más cerca de Dios y más lejos del pecado. Dios aceptó su sacrificio y envió un fuego que lo quemó todo.

Caín decidió que él no quería ofrendar un cordero. En cambio, trajo sus mejores frutos y vegetales, y los colocó sobre el altar. Al ofrecerlos, pensó en cuán agradecido debía estar Dios de que él estaba ofreciendo frutas y verduras tan hermosas. Tristemente, Dios no podía aceptar esta ofrenda, porque mostraba que Caín no sentía necesidad de la ayuda de Dios, y no estaba escuchándolo. Esto molestó mucho a Caín. Dios le dijo con delicadeza, “Caín, ¿porqué estás enojado? Si haces esto con la actitud correcta, por supuesto que serás aceptado. No dejes que el pecado de venza.”

Abel también le habló a Caín, y trató de convencerlo de ofrecer uno de sus corderos. Pero Caín estaba tan enojado que, en lugar de escuchar a Dios y a su hermano, mató a Abel. Esta fue la primera vez que alguien, alguna vez, murió. Caín sabía que había hecho algo terrible.

Dios le habló nuevamente. “Caín, ¿dónde está tu hermano?” Si tan solo Caín le hubiera respondido, “No pude controlar mi ira y lo maté. Y ¡lamento tanto haberlo hecho! ¡Por favor, perdóname!” En cambio, Caín respondió, “¿Se supone que yo soy el que tiene que cuidar a mi hermano?” Dios le habló con tristeza, y le dijo, “Caín, sé lo que hiciste. Lo mataste. La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Ahora la tierra no te dará frutas y verduras con la facilidad que lo hacía antes.”

Dios siguió contándole a Caín lo que sucedería si él no se arrepentía: “Serás como un vagabundo en la tierra.” Dios sabía que Caín no sentiría nada de paz luego de esto, al menos que realmente se arrepintiera.

Tristemente, Caín no quiso pedirle a Dios ni ayuda ni perdón. En cambio, decidió mudarse lejos de su familia. Eligió deambular por la tierra, como Dios había dicho, y nunca sintió paz. Tenía miedo que alguien lo querría matar, también. Aunque Dios intentó alcanzarlo y consolarlo, él rechazó su amor y decidió vivir sin él. Cuando tuvo hijos, no les enseñó a amar ni a obedecer a Dios. Sus hijos nunca se dieron cuenta de cuán amados eran en realidad; lamentablemente, ellos verían a Dios como un ser duro y malo como su padre Caín.

Adán y Eva estaban desconsolados por la muerte de Abel, y porque Caín se había ido. Un tiempo después, Dios les dio otro hijo varón. Su nombre fue Set. Set creció y llegó a amar a Dios tanto como lo había hecho Abel. Cuando tuvo hijos, les enseñó cuánto Dios los amaba y los perdonaba.

Abel, Caín y Set tuvieron la posibilidad de elegir: podían valorar y aceptar las palabras de Dios, o podían desconfiar de Dios y depender de sí mismos. Tanto Abel como Set amaron a Dios, pero lamentablemente Caín no lo hizo, y nunca sintió paz. Nosotros

también necesitamos tomar una decisión como lo hicieron ellos. ¿Aceptarás a Dios en tu vida, y le pedirás que te ayude?

7. Enoc caminó con Dios

**Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció,
porque le llevó Dios. Génesis 5:24 (RVR60)**

 *Génesis 5 | PP capítulo 6*

Los años pasaron. Set tuvo hijos, y les enseñó acerca del amor de Dios por ellos. Crecieron y tuvieron sus propios hijos y nietos, y también aprendieron a amar y obedecer a Dios. Sin embargo, a cierta distancia, Caín y sus hijos y nietos vivían sin adorar a Dios. Crearon sus propios ídolos para adorar, y decidieron olvidarse del verdadero Dios y su Hijo.

En esos días, la gente vivía durante muchísimo tiempo, mucho más que lo que se vive hoy. Vivían durante cientos de años. Esto significa que ¡nueve generaciones convivían al mismo tiempo! Adán y Eva pudieron compartir sus historias con muchas generaciones después de su hijo Set.

Uno de los descendientes de Set era un hombre llamado Enoc. Cuando era niño, Enoc escuchó mientras Adán le contaba a su familia acerca del Jardín del Edén y el fruto prohibido. Cuando salía a caminar, podía ver la puerta del Jardín del Edén, custodiado por ángeles resplandecientes. Desde la caída de Adán, nadie había tenido permiso de entrar en ese jardín, pero la puerta y los ángeles eran un recordatorio constante de lo que se había perdido por el pecado. Cuando Enoc todavía era muy joven, decidió que quería amar y seguir a Dios, y lo hizo. Hizo un esfuerzo por pasar tiempo con Dios, especialmente en privado, en la naturaleza.

Enoc creció y se casó. Cuando tenía 65 años tuvo su primer hijo, un varoncito llamado Matusalén. Enoc siempre creyó que Dios lo amaba, pero cuando vio por sí mismo cuánto amor tenía por su propio hijito, se dio cuenta que Dios lo amaba de esa misma manera, ¡y aún más! También entendió que, aunque Dios tenía un Hijo al que amaba mucho, él amaba tanto a los seres humanos que estaba dispuesto a enviar a su Hijo a la tierra para salvarlos. Esta comprensión lo acercó aun más a Dios.

Luego del nacimiento de Matusalén, y a medida que el niño crecía, la relación de Enoc con Dios creció. Pasó más y más tiempo con Dios, orando y aprendiendo sus caminos. Compartió con otros lo que aprendía. Cada día, él "caminó con Dios". Después de un tiempo, cuando tenía 365 años, había llegado a estar tan cerca de Dios, que Dios decidió llevarlo directamente al cielo. Enoc fue el primer ser humano que fue al cielo; él nunca murió. Esto fue maravilloso, porque significó que ¡el hombre podía vencer al pecado si se mantenía cerca de Dios!

Nosotros también podemos aprender a "caminar con Dios" y tener una relación con él. Lo que Dios tenía con Enoc, él quiere tener con nosotros, también. Desea ayudarnos a aprender cómo caminar con él todos los días. ¿Se lo permitirás?

8. La construcción del arca

Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.
Romanos 10:13 (RVR60)

 *Génesis 6 – 7; Job 22:15-17 | PP capítulo 7*

El tiempo pasó. Durante cientos de años, las familias de Set y Caín vivieron separadas. La familia de Caín adoraba a sus ídolos, y la familia de Set adoraba a Dios. Pero después de un tiempo, los descendientes de Set se empezaron a hacer amigos con los descendientes de Caín. Algunos hombres de la familia de Set incluso se casaron con mujeres de la familia de Caín. Estos hombres se olvidaron del verdadero Dios y comenzaron a adorar a los ídolos que sus esposas habían traído. Y por supuesto, estas mujeres idólatras no les enseñaron a sus hijos acerca de Dios. Demasiado pronto, la mayoría de las familias de la tierra estaban adorando ídolos y haciendo cosas muy malvadas. "¡No queremos tener nada que ver con Dios!" decidieron.

Dios estaba muy triste. La gente se había vuelto tan malvada, y había rechazado a Dios a tal punto, que él dijo, "Pronto tendré que quitar mi Espíritu de la tierra, porque la gente me está rechazando." Sabía que cuando eso sucediera, habría un gran desastre – un gran diluvio cubriría a la tierra. Esto es porque la maldad de la gente era tan grande que estaba afectando a la tierra y causándole daño. Si ellos no querían que él esté con ellos, él ya no los podría proteger, y la tierra los destruiría con un gran diluvio.

Pero había un hombre, Noé, que amaba a Dios y lo adoraba. Dios quería salvar a todos los que quisieran ser salvos, entonces le pidió a Noé que construyera un enorme barco, el arca. Le dijo a Noé exactamente cómo construirlo. Sería enorme, de manera que muchos animales y mucha gente pudieran entrar en él.

Noé obedeció a Dios y comenzó a construir el arca. Gastó todo su dinero para comprar los materiales de construcción y para pagarles a los trabajadores. La gente vino para ver lo que él estaba haciendo. Les parecía extraño que alguien construyera un enorme barco en el medio de un valle, lejos de cualquier río o lago. Cuando Noé les dijo que caería agua del cielo, ellos se le burlaron, porque nunca habían visto la lluvia; las plantas recibían agua todas las noches por medio del rocío. Aunque la gente se reía de él, Noé les contaba lo que Dios le había dicho. "Dios quiere salvarlos," les decía, "Por favor prepárense para entrar en el arca con sus familias."

Pasaron 120 años. Durante ese tiempo, Noé tuvo tres hijos: Sem, Cam y Jafet. Sus hijos crecieron y se casaron. También ellos ayudaron a construir el arca. Finalmente, el barco estaba listo. Entonces la gente miró y ¡vio una larga fila de animales que venían hacia el arca! Había un macho y una hembra de cada clase de animal y ave. Llegaron al arca silenciosamente y en perfecto orden. La mayoría de los animales vinieron de a dos, pero los "animales limpios"[1], como les dice la Biblia, vinieron de a siete pares. Entraron al arca y fueron a los lugares que Noé había preparado para ellos. La gente miró, maravillada. Sabían que solo los ángeles de Dios podrían haber hecho que los animales entraran en forma tan ordenada. Tal

1 La lista de animales limpios está en Levítico 11.

vez Noé tenía razón, después de todo. ¿Será que ellos también tenían que entrar en el arca?

Ahora Dios le dijo a Noé, “Entra en el arca, tú y tu familia.” Eran los únicos que creían las palabras de Dios y estuvieron dispuestos a entrar. La gente observó mientras la esposa de Noé, sus hijos y sus esposas entraron al arca. Algunos pensaron, “Yo debería entrar con Noé”, pero ninguno tuvo la suficiente valentía de entrar al arca. No querían que sus amigos se burlaran de ellos. Es triste, porque Dios hubiera querido que todos le creyeran y entraran al arca. Cuando Noé y su familia estuvieron dentro, un ángel cerró la puerta. Después de eso, ya nadie pudo volver a abrir esa puerta.

Durante siete días, no sucedió nada. Noé, su familia y los animales esperaron dentro del arca. La gente fuera del arca se mofaba de Noé y su familia. Estaban felices de no haber entrado al arca. Pero el octavo día, grandes gotas de agua comenzaron a caer del cielo. También salió agua de debajo de la tierra. ¡Ahora todos sentían mucho miedo! Quisieron entrar al arca, pero ya era demasiado tarde; nadie podía abrir la puerta. Pronto el mundo entero quedó cubierto de un diluvio de agua. Pero Dios envió ángeles que cuidaran de las personas y los animales que habían entrado en el arca. Él había prometido que si entraban en el arca serían salvos, y cumplió su promesa.

Noé y su familia tuvieron fe en las palabras de Dios, aunque nadie más creyó lo que ellos creían, y aunque el resto de la gente se burlaba de ellos. Podemos pedirle a Dios la misma fe que Noé tuvo. Dios nos puede dar fe para creer en sus palabras, aunque parezca que nadie más lo hace. ¡Pidámosles esta fe hoy!

9. El diluvio

He aquí Dios es salvación mía; me aseguraré y no temeré; porque mi fortaleza y mi canción es JAH Jehová, quien ha sido salvación para mí. Isaías 12:2 (RVR60)

 *Génesis 8; Isaías 24 | PP capítulo 8*

El diluvio fue la tormenta más grande que alguna vez afectó la tierra. El mundo entero estaba en desorden. La naturaleza estaba reflejando lo que habían hecho los seres humanos. Ellos habían desobedecido la ley de Dios y se habían vuelto violentos, por eso la tierra también se tornó corrupta y violenta. La desobediencia del hombre es lo que destruyó la tierra, y esto se vio en el diluvio. Cayó lluvia furiosamente durante 40 días y 40 noches. También salieron chorros de agua de debajo de la tierra. Pero el arca estaba segura, meciéndose durante todo el desastre. Noé deseaba la protección de Dios, y por eso, los ángeles de Dios custodiaron el arca.

La tormenta finalmente llegó a su fin, pero el arca todavía flotó a la deriva durante casi un año. El agua tardó muchos meses en bajar. Durante mucho tiempo, lo único que Noé y su familia vieron cuando miraban por las ventanas era agua. No podían ver nada de tierra en absoluto.

Un día, Noé decidió enviar un cuervo desde el arca. El cuervo dio unas vueltas, pero pronto regresó. No había árboles donde él pudiera posarse, así que tuvo que volver al arca. Un tiempo después, Noé envió una paloma, y la paloma también regresó. Unas pocas

semanas después, Noé volvió en enviar esta paloma, y esta vez ella regresó con algunas hojitas de oliva. La familia de Noé se entusiasmó - ¡qué alegría les daba saber que ya había algunos árboles! Esto significaba que pronto estarían nuevamente sobre la tierra. La siguiente vez que la paloma salió, ya no volvió. Había encontrado un lindo árbol donde construir un nido.

Finalmente llegó el momento en que el arca tocó la tierra. ¡Qué alegría habrá sido para Noé y su familia cuando escucharon que el ángel abría la enorme puerta del arca! Pronto todos los animales salieron y se alejaron para encontrar buenos lugares donde vivir.

Noé y su familia estaban agradecidos a Dios porque él había guardado su promesa de salvarlos. Construyeron un altar y lo adoraron allí, cerca del arca. Ahora Dios quería darles una promesa más: puso un arco iris grande y bello en el cielo. Les dijo, “Este arco iris es para que recuerden que nunca más permitiré que la tierra entera quede cubierta de agua.” Ahora, cada vez que Noé y su familia veían un arco iris, recordaban cómo Dios los había cuidado, y se sentían seguros al saber que no volvería a haber jamás un diluvio mundial.

Noé les enseñó a sus hijos acerca del amor de Dios, y esperaba que ellos también les enseñaran a sus hijos acerca de único Dios verdadero. Estaba agradecido que Dios los amaba tanto que permitiría que su Hijo naciera por medio de su familia.

Dios demostró su amor y cuidado por Noé y su familia de muchas maneras. Incluso cuando suceden cosas en la naturaleza que nos den miedo, Dios quiere cuidar de nosotros. Lo puede hacer si lo escuchamos como lo hizo Noé. ¿Escucharás a Dios, nuestro Padre?

10. La torre de Babel

Mejor es confiar en Jehová
Que confiar en el hombre.
Salmo 118:8 (RVR60)

 *Génesis 11: 1-9 | PP capítulo 10*

Los años pasaron. Los hijos de Noé (Sem, Cam y Jafet) tuvieron hijos, nietos, y bisnietos. Tristemente, Cam decidió rechazar a Dios, y crió a su familia sin enseñarles acerca de las promesas que Dios les había dado. Muy pronto, hubo muchas personas que eligieron creer mentiras acerca de Dios. Pensaron que el pacto que Dios les había hecho mediante el arco iris era solo una historia que no valía la pena creer. No querían aprender las lecciones del diluvio. La gente comenzó a vivir junta en ciudades y construyeron fuertes muros y fortalezas para protegerse. No creían que Dios los amaba ni que deseaba protegerlos.

Un día, un grupo de líderes decidió construir una ciudad fuerte con una enorme torre. Le harían habitaciones, y harían que fuese la torre más alta que se construyó en aquellos días. Deseaban que todos los que vivían alrededor los admiraran y vieran cuán poderosos e inteligentes eran. Más que nada, querían asegurarse que si hubiera otro diluvio, ellos tendrían una torre segura donde protegerse. Muy pronto, juntaron a los trabajadores y comenzaron con su enorme proyecto.

Dios observó con tristeza cómo los hombres decidieron rechazar el conocimiento verdadero de Dios, y prefirieron creer que Dios era

cruel y vengativo, y que solo estaba esperando enviarles otro diluvio. ¿Por qué no querían creer que Dios había hecho todo para salvarlos del diluvio que había sido provocado por sus propias acciones?

A Dios le encantaba ver que la gente creara e inventara cosas. Pero tendría que hacer algo para que dejen de construir esta torre. Si la completaban, se volverían demasiado poderosos. Comenzarían a obligar a los pocos que adoraban al verdadero Dios, a abandonar sus creencias y estilo de vida. Traerían miseria a todos los que estuvieran bajo su mando. Dios no podía bendecir este enorme proyecto que tenían. Le dijo a su Hijo, "Las personas todas tienen una lengua, y están haciendo esto. Nada les va a impedir que completen sus planes. Vayamos y confundamos su idioma, para que ya no se puedan comprender entre ellos."

No es que Dios quería traerles confusión; cuando la gente sigue a Dios, siempre hay paz y entendimiento. Pero Dios sabía que cuando él y su Hijo se acercaran a la gente, ellos lo rechazarían, y el resultado sería la confusión. Dios envió ángeles para influenciar a la gente que dejara de construir la torre. Por su Espíritu, bajó a ellos e intentó alcanzar sus corazones, pero la gente lo rechazó. Y cuando lo rechazaron, les empezó a resultar más difícil el hablar con otros en forma clara y bondadosa.

Al poco tiempo, la gente ya no se pudo entender. Ya no se podían poner de acuerdo en cómo hacer las cosas. Las peleas y discusiones fueron cada vez peor. Antes de esto, todos hablaban el mismo idioma, pero ahora estaban hablando lenguas diferentes y se estaban confundiendo. Frustrados y enojados, dejaron de construir la torre. Buscaron a otros que los entendieran, y juntos se mudaron a otros lugares. Por supuesto, Dios se aseguró de que las familias se pudieran entender entre ellos y mantenerse juntas.

Pronto la gente se extendió por la tierra, y comenzaron comunidades con otras familias que hablaban su mismo idioma. Abandonaron por completo a la torre de Babel, y todo pensamiento de poder y fama fue olvidado. Las familias que todavía amaban y adoraban a Dios se sintieron aliviadas, y disfrutaron de la paz y la libertad de vivir una vida dentro de la protección amorosa de Dios. Estaban agradecidos que tenían un Dios que ama cuidar de todos sus hijos.

Los constructores de la torre confiaron en sí mismos y sus propios pensamientos en lugar de confiar en Dios. Eran muy orgullosos y pensaban que podían protegerse mejor de lo que Dios podía protegerlos. Pero en cuanto rechazaron a Dios, perdieron su protección y ni siquiera podían comprenderse y trabajar juntos. Dios está ofreciéndonos que confiemos en su protección, y que recibamos su ayuda para que podamos llevarnos bien con los demás y comprenderlos. ¿Aceptarás su ofrecimiento?

11. La tragedia de Job

En ti confiarán los que conocen tu nombre, por cuanto tú, oh Jehová, no desamparaste a los que te buscaron. Salmo 9:10 (RVR60)

 *Job 1:1-2:10 | PR capítulo 12*

Job vivía en Uz con su esposa, siete hijos y tres hijas. Era un hombre muy rico, el hombre más rico del este, y era dueño de miles de ovejas, camellos, bueyes y asnos, y tenía muchos sirvientes que trabajaban para él. Pero para él lo más importante no era su riqueza, sino Dios. Amaba a Dios más que todas las cosas, y lo adoraba fielmente.

Job les enseñó cuidadosamente a sus hijos acerca de Dios. Cada vez que ellos hacían una fiesta, él se levantaba temprano y ofrecía un sacrificio por cada uno de ellos. Pensaba, "Haré esto en caso de que alguno de ellos haya pecado contra Dios." Amaba a su familia y cuidaba de ellos constantemente.

Un día, en el cielo hubo una reunión especial. Los hijos de Dios del cielo y de otros mundos vinieron a ver a Dios, y Satanás estaba entre ellos.

"¿Dónde estuviste?" le preguntó Dios. Satanás contestó, "He estado andando por la tierra." Disfrutó de señalar todos los actos pecaminosos que había visto mientras vagaba por la tierra, y cómo los seres humanos constantemente quebrantaban la ley de Dios.

Dios le dijo, "¿Has visto a mi siervo Job? No hay nadie como él en la tierra; él es justo y evita el mal, y me obedece."

Satanás se mofó y contestó, “Bueno, no es de sorprenderse que te sigue. Le has construido un muro de protección alrededor suyo y de su hogar, has bendecido todo lo que él hace, y él se ha vuelto muy rico. Estoy seguro que si quitas todo eso, te maldecirá y rechazará.”

¿Será que Job solamente amaba a Dios porque era rico? ¿Será que Job se enojaría con Dios si perdía todo lo que tenía? Todos los que estaban escuchando esta conversación se hacían estas preguntas. Se preguntaban si era posible que un ser humano pudiera confiar en Dios sin importar lo que le sucediera. Dios tendría que permitir que Satanás probara a Job para que todos vieran lo que Job haría. Dios creía que, porque Job estaba tan cerca de Dios, él llegaría a entender que esta prueba sería para el bien de todo el universo.

Dios le respondió a Satanás, “Está bien. Todo lo que Job tiene está en tu poder. Pero no puedes tocar a Job mismo.”

En cuanto Dios dio su permiso, Satanás comenzó con su obra de destrucción. Un terrible día, Job recibió a cuatro mensajeros, uno detrás de otro. El primero le dijo, “Señor, los bueyes estaban arando y los asnos estaban comiendo a poca distancia. Llegaron los sabeos y mataron a todos los sirvientes con espada, y se llevaron los animales. Yo soy el único que escapó para contarlo.”

Este sirviente ni había terminado de hablar, cuando llegó otro siervo y dijo, “Señor, cayó fuego de Dios del cielo y quemó a las ovejas y los sirvientes. Soy el único que escapó para contarlo.” ¿Será que este fuego vino de Dios? No, por supuesto que no. El siervo pensó que era de Dios, pero en realidad era Satanás el que estaba causando toda esta destrucción.

Mientras todavía hablaba, otro sirviente vino y dijo, “Señor, vinieron tres escuadrones de caldeos y se llevaron todos los camellos.

También mataron a los sirvientes con espada. Yo soy el único que escapó para contarlo."

Antes que él terminara de hablar, llegó un cuarto sirviente con noticias terribles: "Señor, tus hijos e hijas estaban teniendo una fiesta en la casa del hijo mayor. De repente vino un viento fuerte del desierto y desplomó la casa. Todos murieron excepto yo. Soy el único que escapó para contarlo."

Job estaba con el corazón quebrantado. Hizo lo que hacía la gente en esa época cuando sentía gran tristeza: rasgó su vestimenta y se afeitó la cabeza. Luego se arrodilló y adoró a Dios. Todos alrededor suyo se maravillaron cuando lo escucharon decir: "Cuando nací, no tenía nada, y cuando muera, no tendré nada. El Señor dio y el Señor quitó. Bendito sea el nombre del Señor." A pesar de su profunda tristeza, él todavía confiaba en Dios y no se enojó con él por lo que había sucedido.

Luego los hijos celestiales de Dios tuvieron otra reunión. Allí estuvo Satanás nuevamente. Cuando le dijo a Dios que había estado andando por la tierra otra vez, Dios dijo, "¿Todavía te empecinas en contra de Job? Aunque me incitaste contra él para arruinarlo quitándole mi protección sin ninguna razón, él todavía no ha pecado contra mí."

A Satanás no le gustaba esto, así que le discutió: "Bueno, es que todavía no lo has tocado a él; si les traes dolor al cuerpo, estoy seguro que te maldecirá." ¿Será que Job realmente confiaría en Dios, aunque le doliera el cuerpo? Los seres celestiales escuchaban con interés, porque ellos también se preguntaban esto. Dios le dijo a Satanás, "Está bien; él está en tus manos. Pero no le quites la vida."

En cuanto Satanás recibió permiso, atacó a Job con una enfermedad horrible. Se aseguró que la piel de Job estuviera cubierta

de una sarna que picaba y ardía, desde las plantas de los pies hasta su cabeza. Job se sentía tan mal que agarró un pedazo de un jarro de barro roto, y se rascaba con eso. Se acostó sobre cenizas para mostrar lo triste que se sentía. Pero aun así, no maldijo a Dios.

La esposa de Job lo miraba. Ella también se sentía muy triste, y además, estaba muy enojada. Con resentimiento, le dijo a Job, "¿Todavía estás tratando de no pecar? ¿Porqué no maldices a Dios ya, y mueres?" Ella pensaba que si Job maldecía a Dios, entonces Dios se enojaría y lo mataría, y así Job ya no sufriría más. Pero Job sabía que Dios no es así. Le dijo, "¿Porqué estás diciendo cosas tan necias? ¿Será que solo vamos a aceptar las cosas buenas de Dios, pero no las cosas malas que suceden?" Por supuesto, Dios solo nos trae cosas buenas, y es Satanás el que nos trae las cosas malas.

Los seres celestiales miraban y se maravillaban. Job acababa de perder todo lo que poseía, y a todos sus preciosos hijos, y ahora estaba sufriendo una enfermedad terrible, y todavía confiaba en Dios y no pecaba. Dios había tenido razón, después de todo. Sí era posible que los seres humanos conociesen a Dios tan bien que podían confiar en él incluso cuando les sucedieran tragedias. ¿Eliges tú también confiar en Dios, incluso cuando suceden cosas malas?

12. Los amigos de Job

Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará. Exhibirá tu justicia como la luz, y tu derecho como el mediodía.
Salmo 37:5-6 (RVR60)

 *Job 2:11 – 42:17 | PR capítulo 12*

Dios tenía tres amigos llamados Elifaz, Bildad y Zofar. Ellos vinieron a visitarlo y consolarlo. Cuando vieron cuán enfermo estaba, lloraron, rasgaron su ropa y se esparcieron polvo sobre sus cabezas. Esto es lo que la gente hacía en esa época para demostrar cuán triste estaba. Durante siete días y siete noches, se sentaron al lado de Job sin decir nada, porque la tristeza de Job era tan profunda.

Finalmente, Job habló. Les contó cuán triste se sentía. "Ojalá pudiera morirme," les admitió. Pero sus amigos, en lugar de consolarlo, le dijeron, "¿Qué has hecho, Job? Seguramente has pecado para que Dios te castigue así." Job respondió, "No he hecho nada malo. No sé porqué sucedió esto." Mientras más insistían sus amigos que él tenía que arrepentirse, más les aseguraba él que era inocente. "Si he hecho algo malo, entonces por favor díganme qué es. Sus palabras no me están ayudando a sentirme mejor," les rogó. Aunque Job no sabía porqué todo esto había sucedido, él sabía que Dios había abierto una brecha en el cerco de protección a su alrededor, y que él había sido entregado al malvado.

Luego de tener largas conversaciones con sus tres amigos, Job habló directamente con Dios. Oró, "No entiendo porqué sucedió esto.

Siento como que no estás escuchando y que estás siendo cruel. Tú sabes si yo he pecado o no, y puedes juzgarme." Los amigos de Job lo escucharon y sacudieron sus cabezas. Estaban seguros de que Job habría cometido algún pecado terrible, pero que él no quería admitirlo.

Finalmente, se escuchó la voz de Dios desde un torbellino. Él había estado escuchando sus conversaciones todo este tiempo, y ahora les habló. "¿Quién está causando confusión, hablando de cosas que no conoce?" preguntó Dios. Luego comenzó a hacer preguntas que ningún ser humano puede contestar: "¿Dónde estuviste cuando yo coloqué los fundamentos de la tierra?" Continuó con preguntas acerca de la nieve, el granizo, las nubes, las olas, los animales, las aves, y más. Mientras más hablaba, Job más se daba cuenta que no sabía nada, y que Dios conocía todas las cosas. Hay preguntas que los seres humanos jamás podrán contestar, pero pueden elegir simplemente confiar en que Dios sabe lo que es mejor.

Job escuchó a Dios, y en su cercanía con él, sintió su propia pecaminosidad. Él sabía que no había cometido un pecado terrible para causar estas tragedias, pero estaba consciente de que era un ser humano pecaminoso que necesitaba de Dios. "Soy un pecador; no tengo nada que contestar. Sé que puedes hacer todo, y que no se puede esconder nada de ti. Me arrepiento en polvo y cenizas," declaró Job.

Los amigos de Job también habían estado escuchando, pero no dijeron nada. Ellos no vieron cuán pecaminosos eran, como lo había visto Job. Habían hecho que Job se sintiera terrible y habían insistido en que Dios lo estaba castigando cuando esto no era verdad, pero todavía estaban seguros de que ellos estaban sin pecado.

Ahora Dios les habló directamente a los tres amigos, “Estoy entristecido porque no han hablado bien como Job lo ha hecho.” Luego les indicó, “Traigan siete becerros y siete carneros, y mi sirviente Job orará por ustedes, y serán perdonados.” Dios no estaba interesado en sacrificios, pero sabía que de esta manera ellos se sentirían seguros de que él los había perdonado. Los amaba y quería ayudarles a restaurar su relación con él y con Job. Los hombres aceptaron lo que Dios dijo y le obedecieron, y en cuanto Job terminó de orar por sus amigos, Dios lo sanó.

Ahora el universo entero tenía bien claro que Job amaba y confiaba en Dios, sin importar lo que le sucediera. Satanás no tenía nada más que decir, y Dios ya no le permitió molestarlo.

Una vez más Dios colocó un muro de protección alrededor de Job. Le dio el doble de las pertenencias que había tenido antes, y sus hermanos, hermanas y amigos todos vinieron a comer a su casa, a consolarlo y a traerle regalos de dinero y aros de oro.

Los últimos años de Job fueron los mejores de su vida. Dios lo bendijo con siete hijos varones más, y con tres hijas más. Sus hijas Jemima, Cesia y Keren-hapuc eran las mujeres más hermosas de toda la zona. Job vivió durante 140 años después de esto, y llegó a conocer a cuatro generaciones de sus descendientes antes de morir.

Aunque Job nunca supo porqué Dios permitió estas terribles tragedias (él no sabía de la conversación de Satanás con Dios), él decidió siempre confiar en que Dios sabía lo que era mejor, y que cuando llegara al cielo, Dios se lo explicaría. En la vida suceden cosas tristes, y no siempre sabemos porqué, pero mientras más conocemos a Dios, más podemos confiar en que él conoce todas las cosas y está haciendo lo que es mejor. ¿Confiarás también en Dios, así como lo hizo Job?

13. Abram sale de Ur

Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia.
Romanos 4:3 (RVR60)

 *Génesis 12:1-8 | PP capítulo 11*

A medida que pasaban los años, más y más gente comenzó a olvidarse de Dios. Los hombres se casaron con mujeres que adoraban ídolos, que les enseñaron a sus hijos a adorar ídolos en lugar de Dios. Dios veía esto, y supo que había llegado el tiempo de encontrar un hombre que lo amaría, lo seguiría y le enseñaría a su familia acerca de Dios. A través de una familia así, Dios podría enviar a su Hijo al mundo. Dios eligió un hombre llamado Abram.

Abram vivía en Ur con su familia. Su familia adoraba a Dios, pero también estaban un poco confundidos, y adoraban además a ídolos. Dios sabía que Abram necesitaba irse de esa confusión, para que pudiera aprender a confiar en Dios y adorarlo solo a él. Un día, Dios le dijo a Abram, “Necesitas dejar este lugar, e ir a una tierra donde te mostraré.” Abram escuchó esto y eligió obedecer a Dios. Fue difícil para él dejar su hogar y a las personas que conocía, pero él confió en Dios.

Abram empacó sus cosas. Estaba feliz que su esposa Sarai, su padre Téraj y su sobrino Lot venían con él. También tenían muchos sirvientes que les ayudaban a cuidar de todos los animales que poseían. Todos viajaron a una ciudad llamada Harán, y allí se

quedaron durante un tiempo. Mientras estaban en Harán, el padre de Abram murió.

Luego Dios le volvió a hablar a Abram, y dijo, “Necesitas salir de aquí, e ir a la tierra que te mostraré. Tengo un plan para tu familia: te bendeciré, y por medio de tu familia, todas las familias de la tierra serán benditas.” Entonces una vez más, Abram empacó todas sus cosas, y junto con Sarai, Lot y sus sirvientes, retomaron su viaje hacia Canaán.

Cuando llegaron a Canaán, Dios le dijo a Abram, “Esta tierra se la daré a tu Simiente.” La Simiente era el Mesías, el Prometido; Dios le estaba prometiendo a Abram que el Mesías vendría de su familia y recibiría la tierra. Abram se sintió agradecido, y por eso, construyó un altar y adoró a Dios allí. Sin embargo, él se preguntaba, ¿porqué Dios decía que le daría esta tierra a su familia? Abram y Sarai no tenían hijos, y se estaban poniendo viejos. ¿Cómo iba Dios a hacer esto? De todas maneras, Abram decidió confiar en Dios y seguir sus instrucciones, aunque no entendía exactamente cómo Dios iba a hacer las cosas.

Nosotros podemos elegir tener esta misma confianza en Dios. A veces cuando Dios nos da promesas, no entendemos cómo es que las puede cumplir en nosotros. A veces las cosas que Dios promete parecen imposibles. Pero si tenemos fe y esperamos pacientemente, podemos estar seguros de que Dios guardará todas las promesas que nos da. ¿Creemos esto?

14. Abram viaja a Egipto

Encamíname en tu verdad, y enséñame,
Porque tú eres el Dios de mi salvación;
En ti he esperado todo el día.
Salmo 25:5 (RVR60)

 *Génesis 12: 9-20 | PP capítulo 11*

Durante el viaje de Abram, él y su familia tuvieron que parar en varios lugares diferentes para que sus animales descansaran. Dondequiera que paraban, Abram construía fielmente un altar y adoraba a Dios allí. Él era cortés y amistoso, así que se hizo amigo de muchos de los que vivían en la zona. Algunos de ellos venían y observaban cómo él adoraba a Dios. Él, con alegría, les compartía acerca del Dios verdadero y de cómo adorarlo. Aun después que él se iba de esos lugares, los altares quedaban en pie, y algunos de los cananeos usaron esos altares para adorar a Dios también. Abram fue un verdadero misionero, compartiendo a Dios con todos los que encontraba en su camino.

Al poco tiempo de haber llegado a Canaán, hubo una hambruna en la tierra. Abram y su grupo tuvieron que viajar a Egipto para sobrevivir. Volverían a Canaán cuando se acabara la sequía.

Hasta ahora, Abram venía confiando en Dios plenamente, y Dios lo había protegido junto con su familia. Pero lamentablemente, por un momento, Abram fue tentado a dejar de confiar en la protección de Dios, y a protegerse a su manera. Cuando estaban llegando a Egipto, Abram le dijo a Sarai, “Digamos a los egipcios que eres mi hermana,

no mi esposa. Tengo miedo de que me maten para poder llevarte, porque eres una mujer muy hermosa." Sarai estuvo de acuerdo. Cuando llegaron a Egipto, le dijeron a la gente que eran hermanos, no esposos. Abram solo estaba diciendo parte de la verdad. Sarai era su media hermana; Abram y Sarai tenían el mismo padre, pero eran de madres diferentes. Sin embargo, el dato más importante era que ella era su esposa, y él lo estaba escondiendo de los egipcios. Al hacer esto, Abram estaba mintiendo.

Sarai era tan hermosa que los egipcios le contaron al Faraón acerca de ella. Él decidió traer a Sarai al palacio y hacerla su esposa. El faraón trató muy bien a Abram y lo llenó de regalos. Dios estaba triste que Abram no había confiado en él lo suficiente como para decirle la verdad al faraón. Permitió que viniera una plaga a la casa del faraón, para que él se diera cuenta que Sarai era en realidad la esposa de Abram, y que tenía que devolvérsela.

El faraón se sintió muy mal. Él jamás había querido lastimar ni a Abram ni a Sarai, y deseó que ellos no le hubieran mentido. Llevó a Sarai de vuelta con Abram, y les pidió que se fueran de Egipto. Se aseguró que estuvieran protegidos al salir. Abram se debe haber sentido triste también, al darse cuenta de que había perdido una oportunidad para enseñarles a los egipcios acerca de Dios. Pensó que hubiera sido mucho mejor confiar en Dios todo el tiempo. Pero Dios lo amaba y lo perdonó, y todavía estaba con él, protegiéndolo junto con su familia.

¡Cuán agradecido habrá estado Abram al tener un Dios tan amoroso, bondadoso y perdonador! Este mismo Dios también quiere asegurarnos que siempre está con nosotros, y que jamás necesitamos mentir para protegernos, como lo hizo Abram. ¿Confiamos en él aun cuando nos sentimos en peligro?

15. Abram permite que Lot escoja

No [hagáis nada]mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Filipenses 2:4 (RVR60)

 *Génesis 13: 5-18 | PP capítulo 12*

Abram y Sarai no tenían hijos, pero tenían muchos sirvientes, y estos sirvientes tenían sus propias familias. También vivía con ellos Lot, el sobrino de Abram. Ambos tenían muchísimas ovejas, cabras y otros animales. Toda esta gente, y especialmente los animales, necesitaban mucho espacio, pasto y agua. Los sirvientes se ocupaban todos los días de buscar suficientes lugares de pastoreo para los animales de Abram y Lot.

Pronto Abram y Lot comenzaron a escuchar peleas y discusiones. Los sirvientes de Lot no querían que los sirvientes de Abram ocuparan sus lugares de pastoreo, y los sirvientes de Abram querían que los sirvientes de Lot se mantuvieran fuera de sus lugares. Las peleas eran cada vez peores, hasta que Abram supo que tenía que hacer algo.

"Mi querido Lot," le dijo a su sobrino, "somos hermanos – somos de la misma familia, y adoramos al mismo Dios. No deberíamos tener peleas en nuestro hogar. ¿Porqué no nos separamos, para que pueda haber suficiente espacio y alimentos para todos nuestros animales? Mira allí: están la planicie del Jordán y la planicie de Canaán. ¿A cuál te gustaría mudarte? Yo tomaré la que no elijas."

Abram estaba siendo bueno y bondadoso con su sobrino. Como el tío y el mayor, Abram tenía el derecho a elegir primero, pero era amoroso y desinteresado, y confiaba en que Dios cuidaría de él sin importar dónde terminara viviendo. Lamentablemente, Lot no era tan desinteresado, y no pensó en su tío primero. Tendría que haber dicho, "Oh, tío, ¡tú deberías ser el que elige primero!" En cambio, miró los dos terrenos y eligió el mejor, el más verde y más bello: la planicie del Jordán.

Dios estaba triste que Lot había sido egoísta, pero le agradó lo que Abram había hecho. Aunque Abram tuvo que mudarse al terreno que no era tan fértil ni tan bello como la tierra que había elegido Lot, Dios le aseguró a Abram: "Mira toda la tierra alrededor tuyo – incluso la tierra donde se fue Lot; te la daré a ti y tu Simiente para siempre." Nuevamente, Dios le recordó a Abram que el Mesías vendría de su familia, y que él recibiría la tierra. Dios le prometió la tierra "para siempre": esta es una promesa del mundo nuevo luego de la segunda venida de Jesús, cuando Abram ya no moriría jamás y podría tener la tierra "para siempre". Abram había escogido beneficiar a otros antes que a sí mismo, y Dios lo bendijo y lo cuidó.

Abram fue desinteresado porque conocía a Dios, y eso le ayudó a confiar en el cuidado de Dios. Pidámosle a Dios que nos ayude a conocerlo también de esta forma, para que podamos ser desinteresados y nuestros corazones puedan estar preparados para recibir grandes promesas.

16. Abram rescata a Lot

Muéstrame, oh Jehová, tus caminos;
Enséñame tus sendas. Salmo 25:4 (RVR60)

 *Génesis 14 | PP capítulo 12*

Abram vivía en paz con las naciones que lo rodeaban. La gente alrededor suyo podía ver que él era apacible, pacífico, honesto y bondadoso. Cada vez que tenía la oportunidad, les compartía acerca del maravilloso Dios que él adoraba.

Un día, vinieron unos mensajeros para informarle que había habido una batalla. Cinco reyes cananeos habían peleado contra cinco reyes enemigos. Durante esta batalla, los reyes enemigos se habían llevado prisioneros. Entre estos prisioneros estaban Lot y su familia. Abram se olvidó de esperar que Dios le dijera qué hacer. A las apuradas, preparó a sus hombres para la batalla, y salieron a rescatar a Lot y su familia. Abram ni siquiera lo pensó mucho: la gente de Canaán simplemente iba a la batalla cuando tenía que rescatar a un ser querido, así que esto es lo que hizo Abram. Él y sus hombres tuvieron éxito. Mataron a los enemigos y terminaron salvado a Lot, su familia, y muchos otros prisioneros cananeos. También recogieron todos los despojos – los objetos valiosos que los ejércitos se habían llevado de las ciudades a su alrededor.

Dios no le hubiera dicho a Abram que rescatara a Lot de esta manera. Él no quería que Abram y su familia tomaran espadas y mataran a hombres. Ahora Abram sufriría de pesadillas e

inestabilidad por la violencia que había visto y hecho. Abram había hecho lo que pensó que era mejor, aunque no era lo mejor. Sin embargo, tuvo éxito en la batalla porque los reyes enemigos eran tan malvados que ya habían perdido la protección de Dios. Esto hizo que fuera posible para Abram el ganar la batalla.

Abram volvió a su casa. Trajo de regreso a los que habían estado prisioneros, y todas las cosas que el otro ejército había robado. Al llegar, se encontró con dos reyes que querían celebrar su victoria con él. El primero era el rey de Sodoma, y el segundo era Melquisedec, rey de Salem.

Melquisedec, el rey de Salem, trajo pan y vino para que Abram comiera. Esto era especial, porque Melquisedec no era solamente un rey; también era un sacerdote de Dios. Quería bendecir a Abram, y por eso le trajo el pan y el vino. Esto le aseguró a Abram que Dios lo amaba, porque él se sentía atribulado después de toda la matanza que había causado en la batalla.

El rey de Sodoma le agradeció a Abram por salvar a toda la gente, y le dijo, “Abram, por favor, quédate con todos los despojos de la batalla; guárdatelos para ti.” Pero Abram no quiso quedarse con nada. En lugar de esto, le entregó un diezmo, una décima de los despojos, a Melquisedec, porque Melquisedec era sacerdote.

El resto de las cosas quedaron para el rey de Sodoma. Abram quería que todos supieran que todo lo que él tenía venía de Dios, Dios siempre proveía por sus necesidades, y que él no había peleado esta batalla para hacerse rico. Lo único que había deseado era salvar a su sobrino.

Pero Abram quedó atribulado después de esto. Siempre había sido un hombre de paz, y ahora, para salvar a su sobrino, él y sus hombres habían salido y matado a varias personas. De alguna

manera, supo que este nunca había sido el plan de Dios, y que tendría que haber consultado con Dios antes de salir a la batalla.

Este evento en la vida de Abram le ayudó a aprender a esperar que Dios le dijera qué hacer y cómo hacerlo. ¡Cuánto consuelo habrá sentido Abram con la bendición de Melquisedec! Abram sabía que, aunque los demás reyes creían que él era un héroe, él podría haber hecho las cosas en forma diferente – podría haberlas hecho a la manera de Dios.

¿Te acordarás de consultarle a Dios antes de tomar decisiones importantes? Él quiere mostrarte la mejor manera de hacer las cosas, y si le pides, estará muy feliz de ayudarte.

17. Dios renueva su promesa a Abram

[Abram estaba] plenamente convencido de que [Dios] era también poderoso para hacer todo lo que había prometido.
Romanos 4:21 (RVR60)

 *Génesis 15 | PP capítulo 12*

Para todos en Canaán, Abram era un héroe. ¿Acaso no había peleado una batalla con valentía, y salvado a muchos prisioneros? ¡Y ni siquiera se había quedado con los despojos! Pero Abram pensaba diferente; no se sentía como un héroe. En cambio, vivía recordando toda la matanza durante la batalla, y su corazón estaba apesadumbrado. Abram quería ser conocido como un hombre de paz, no como un guerrero.

Dios amaba a Abram y comprendía lo que él pensaba y cómo se sentía. Sabía que Abram había hecho lo mejor que le pareció en el momento, y lo protegió en la batalla porque los enemigos eran tan malvados que ya no podían recibir la protección de Dios. Dios permitió que toda esta situación terminara obrando para el bien de Abram. Se alegró que Abram se estaba dando cuenta de que matar a otros, sin importar cuán malvados son, no es la manera en que Dios hace las cosas.

Abram había matado para salvar a su sobrino. Por eso, ahora tenía miedo que alguien vendría y trataría de matarlo por venganza.

Dios sabía esto. Por eso, una noche se le apareció y le dijo, “No tengas miedo, Abram, yo soy tu protección y tu recompensa.”

Abram le contestó, “Señor, ¿qué recompensa me vas a dar? ¿Por qué tendría yo que poseer algo, si no tengo un hijo? ¿Será que mi sirviente Eliezer debería ser como un hijo para mí, y recibir todo lo que tengo?”

Dios le respondió, “No, Abram. Tendrás tu propio hijo. Mira hacia el cielo. ¿Ves todas las estrellas? Esa es la cantidad de hijos, o descendientes, que tendrás.”

Abram trató de contar las estrellas, pero no pudo. ¡Eran tantas! ¿Será que llegaría a tener una familia tan grande?

“Y Abram, ¿puedes contar los granos de arena?” preguntó Dios, “esa es la cantidad de descendientes que tendrás.”

Abram sabía que ni siquiera podía contar los granos en un puñadito de arena. ¿Será que llegaría a tener tantos hijos? En ese momento él no tenía ni un solo hijo. Tuvo que elegir si creerle a Dios, y en ese momento, Abram decidió creer que lo que Dios le estaba diciendo se haría verdad. ¡Sabía que Dios podía hacer cualquier cosa!

“Y Abram creyó a Jehová, y le fue contado por justicia.” Creer las palabras de Dios fue suficiente para que Abram fuese un hombre justo. Lo mismo pasa con nosotros: si le creemos a Dios, él podrá hacer en nosotros lo que ha prometido, y nos hará justos. ¿Crees en las palabras de Dios?

18. Un pacto de hombres

Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti. Génesis 17:7 (RVR60)

 *Génesis 15:7-21 | PP capítulo 12*

Dios le prometió a Abram que tendría un hijo con Sarai, y Abram creyó que Dios podía hacer esto. Luego, Dios le recordó de su promesa, "Te daré esta tierra como herencia." Sin embargo, Abram todavía estaba muy atribulado por la batalla que había peleado. Se sentía muy mal al recordar cómo se había matado a la gente en esa batalla.

Abram le preguntó a Dios, "¿Cómo sabré que recibiré esta tierra?" Cuando Dios le prometió un hijo y muchos descendientes, Abram simplemente había creído. Pero ahora le estaba pidiendo a Dios una señal para probar que Dios le daría la tierra. Al preguntar esto, estaba demostrando que no creía del todo en las palabras de Dios.

Dios comprendió, y le dio a Abram lo que estaba pidiendo. Hizo un pacto con Abram de la misma manera en la cual los hombres lo hacían en ese tiempo: "Trae una becerra de tres años, una cabra hembra de tres años, y un carnero de tres años. También trae una tórtola y un palomino," Dios le instruyó. Abram estaba feliz de traer estos animales, y con éstos, hizo lo que la gente de esa tierra solía hacer cuando le hacían una promesa importante a alguien: los mató y luego los cortó por la mitad, a todos menos a las aves. Luego colocó

las mitades una en contra de la otra. Al hacer esto, los hombres trataban de decir, “Si no guardo mi promesa, perderé la vida, como pasó con estos animales.” De esta manera, demostraban que tomaban su promesa muy en serio.

¿Acaso Dios necesitaba que se hiciera esto? No, no lo necesitaba, porque Dios siempre cumple sus promesas. Era Abram quien necesitaba hacer esto, porque a él no le alcanzaba solo el oír las palabras de Dios para poder creer la promesa; necesitaba de algo más para poder creer. Dios entró en este pacto para ayudar a Abram a creer su palabra. A Dios no le interesaba que se maten animales; él hubiera preferido que Abram simplemente le creyera desde el principio, sin la necesidad de sacrificios. Pero para salvar a Abram, Dios aceptó su ofrenda y su pacto.

Abram se sentó cerca de los animales sacrificados a observar lo que pasaba. Al poquito rato, aves de rapiña bajaron para comer los animales muertos, pero Abram las espantó. Luego esperó un rato más. Se sentó cerca de los animales muertos el resto del día. Luego, durante la puesta de sol, se quedó profundamente dormido.

De repente Abram sintió una oscuridad terrible. No era solamente la oscuridad de la noche; era oscuridad en su corazón, un horrible sentimiento de temor. No estaba en paz; todavía estaba pensando en la batalla que había peleado para salvar a Lot. Luego Dios le habló. “Abram,” le aseguró Dios con bondad, “Vivirás hasta ser muy viejo, y morirás en paz.” Los enemigos de Abram no vendrían por él. Dios también le dijo, “Tus descendientes serán extranjeros en una tierra durante 400 años. Volverán aquí en la cuarta generación, cuando la maldad de los Amoritas se haga tan grande que ya no los podré proteger.”

Luego Dios hizo algo por Abram: hizo que un horno humeante y una antorcha de fuego pasen entre los pedazos de los animales. Dios lo hizo de esta manera para ayudarle a Abram a creer, porque así es como los hombres en la época de Abram entraban en un pacto. Abram estaba acostumbrado a esto. Allí mismo, Dios le repitió su promesa a Abram: "Le he dado esta tierra a tu Simiente."

Ahora Abram estaba en paz, sabiendo que Dios le había dado una promesa tan hermosa. Ahora él creía las palabras de Dios.

¡Qué Dios amoroso y paciente que tenemos! Entró en un pacto de hombres con Abram para animar su fe. Sabemos que era un pacto de hombres porque se realizó con sacrificios de animales justo después de que Abram dudó de la palabra de Dios.

De la misma manera como Dios lo hizo con Abram, él desea que creamos sus palabras y las atesoremos, que le creamos sin la necesidad de señales inmediatas ni visibles que nos muestren que sus promesas serán cumplidas. ¿Verás las promesas que Dios tiene para ti en su palabra? Él desea darte fe y hacerte justo, con un carácter como el de Jesús. ¿Lo aceptarás?

19. Sarai y Agar

El que confía en su propio corazón es necio;
Mas el que camina en sabiduría será librado.
Proverbios 28:26 (RVR60)

 *Génesis 16 | PP capítulo 13*

Por un tiempo, Abram creyó la promesa de Dios de darle un hijo. Pero la larga espera probó su fe. Él y Sarai se estaban poniendo viejos, y el bebé prometido todavía no había llegado.

"Abram, tengo una idea," sugirió Sarai, "¿Porqué no te casas con mi sirvienta Agar y tienes un bebé a través de ella? Entonces, ¡podría ser nuestro bebé!"

Abram no le preguntó a Dios si esto era lo que debía hacer. Simplemente decidió hacerle caso a la idea de Sarai, y se casó con Agar. El plan de Dios había sido que Abram tuviera una sola esposa, Sarai, y que ellos tuvieran juntos al bebé prometido. Sarai era la única esposa verdadera de Abram, no Agar. Casarse con Agar fue un grave error, y no resolvería el problema de Abram y Sarai; solamente empeoraría las cosas.

Muy pronto, Agar quedó embarazada. Ella era la sirvienta de Sarai, y siempre había tenido que hacer lo que Sarai le decía, pero ahora que estaba embarazada con el hijo de Abram, ella sentía que era más importante que Sarai. Se portó en forma grosera e irrespetuosa con Sarai, y Sarai se quejó de esto con Abram.

“Sarai, ella es tu sirvienta. Haz con ella lo que te parezca mejor,” le contestó Abram. Entonces Sarai la trató a Agar con dureza, y Agar huyó del hogar de Abram.

El plan de Dios nunca había sido que Abram tuviera un bebé con Agar. Pero la amaba, y amaba al bebé que ella esperaba. Envió un ángel para hablarle. “¿De dónde vienes? ¿A dónde vas?” le preguntó el ángel a Agar. “Me estoy escapando de mi ama Sarai,” ella contestó.

“Vuelve a ella, y haz todo lo que ella te diga, porque eres su sirvienta,” le indicó el ángel con bondad, “Tendrás un varoncito. Él será muy fuerte, y tendrá muchos descendientes. Lo llamarás Ismael.”

Agar estaba agradecida que Dios se había acordado de ella y le había enviado un ángel para decirle todas estas cosas. Volvió a Sarai y fue obediente a ella. Pronto tuvo a su precioso hijito, Ismael. Dios amaba a Ismael, pero él no era el bebé que le había prometido a Abram. Hubiera sido mucho mejor si Sarai y Abram hubieran simplemente confiado en que Dios resolvería su problema, en lugar de tratar de arreglarlo por su cuenta. Al intentar resolver su problema sin la guía de Dios, terminaron lastimando a Agar, a Ismael y a sí mismos.

Dios quiere que creamos sus palabras y las atesoremos sin la necesidad de que cumplamos las promesas de Dios por nuestra cuenta. Cuando no confiamos en Dios plenamente, a menudo tomamos decisiones que no son las mejores, igual que Abram en esta historia. ¡Pidámosle a Dios que nos ayude a confiar en él plenamente!

20. Los tres visitantes

¿Hay para Dios alguna cosa difícil? Ni hay nada que sea difícil para [el Señor]. Génesis 18:14; Jeremías 32:17 (RVR60)

Génesis 17, 18, 21:1-7 | PP capítulo 12

Cuando Abram tenía 99 años e Ismael tenía 13, Dios le habló nuevamente. “Abram, quiero que me sigas. Quiero hacer un pacto contigo. Te daré un hijo con Sarai, y serás una gran nación. Le enseñarás a tu familia a seguirme. Y no te preocupes por Ismael; él también será una nación fuerte, aunque no es el hijo que te prometí que tendrías.”

Abram aceptó todo lo que Dios le dijo. Luego Dios dijo, “De ahora en más, tu nombre ya no será Abram; será Abraham, que significa ‘padre de una gran multitud’. Y tu esposa ya no se llamará Sarai; su nombre será Sara, que significa ‘princesa’, porque nacerán reyes en su familia.”

Un tiempo después, Abraham vio a tres visitantes que caminaban por la calle cerca de su carpa. Él sabía que estos hombres seguramente estaban sedientos, hambrientos y cansados, así que corrió hacia ellos. “Por favor, vengan a quedarse aquí un rato,” los invitó, “Les prepararé comida, y pueden descansar.” Abraham sabía que los viajeros no tenían donde quedarse al menos que alguien los invitara a su hogar.

Abraham llamó a sus sirvientes y les dio la orden, “Laven los pies de estos hombres, y prepárenles algo para comer.” Mientras

esperaban la comida y descansaban bajo la sombra de un árbol grande, hablaron con Abraham.

"¿Dónde está Sara, tu esposa?" le preguntaron. "Está en la carpa," contestó. Sara podía escucharlos mientras hablaban, y cuando mencionaron su nombre, ella escuchó con atención. "De aquí a un año, tú y Sara tendrán un hijo varón," le dijo uno de ellos.

Sara se rió cuando escuchó eso. ¡Ya tenía 89 años! ¡Ella era demasiado vieja para tener un bebé!

"¿Porqué Sara se está riendo? ¿Acaso hay para Dios alguna cosa difícil?" le preguntaron a Abram. Sara sintió miedo. ¿Cómo sabían que ella se estaba riendo? No la podían ver ni oír, ¿no?

"No me reí," ella trató de defenderse.

"Sí, lo hiciste," el visitante le contestó con bondad, pero no la presionó más.

Luego los visitantes se levantaron para irse. Tenían que ir a Sodoma, donde vivía Lot con su familia. Dos de ellos siguieron su viaje, pero el tercero se quedó hablando con Abraham un rato más, mientras estaban parados sobre el camino. Este visitante era Cristo mismo, y Abraham lo sabía. "Abraham, necesito decirte lo que va a suceder, porque tú le enseñas a tu familia a obedecer a Dios," le dijo, "Sodoma y Gomorra serán destruidas." Los que vivían allí eran tan malvados que Dios ya no los podía proteger.

Abraham se sintió triste. Conocía a muchos de los que vivían en esas ciudades. Decidió orar por ellos. Dijo, "Señor, si me permites preguntar - ¿serán destruidas las ciudades si hay 50 personas justas allí?"

"No," le contestó, "Por 50 personas, salvaría las ciudades."

Abraham volvió a preguntar, "Y si hay 45 personas allí?"

"Salvaría a las ciudades si hubiera 45 justos allí."

Ahora Abraham sabía que no había siguiera 45 personas buenas en Sodoma ni en Gomorra. Cortésmente le preguntó si permitiría que la ciudad fuese destruida si hubiera 40 justos. ¿Y 30 personas? ¿Y 20? ¿Qué si hubiera 10 justos?"

"No permitiría que se destruyera la ciudad si hubiera 10 justos en ella," contestó el Señor.

Abraham estaba triste al saber que no había siquiera 10 justos en esas ciudades. Comprendió que Dios había hecho todo lo posible para salvarlas y protegerlas, y dejó de preguntar. Con mucho dolor, Dios tendría que entregar estas ciudades y dejarlas sin su protección.

Sin embargo, Abraham estaba feliz de saber que, para aquellos que creyeran en Dios y confiaran en él, nada era imposible. Y debido a que él y Sara creyeron, Sara quedó embarazada y tuvo un precioso bebé, el bebé de la promesa: Isaac. Isaac significa "risa", no solamente porque Sara se había reído cuando Dios le dio la promesa, sino también porque el bebé les traería gozo. Cuando Isaac nació, Sara tenía 90 años, y Abraham tenía 100. Había parecido imposible que ellos tuvieran un hijo, pero Dios lo hizo posible.

¿Nos suenan imposibles algunas de las promesas de Dios? Pidámosle fe, porque si creemos, él puede hacer todo lo que prometió. ¿Le pedirás a Dios que te dé fe hoy?

21. Ángeles en Sodoma

Porque los ojos del Señor están sobre los justos,
Y sus oídos atentos a sus oraciones. 1 Pedro 3:12 (RVR60)

 *Génesis 19:1-26 | PP capítulo 14*

Mientras Abraham hablaba con el Señor acerca de Sodoma y Gomorra, los dos ángeles que lo habían visitado siguieron su camino hacia Sodoma, donde vivía Lot con su familia. Tenían una tarea que hacer, y la tenían que hacer pronto.

Los pecados de los habitantes de estas ciudades habían alejado la protección de Dios, y ahora un terrible desastre estaba por suceder. Aunque las ciudades estaban condenadas, Dios todavía podía proteger a cualquiera que aún le creyera y lo escuchara. Lot era el único hombre en toda la ciudad que todavía adoraba a Dios. Los ángeles tenían que sacarlo de allí, junto con su familia, lo antes posible.

Cuando Lot vio a los dos visitantes entrar a Sodoma, él no sabía quiénes eran. Pero sabía que, si se quedaban en las calles, la gente malvada de Sodoma les haría daño. “Por favor, no se queden aquí afuera,” le insistió, “Pasen la noche en mi casa.” Al principio, los visitantes le dijeron que se quedarían en la calle, pero Lot les insistió. Finalmente hicieron lo que él les pidió, y lo siguieron a su casa.

Una vez que habían entrado a la casa de Lot, los hombres malvados de Sodoma llegaron a la puerta de Lot. “¡Queremos que nos entregues esos visitantes!” demandaron. Lot se paró afuera de su

puerta y les habló. No les entregó las visitas; sabía que los lastimarían si les permitía ir a ellos. Los hombres de Sodoma se enojaron más y más, y comenzaron a forzar la puerta para entrar. Finalmente, los dos ángeles metieron a Lot dentro de la casa. Los hombres malvados vieron a los ángeles cuando hicieron esto, y la vista de estos ángeles en seguida los dejó ciegos. Ahora ya no podían encontrar la puerta, entonces se dieron por vencidos y finalmente se fueron. Lot ahora estaba seguro que sus visitas eran ángeles de Dios.

"Lot, esta ciudad será destruida. ¿Quién más está contigo? Reúne a tu familia; necesitan salir de la ciudad esta noche," le urgieron los ángeles. Lot tenía unas hijas que estaban casadas. Fue a sus casas y les contó todo lo que los ángeles habían dicho. Lamentablemente, sus hijas y sus esposos no creyeron la historia de Lot, y no quisieron ir con él.

"Tienes a dos hijas en casa contigo," dijeron los ángeles, "Tómalas junto con tu esposa, y dejen la ciudad ahora." Pero Lot se movía lentamente. Se sentía triste de dejar atrás a sus hijas casadas. Él y su esposa no querían dejar su hogar tan cómodo. Los ángeles siguieron apurándolos, y finalmente, temprano en la mañana, los tomaron de la mano y los guiaron fuera de Sodoma.

"Corran por su vida. No miren hacia atrás. ¡Vayan a las montañas!" le dijeron a Lot. Pero a Lot no le gustaba la idea de ir a las montañas. "Por favor, déjenme ir a la ciudad de Zoar," les rogó. Dios permitió esto, y prometió que Zoar no sería destruida. Lot, su esposa y sus dos hijas solteras se apuraron a ir a Zoar, y llegaron allí al amanecer. Pero la esposa de Lot estaba muy disgustada. No tenía ningún deseo de dejar su ciudad, sus demás hijas, y todas sus hermosas posesiones. No le importó que los ángeles le dijeran que no mirara hacia atrás. No confiaba en que Dios estuviera haciendo lo

que era mejor para ella. Mientras se iban, ella se dio vuelta y miró a la ciudad que amaba. Tanto Sodoma como Gomorra estaban siendo destruidas por fuego que caía del cielo. En su corazón, la esposa de Lot todavía estaba en la ciudad. Esto la colocó fuera de la protección de Dios, y él ya no podía mantenerla a salvo. Se colocó bajo la mano de Satanás, y fue incluida en la destrucción de la ciudad; de repente se transformó en un pilar de sal.

Ahora Lot ya no quería quedarse en Zoar. Decidió llevar a sus hijas y vivir en una cueva en las montañas, como el ángel primero le había aconsejado hacer. Ya no se sentía seguro al vivir en una ciudad.

Dios, por supuesto, quería salvar a todos, pero ¿cómo puede ayudar a gente que no escucha? Incluso Lot, el único hombre que le creía a Dios, ¡casi no escuchó! Dios había hecho todo lo posible para salvar al único hombre justo que vivía en Sodoma, junto con su familia. Así como envió ángeles para sacar a Lot, él también nos envía toda la ayuda para que seamos salvos. ¿Escucharemos cuando nos habla a nuestros corazones?

22. Abraham y Abimelec

Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.
Mateo 5:16 (RVR60)

 *Genesis 20; 21:22-34*

Abraham se mudó a un área llamada Gerar. Esta era una tierra muy idólatra, y su rey se llamaba Abimelec.

Una vez más, Abraham tuvo miedo por su seguridad. Le dijo a Sara, “Por favor, dile a la gente que eres mi hermana.” Y a los que preguntaban, él les decía, “Ella es mi hermana.” Igual que como le sucedió al faraón egipcio, el rey Abimelec escuchó cuán hermosa era Sara, y la trajo a su palacio para hacerla su esposa. ¿Cuándo aprendería Abraham a confiar plenamente en Dios? ¿Cuándo dejaría de confiar en sus propias ideas? Especialmente cuando su idea era ¡no decir la verdad!

Durante la noche, Dios vino a Abimelec en un sueño. El rey no se había casado con Sara todavía, y Dios quería darle la oportunidad de devolverla antes de que fuera demasiado tarde. Dios le dijo a Abimelec, “Eres un hombre muerto, porque has tomado la mujer de otro hombre.”

Abimelec estaba sorprendido. Escuchó a Dios y decidió obedecer su voz. Le preguntó a Dios, “Señor, ¿dejarás que mi nación también se muera? Ellos no le han hecho nada a Abraham y Sara.” Abimelec también explicó, “Ella me dijo que era su hermana. La tomé sin saber que era su esposa.”

Dios le contestó, “Sí, sé que fuiste honesto cuando hiciste esto. Y te impedí que te casaras con ella para que no pecaras contra mí. Ahora, por favor devuélvela a su marido, porque él es un profeta. Él orará por ti, y vivirás. Si no la devuelves, esto traerá muerte a ti y tu pueblo.”

Temprano a la mañana siguiente, Abimelec llamó a sus sirvientes y les contó lo que Dios había dicho. Todos tuvieron miedo. Luego Abimelec llamó a Abraham y le dijo, “¿Qué nos has hecho? ¿Por qué trajiste este gran pecado sobre mí y mi reino? ¿Por qué hiciste esto?”

Abraham le contestó con honestidad: “Pensé que en este reino no obedecen a Dios, y que me matarían por mi esposa. Y ella es en verdad mi hermana además de mi esposa; tenemos el mismo padre, pero no la misma madre. Le pedí a ella que dijera que era mi hermana.”

Abimelec habrá sido un idólatra, pero el tomó en serio las palabras de Dios. Devolvió Sara a Abraham y también les dio regalos generosos de ovejas, bueyes, sirvientes, e incluso mil piezas de plata. Luego dijo, “Abraham, tú puedes vivir donde quieras en mi tierra.”

Mientras Sara había estado en la casa de Abimelec, algo extraño había sucedido: las mujeres en la casa del rey no habían podido tener bebés. Pero en cuando Abimelec arregló las cosas con Abraham, las mujeres en su casa pudieron tener hijos otra vez.

Abimelec siempre respetó a Abraham después de esto. Algunos años más tarde, le dijo, “Dios está contigo en todo lo que haces. ¿Podríamos hacer un pacto, una promesa, de que serás bondadoso conmigo y con mi familia, así como yo he sido bueno contigo?” Abraham le prometió que lo haría.

Juntos, hicieron un pacto de paz en un lugar llamado Beerseba. Abimelec le dio ovejas y bueyes a Abraham, y Abraham le dio siete

corderos, y le dijo, “Yo cavé un pozo aquí, y tus sirvientes me lo quitaron con violencia. Me gustaría que estos corderos sean una señal de que yo fui el que cavó este pozo.” Abimelec estuvo de acuerdo. Se apenó al saber que sus sirvientes habían tratado tan mal a Abraham. “No sabía que te habían quitado el pozo. Yo no hubiera querido eso,” Abimelec se disculpó. Después de esto, Abraham plantó árboles en Beerseba y se quedó allí por mucho tiempo.

Al conocer a Abimelec, Abraham pudo ver la protección de Dios hacia él y su familia, a pesar de su falta de fe al principio. También quedó claro que para Abimelec era una bendición tener a Abraham, un profeta de Dios, en su tierra, y él respetó a Abraham por esto. Cuando confiamos en Dios y lo seguimos, podemos ser una bendición para los que nos rodean, así como Abraham fue una bendición para Abimelec y su gente. Pidámosle a Dios que nos ayude a confiar en él y a ser una bendición para los demás.

23. Agar e Ismael

Oh pueblo mío, confía en Dios en todo momento; dile lo que hay en tu corazón, porque él es nuestro refugio. Salmo 62:8 (NTV)

 *Génesis 21: 5- 21 | PP capítulo 13*

Cuando nació el bebé Isaac, todos estaba felices. Bueno, casi todos. Agar e Ismael no lo estaban. Cuando Ismael vio al pequeño Isaac, sintió celos. Sabía que Isaac era el bebé que Dios había prometido, y que él no lo era. Cuando vio al nuevo bebé se olvidó que Dios le había prometido que él, Ismael, también sería una nación fuerte.

Agar también se sintió celosa. En lugar de recordarle a Ismael de las promesas de Dios hacia él, alimentó sus celos y le habló mal de Isaac y de Sara. Es triste que ella no confiara en Dios en todo esto. Dios los amaba a ella y a Ismael tanto como amaba a Sara e Isaac, pero Dios le había prometido a Abraham mucho antes que tendría descendientes con Sara.

Cuando llegó el momento de destetar a Isaac, Abraham le hizo una fiesta especial. Durante esta fiesta, Ismael se burló de Isaac. Sara se sintió tan mal que le pidió a Abraham que enviara a Agar e Ismael fuera de su hogar. “No hay paz con ellos aquí,” dijo ella.

Abraham lo habló con Dios. “Señor, debería haberte preguntado hace mucho qué hacer. Si lo hubiera hecho, no tendríamos este problema ahora. Pero ¿qué puedo hacer? Ismael es mi hijo, y lo amo. ¿Cómo puedo enviarlo fuera de casa? ¿Y cómo puedo despedir a su madre?”

El Señor le contestó, “Abraham, deja que Agar e Ismael se vayan. Sé que los amas. Yo también los amo. Pero Sara es tu verdadera esposa, e Isaac es el hijo que te prometí. Cuidaré de Agar y de Ismael, y él se hará una gran nación. No estará solo.”

Abraham se sintió muy triste al enviar a Agar y su hijo Ismael fuera de su casa. Les dio pan y agua, y se despidió de ellos cuando salían.

Agar e Ismael caminaron en el desierto durante algunas horas, hasta que se les acabó el agua. Hacía calor, y tenían sed. Agar le dijo a Ismael que se acostara bajo un arbusto, luego se sentó un poco más lejos y comenzó a llorar. ¿Se morirían ambos en el desierto?

Entonces vino un ángel a Agar y le dijo, “No tengas miedo, Agar. Dios escuchó los llantos de tu hijo. Levántate ahora; Dios hará de él una gran nación.” En ese momento Agar miró, y vio algo que ella no había visto antes: un pozo de agua. Ella fue al pozo con Ismael y tomaron toda el agua que deseaban, y volvieron a llenar su jarrón de agua. Luego pudieron llegar a salvo en un lugar llamado Parán, y allí encontraron un hogar.

Dios no dejó solo a Ismael. Lo protegió, y el niño creció, se casó, y tuvo su propia gran familia.

Agar e Ismael tuvieron el privilegio de conocer el cuidado y la protección de Dios. Dios ofrece cuidarnos de la misma manera. ¿Aceptarás su protección? ¿Confiarás en que Dios te guíe y cuide de ti?

24. La fe de Abraham e Isaac

¿Se agradará Jehová de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma? Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios. Miqueas 6:7-8 (RVR60)

 *Génesis 22: 1-18; Hebreos 11:17-19 | PP capítulo 13*

Una noche, cuando Abraham tenía 120 años e Isaac tenía 20, Dios le habló a Abraham. “Abraham, toma a tu hijo Isaac, a quien amas, y ofrécelo sobre una de las montañas que te diré.”

¿Será que Dios realmente dijo eso? Sí, Dios había dicho “ofrece tu hijo”[2]. “Ofrecer” no es “matar”, pero Abraham pensaba que Dios le estaba pidiendo que matara a su hijo, porque los idólatras que él conocía ofrecían a sus hijos en sacrificio a los ídolos. Abraham también pensó que él tenía que probar su lealtad a Dios debido a los errores que había cometido en el pasado.

“¿Cómo puedo matar a mi propio hijo? ¿Y cómo seré una gran nación si Isaac muere?” se preguntaba Abraham. Sin embargo, él conocía la voz de Dios y sabía que Dios le había hablado. Se sentía

2 Aunque la traducción en Castellano de la Biblia dice “ofrecer en holocausto”, el uso de esa palabra puede implicar algo diferente, como lo muestra la historia de Jefté (ver el siguiente pie de página).

muy triste, pero estaba decidido a seguir la voz de Dios con fe y confianza. Despertó a Isaac. “Isaac, Dios nos ha dicho que vayamos a adorarlo en la montaña. Preparémonos.”

Abraham no dejaba de pensar mientras se alistaba para salir con Isaac. Recordó la promesa de Dios de que tendría muchos descendientes. “Dios puede resucitar a Isaac,” razonó Abraham. Se aferró a su fe en la promesa de Dios, aunque le resultaba muy, muy difícil, porque lo que Dios le acababa de pedir simplemente no tenía sentido.

Muy pronto Abraham, Isaac y dos sirvientes habían cargado la leña sobre un asno y estaban listos para el viaje. Dios guio a Abraham al monte Moriah. Les llevó tres días llegar allí. “Quédense aquí; Isaac y yo seguiremos y adoraremos a Dios allí. Espérennos aquí,” les ordenó Abraham a sus sirvientes. Isaac cargó la leña, y juntos subieron el monte Moriah. Al decir “espérennos”, Abraham mostró que creía que Dios resucitaría a Isaac, aunque no sabía exactamente cómo.

“Padre,” preguntó Isaac, “Tenemos la leña y el fuego, pero ¿qué del cordero?” ¡Era imposible tener un sacrificio sin un cordero!

“Dios nos dará un cordero para el sacrificio,” contestó Abraham. No le podía decir todavía a Isaac que él sería el sacrificio. ¡Cómo temía lo que pensaba que tendrían que hacer!

Cuando llegaron, construyeron un altar. Luego Abraham le dijo a Isaac lo que Dios le había indicado. Abraham tenía lágrimas en sus ojos mientras le hablaba a su hijo. Isaac era fuerte y podría haberse escapado, pero no lo hizo. Él también creía en Dios, y confiaba que, si Dios lo había ordenado, debían confiar en la bondad y el amor de Dios, y hacerlo. Creía que Dios sabía lo que era mejor, aunque nada de esto tenía sentido para él todavía.

Isaac fue colocado sobre el altar, y Abraham levantó el cuchillo para sacrificarlo, como lo había hecho con tantos corderos antes. Pero justo en ese momento, la mano de un ángel tomó la mano de Abraham y lo frenó. "¡Abraham, Abraham!" Dios llamó. "Aquí estoy," contestó Abraham. Y Dios dijo, "No necesitas hacer esto. Ahora sé que confías en mí, porque estuviste dispuesto a entregar incluso a tu hijo amado."

En ese momento, Abraham vio un carnero que estaba atascado en un arbusto cercano. ¡Dios había provisto el cordero! Con mucho gozo y gratitud, Abraham e Isaac sacrificaron al carnero sobre el altar.

Dios nunca había querido que Abraham matara a Isaac. La Biblia nos dice que Dios no quiere sacrificio, y que no nos pide que sacrifiquemos a nuestros hijos. En cambio, nos pide hacer justicia, amar misericordia y ser humildes. Cuando Dios le habló a Abraham, no le dijo "debes matar a Isaac"; Abraham simplemente siguió adelante con lo que él entendía[3]. Dios sabía que Abraham lo entendería de esta manera, pero obró con la comprensión de Abraham para enseñarle de su amor. Y por supuesto, no permitió que Abraham sacrificara a su hijo.

Esta fue una prueba difícil para Abraham, una prueba que demostró que Abraham confiaba plenamente en Dios y en su promesa. Por medio de esta historia, podemos aprender lo que realmente significa confiar y creer en Dios y obedecerlo. Podemos estar seguros que él hace todo por nuestro bien. Después de este día, Abraham comprendió más claramente cuánto Dios ha sacrificado por

3 Ver el libro 3, "La conquista y los jueces", historia 19, "Jefté y su hija", donde hay otro caso en el cual un hombre "ofreció en holocausto" a su hija, pero ella no murió. Esa ofrenda consistió en consagrar la vida de ella al servicio de Dios.

nosotros al darnos a su propio Hijo. ¿Confiarás en Dios también, como lo hicieron Abraham e Isaac?

25. Una esposa para Isaac

Porque tú eres mi roca y mi castillo;
Por tu nombre me guiarás y me encaminarás.
Salmo 31:3 (RVR60)

 *Génesis 23-24 | PP capítulo 15*

Cuando Sara tenía 127 años, ella murió. Abraham les pidió a los hombres de la tierra, "¿Me permiten comprar el campo de Efrón? Tiene una cueva donde me gustaría enterrar a mi esposa." Efrón quiso regalarle el campo a Abraham porque le tenía mucho respeto, pero Abraham insistió en comprarlo. Le pagó a Efrón 400 siclos de plata. Él quería ser honesto y justo en todo lo que hiciera con la gente de ese lugar. El campo que compró tenía la cueva de Macpela, donde Sara, y más adelante otros miembros de la familia, fueron sepultados.

Un tiempo después, Abraham llamó a su mejor sirviente. "Eliezer, necesito que hagas algo muy importante por mí. Mi hijo Isaac necesita una esposa, pero no debe casarse con ninguna de las mujeres de aquí en Canaán. Toda esta gente adora ídolos, pero Isaac necesita una esposa que adore a Dios. Quiero que viajes a donde viven mis parientes, y encuentres allí una esposa para Isaac. Ella tiene que estar dispuesta a venir a vivir aquí a Canaán."

Eliezer cargó diez camellos con comida, agua, ropa y muchos regalos valiosos. Varios sirvientes viajaron con él. Harán, el lugar a donde iban, quedaba lejos. Mientras viajaba, Eliezer se preguntaba cómo iba a saber cuál era la chica que debía elegir. Por fin llegó a la

ciudad, justo afuera donde estaban los pozos. Se sentó allí y comenzó a orar, "Señor, por favor ayúdame a encontrar a la chica correcta. Que esta sea la señal: le pediré agua, y ella me la dará. Y será tan bondadosa y ayudadora que ofrecerá darles también agua a mis camellos." De esta manera, él sabría que la chica tenía un carácter hermoso y que sería una buena esposa para Isaac.

Pronto él vio una chica hermosa que venía al pozo. "¿Me darías un poco de agua?" él le pidió cortésmente. "Por supuesto", ella contestó alegremente, "y les daré agua a tus camellos también." Eliezer estaba maravillado. ¡Dios le había contestado su oración tan pronto! El nombre de la chica era Rebeca.

"Toma, tengo algunos regalos para ti. Gracias por tu bondad," dijo Eliezer. Luego le preguntó, "¿Quién es tu padre?" Ella le contestó con bondad, "Mi padre se llama Betuel, hijo de Milca y Nacor. Puedes quedarte en nuestra casa. Tenemos suficiente comida para ti y tus camellos." Eliezer estaba más que feliz: ¡Nacor, el abuelo de Rebeca, era hermano de Abraham! Ahora él estaba seguro de que esta era la chica elegida para Isaac.

En cuanto Eliezer llegó a la casa de Nacor, compartió su historia con toda la familia. "¿Rebeca estaría dispuesta a ser la esposa de Isaac y vivir en Canaán?" preguntó. Rebeca estuvo de acuerdo, y su familia también. "Deja que se quede aquí por lo menos diez días más antes de llevártela," le rogó la familia. Pero Eliezer insistió, "Dios ha bendecido este viaje; por favor no me detengan, y déjenme volver con ella a mi señor."

Eliezer le entregó valiosos regalos a la familia de parte de Abraham, y al día siguiente cargaron los camellos con provisiones para el largo camino de regreso a Canaán.

Luego de escuchar la historia de Eliezer, Isaac quedó convencido de que Dios le había elegido a Rebeca como esposa. La amó profundamente y fueron muy felices juntos. Y en cuanto a Eliezer, él nunca olvidó cómo Dios lo guio para encontrar a Rebeca y contestó su oración en forma tan maravillosa.

Eliezer confió en que Dios lo guiaría al tomar una decisión tan importante. Confió en que Dios le mostraría cuál sería la mujer adecuada para Isaac. Podemos también confiar en Dios de esta misma manera, en todas las decisiones importantes que tengamos que tomar en nuestra vida. ¿Confiarás en Dios para que te guíe?

26. Isaac elije la paz

Bienaventurados los pacificadores,
porque ellos serán llamados hijos de Dios. Mateo 5:9 (RVR60)

 *Génesis 25:1-11; 26:12-33*

Abraham vivió hasta los 175 años. Después de la muerte de Sara, él se casó con una mujer llamada Cetura y tuvo más hijos con ella. Sin embargo, Abraham nunca se olvidó que el hijo de la promesa era Isaac. Cuando sus otros hijos crecieron, les dio regalos y se aseguró que se mudaran a otros lugares, para que Isaac pudiera heredar sus posesiones.

Isaac fue pacífico con todos sus hermanos. Cuando Abraham murió, Isaac e Ismael, juntos, lo enterraron en la cueva donde se había enterrado a Sara.

Isaac amaba a Dios y obedecía sus leyes. Debido a esto, Dios pudo bendecirlo, e Isaac se volvió rico. Los filisteos, que vivían en esa zona, vieron que él tenía muchos animales y sirvientes, y lo envidiaron. Taparon todos los pozos que Abraham había cavado, y su líder, Abimelec, le dijo a Isaac, “Por favor, vete de esta tierra.” Este era el mismo Abimelec que había hecho un pacto con Abraham unos años antes. Al tapar los pozos y pedirle a Isaac que se fuera, no estaba guardando su pacto.

Isaac quería estar en paz, porque su Dios era pacífico. No se peleó con los filisteos, ni con su líder. En cambio, se mudó en silencio a otra zona. Allí volvió a cavar los pozos que su padre Abraham había cavado muchos años atrás. En cuanto los pozos estuvieron listos y el

agua volvió a salir, los pastores de esa zona le dijeron a Isaac, “Estos son nuestros pozos; no puedes usarlos.”

Entonces Isaac cavó otro pozo en otro lugar, y la gente de la zona le volvió a decir, “¡Esta agua es nuestra!” Aún así, Isaac no se peleó con ellos. Otra vez se mudó, y sus sirvientes cavaron otro pozo. Esta vez, la gente de la zona no le quitaron el pozo. Le dejaron que se quedara con el pozo y con su agua, y no lo volvieron a molestar.

Dios estaba muy complacido al ver cuán paciente y pacífico fue Isaac hacia la gente que lo trataba en forma tan injusta. Esto demostró que Isaac estaba siguiéndolo y reflejando su hermoso carácter. Una noche Dios le vino a Isaac y le dijo, “Soy el Dios de tu padre Abraham. Estoy contigo, y te bendeciré.” Entonces Isaac construyó un altar en aquel lugar, y sus sirvientes cavaron un pozo más allí.

Abimelec, el líder filisteo, se sintió tocado por lo apacible y bondadoso que era Isaac. Le molestaba su consciencia, porque sabía que él y su gente habían sido injustos con él. Recordó su pacto con Abraham tantos años antes, y decidió visitar a Isaac y hacer las paces con él.

“Isaac, sé que Dios está contigo,” le dijo Abimelec, “Prometamos que no nos haremos daño.” Isaac gentilmente estuvo de acuerdo, y comieron juntos. Al día siguiente, Abimelec volvió a su casa.

Isaac encontró la paz con los que lo rodeaban, porque fue pacífico incluso hacia aquellos que lo habían tratado tan mal. Debido a esto, Dios pudo bendecirlo; Isaac siempre tuvo agua en su pozo. Además, la gente de la zona tuvo la oportunidad de conocer al Dios de paz. Así como lo hizo Isaac, podemos pedirle a Jesús que nos haga pacíficos para que otros puedan conocer mejor a Dios a través nuestro. ¿Le permitirás a Jesús que te dé su paz?

27. Isaac aprende a tener fe

Jehová es mi fortaleza y mi escudo;
En él confió mi corazón, y fui ayudado,
Por lo que se gozó mi corazón,
Y con mi cántico le alabaré.
Salmo 28:7 (RVR60)

 *Génesis 25: 20-21; 26:6-11 | PP capítulo 16*

Isaac y Rebeca vivían muy felices juntos. Estaban bendecidos por la presencia de Dios y las promesas que Abraham, el padre de Isaac, había recibido de Dios. Pero igual que Abraham, Isaac también tendría que aprender a confiar en Dios plenamente.

Isaac y Rebeca tuvieron su primera prueba juntos: habían pasado muchos años desde que se habían casado, pero todavía no habían podido tener hijos. Esto la hacía sentir triste a Rebeca. ¡Cuánto deseaba ella tener un hijo! Isaac también estaba triste que Rebeca no podía tener hijos.

¿Cómo manejaría Isaac esta dificultad? Él decidió orar. Comprendía que era un problema que solo Dios podía resolver, así que le pidió a Dios que Rebeca tuviera un bebé. No trató de resolver el problema por su cuenta. Él ya había visto los problemas que habían entrado en la familia cuando su propio padre, Abraham, intentó tener un hijo por medio de Agar, en lugar de esperar que Dios

le diera un bebé por medio de su verdadera esposa, Sara. ¡Qué hermoso que Isaac confió en Dios plenamente en medio de esta prueba! Y Dios honró su fe, y Rebeca quedó embarazada. Para sorpresa de ellos, Rebeca no tuvo solo un bebé, sino ¡mellizos!

Sin embargo, Isaac tenía más para aprender acerca de la confianza en Dios. Hubo una sequía en la tierra, y Dios le dijo a Isaac que viviera en Gerar, la tierra donde Abimelec era rey.

Mientras Isaac vivía allí, los hombres del lugar vieron a Rebeca. Se dieron cuenta que ella era hermosa, así que le preguntaron a Isaac quién era ella. Isaac tuvo miedo de decirles que era su esposa. Pensó que lo querrían matar para poder llevársela. Igual que su padre Abraham, les mintió y les dijo que ella era su hermana. Su padre ya había dicho esta mentira dos veces y había tenido problemas, sin embargo Isaac no tuvo suficiente fe para creer que Dios lo protegería junto con su familia.

Un día, el rey Abimelec miró por su ventana y vio que Isaac estaba tocando a Rebeca con ternura, como un esposo lo haría con su esposa. Abimelec se sintió molesto. Llamó a Isaac y lo reprendió: "¿Porqué nos mentiste? Alguien podría habérsela llevado, y entonces todos hubiéramos tenido problemas." Abimelec todavía recordaba los problemas que había tenido cuando intentó casarse con Sara. Pero él comprendió porqué Isaac tuvo miedo. Le prometió a Isaac, "Se le dará muerte a cualquiera que te toque a ti o a tu esposa." Después de esta experiencia, Isaac aprendió que mentir no protegería de problemas ni a él ni a su familia; lo único que le daría protección sería la fe. Vio que necesitaba confiar completamente en Dios.

Isaac tuvo que desarrollar su propia relación con Dios, igual que lo había hecho su padre Abraham. A medida que pasó tiempo con Dios, aprendió a tener fe y confiar en él. Cada uno de nosotros

necesita aprender lecciones de fe, para que podamos confiar en Dios plenamente. ¿Le pedirás a Jesús que te dé fe hoy?

28. Mellizos

Bienaventurado el hombre que puso en Jehová su confianza,
Y no mira a los soberbios, ni a los que se desvían tras la mentira.
Salmo 40:4 (RVR60)

 *Génesis 25:22-34; 27 | PP capítulo 16*

Dios bendijo a Isaac y Rebeca con hermosos hijos mellizos. Los llamaron Esaú y Jacob. Cuando nacieron los mellizos, era claro que no eran parecidos para nada. El mayor era rojo y velludo, así que lo llamaron Esaú, que significa "velludo". El menor se asió del talón de su hermano justo después de nacer, así que lo llamaron Jacob, que significa "él agarra el talón".[4]

A medida que los niños crecieron, no solamente eran de aspecto diferente, sino que también desarrollaron intereses diferentes. Esaú era aventurero y disfrutaba de estar afuera. Tenía mucho pelo colorado, incluso en sus brazos y piernas. Jacob, el menor, era completamente diferente. Era callado y disfrutaba de quedarse en casa y ayudar con las carpas, la cocina, y el cuidado de las ovejas y cabras.

Casi sin darse cuenta, Isaac y Rebeca terminaron cada uno teniendo un hijo favorito. Rebeca prefería a Jacob porque era tranquilo y ayudador, e Isaac prefería a Esaú porque le gustaba escuchar sus aventuras y comer la carne que Esaú cazaba. Esto hizo

4 Una persona que "agarraba el talón" en hebreo también significaba "suplantador" (engañador).

que fuera difícil para Isaac el ver algunos de los defectos de carácter de su hijo Esaú.

Los hermanos sabían que uno de ellos un día recibiría algo llamado la primogenitura. La primogenitura es el liderazgo de la familia, y generalmente la recibía el hijo mayor. El hijo que recibía la primogenitura sería el líder espiritual de la familia. Debido a que esto era una responsabilidad tan grande, también recibiría más bienes materiales que el resto de sus hermanos.

Generalmente, el hijo mayor recibía la primogenitura. Y ¿quién era el primogénito en esta familia? Era Esaú. Pero cuando Rebeca estaba embarazada, Dios le había dicho que el mellizo menor, Jacob, sería el que recibiría la primogenitura. Al pasar el tiempo, se hizo claro que Esaú estaba interesado en el dinero y las posesiones que acompañaban a la primogenitura, pero no le importaba ser el líder espiritual de la familia. Su hermano Jacob, en cambio, amaba a Dios y soñaba con ser el líder espiritual de su familia.

Un día Esaú vino al hogar con mucha hambre. Vio que Jacob estaba cocinando un guiso de lentejas. "¡Dame de esas lentejas, o moriré!" rogó Esaú. Jacob le contestó, "Te las daré si me permites tener la primogenitura." Esaú tenía tanta hambre que no le importaba la primogenitura en ese momento. Estuvo de acuerdo con lo que le pidió Jacob, y comió sus lentejas. Al hacer esto, Esaú demostró que no valoraba la primogenitura, ni valoraba su relación con Dios.

Con el paso de los años, papá Isaac envejeció y quedó ciego, y decidió que era el momento de entregarle la primogenitura a uno de sus hijos. Él sabía lo que Dios le había dicho a Rebeca, pero su hijo favorito era Esaú, y Esaú era su primogénito. Llamó a Esaú y le dijo, "Ve y caza un animal. Prepáralo para que yo coma. Entonces puedo darte la bendición de la primogenitura."

Rebeca escuchó lo que Isaac le dijo a Esaú. "¡Tengo que evitar que Esaú reciba la primogenitura!" pensó. Rápidamente llamó a su hijo menor y le dijo, "Jacob, tu padre le quiere dar la primogenitura a Esaú. Pero Dios me dijo que tú la recibirías, así que nos aseguraremos de que así sea. Déjame preparar algo de comida y vestirte como Esaú. Tienes que fingir que eres Esaú, para que recibas la bendición en lugar de él."

¡Qué manera terrible de solucionar un problema! En lugar de orar y pedirle a Dios que le mostrara qué hacer, ¡Rebeca le estaba pidiendo a Jacob que mintiera! Jacob sabía que eso estaba mal, pero igual lo hizo. Se puso la ropa de Esaú y se colocó pieles de cabra sobre los brazos para que su padre pensara que eran los brazos peludos de Esaú.

Jacob entró a la carpa de su padre y dijo, "Padre, soy Esaú. Te traigo la comida que me pediste." Isaac se sorprendió y preguntó, "¿Cómo encontraste un animal tan rápido?" "Dios me trajo el animal," Jacob mintió. Isaac le dijo, "Ven, déjame sentirte." Luego de tocarlo, Isaac preguntó, "¿Estás seguro que eres Esaú? Hueles como Esaú, cuando te toco pareces ser Esaú, pero la voz es de Jacob." "Sí, soy Esaú," Jacob mintió nuevamente. Isaac le creyó a su hijo. Lo bendijo y le dio la primogenitura. Mientras lo hacía, pensaba que estaba con Esaú.

Poco después de que Jacob saliera de la carpa de su padre, Esaú llegó con la comida que él había preparado. "Padre, te traje comida. Por favor, cómela y bendíceme."

Isaac comenzó a temblar. Se sintió terrible al darse cuenta que le había dado la bendición de Esaú a otra persona. Cuando supo la verdad, se sintió muy triste que su hijo Jacob lo había engañado, pero también recordó que Dios había dicho que el mellizo menor recibiría

la primogenitura. Ahora ya era demasiado tarde para darle la primogenitura a Esaú; no había nada que Isaac podía hacer.

Esaú estaba furioso. Lloró por mucho tiempo, y luego decidió matar a Jacob. Isaac y Rebeca le insistieron a Jacob, "Ve a Mesopotamia, donde vive la familia de tu mamá. Allí estarás a salvo."

Jacob estaba abrumado por la culpa. Se decía, "Ojalá nunca hubiese intentado recibir la primogenitura de la manera en que lo hice; le mentí a mi padre y lastimé a mi hermano." Deseaba haber confiado en que Dios lo haría por él, en su propio tiempo y a su manera.

Cuando tratamos de resolver nuestros problemas por nuestra cuenta, sin la ayuda de Dios, nos equivocamos. Jacob podría haber evitado tanto dolor para él y su familia, si tan solo hubiera confiado en que Dios resolvería su problema por él. Nosotros tenemos la misma elección. Cuando nos enfrentamos con un problema, ¿iremos a Dios primero, y le preguntaremos qué hacer? ¿O intentaremos pensar en nuestras propias soluciones? ¡Confiemos en Dios primero!

29. El sueño de Jacob

He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho. Génesis 28:15 (RVR60)

 *Génesis 28 | PP capítulo 17*

Jacob se despidió de sus padres a las apuradas. Necesitaba irse antes de que su hermano Esaú lo encontrara. Jacob había engañado a su padre para obtener la primogenitura, y Esaú estaba enojadísimo y quería matarlo.

"Que Dios te acompañe," le dijo su padre Isaac, "Eres el heredero de la primogenitura de nuestra familia. Ve a Mesopotamia a la familia de tu madre, y encuentra una esposa allí que adore a Dios. Por favor, no te cases con alguien que adora ídolos." Su hermano, Esaú, ya se había casado con dos mujeres que eran idólatras, y esto trajo mucha tristeza a sus padres.

Jacob dejó su hogar, abrumado de tristeza. No lo sabía, pero jamás volvería a ver a su madre. ¡Cuánto deseaba haber permitido que Dios arreglara el tema de su primogenitura, en lugar de obtenerla por medio del engaño a su padre y su hermano!

Mientras caminaba, oró. Le pidió a Dios que lo perdonara por lo que había hecho. Jacob ya no quería depender de su propia sabiduría. Le dijo a Dios que quería ser seguidor suyo. Cuando se hizo de noche, no tenía donde quedarse. Entonces encontró un lugar para recostarse en el suelo, y utilizó una piedra grande como almohada. Se durmió bajo las estrellas.

Mientras dormía, tuvo un sueño. Vio una escalera muy brillante. La escalera estaba apoyada sobre la tierra, y su extremo superior llegaba hasta el cielo. Ángeles subían y bajaban la escalera, y en la parte de más arriba estaba Dios el Padre. “Soy el Dios de tu abuelo Abraham y de tu padre Isaac. A través tuyo bendeciré a todas las familias de la tierra,” dijo Dios. Le siguió hablando a Jacob, y dijo, “Estoy contigo y te guardaré por donde vayas, y te daré la tierra y ti y tu simiente.” Al hablar de la “simiente”, Dios estaba prometiéndole a Jacob que el Hijo de Dios nacería dentro de su familia.

Jacob se despertó. Ahora entendía que Dios lo amaba y que estaría con él. Vio que Dios pondría una escalera que saldría de Dios mismo y lo alcanzaría donde él estaba. Jesús es la escalera. Así como la escalera llegaba hasta el cielo, el Hijo de Dios es igual a Dios. Y así como la escalera llegaba hasta el suelo, el Hijo de Dios llegaría a ser un ser humano, igual que nosotros. Y porque el Hijo de Dios sería tanto humano como divino, él acercaría a los humanos a Dios, para que podamos tener una relación con él y él nos pueda ayudar a hacer todo lo que es correcto.

Jacob se sintió agradecido y feliz. Tomó la piedra que había usado de almohada y la erigió como un monumento. Derramó aceite sobre ella, y dijo, “Esta piedra será la casa de Dios, y le devolveré a Dios una décima parte de todo lo que tengo.” Jacob creyó en la promesa que Dios le dio de perdonarlo y cuidar de él, y decidió que siempre seguiría a este maravilloso Dios que lo amaba tanto que le había enviado un sueño tan especial cuando más lo necesitaba. ¿Quieres tú también seguir a Dios? Díselo.

30. Jacob y Labán

**Si es posible, en cuanto dependa de vosotros,
estad en paz con todos los hombres. Romanos 12:18 (RVR60)**

 *Génesis 29-31 | PP capítulo 17*

Jacob pronto llegó a Mesopotamia, donde vivían sus parientes. Esperó en el pozo y comenzó a preguntar por su tío Labán. Le contestaron, "Tu tío está bien. Mira, ¡ahí viene una de sus hijas, Raquel, con sus ovejas!"

Jacob estaba entusiasmado. ¡Ya había encontrado a una de sus parientes! En seguida se puso a ayudarle a Raquel a darle agua a sus ovejas. Mientras ayudaba, notó que Raquel era muy hermosa. Le dijo, "Soy el hijo de Rebeca." Raquel corrió para contarle a su padre, y pronto Labán vino e invitó a Jacob que se quedara con ellos.

Lo único que Jacob tenía para ofrecerle a su tío era su trabajo. Ayudó en todo lo que pudo, cuidando de los animales de su tío. Pronto Labán vio que Jacob era un muy buen trabajador, y le pidió que se quedara con ellos. "¿Qué puedo pagarte para que sigas trabajando para mí?" preguntó Labán. "Trabajaré siete años para casarme con tu hija Raquel," ofreció Jacob. Labán estuvo de acuerdo.

Los siete años pasaron rapidísimo, y pronto llegó el momento de la boda. Pero algo feo sucedió: Labán no le entregó su hija Raquel, sino su hija Lea. En esa época, las novias usaban velos, entonces nadie podía verles la cara durante la boda. Por eso, Jacob no sabía que se estaba casando con Lea hasta que fue demasiado tarde. Labán lo había engañado, y ahora él tendría que trabajar siete años más si

quería a Raquel. Jacob estaba muy enojado. Amaba a Raquel, pero ahora tenía que quedarse también con Lea. Labán había engañado a Jacob, así como Jacob había engañado a su propio padre.

En total, Jacob trabajó por Labán durante veinte años. Durante ese tiempo, Labán le cambió varias veces su pago. Un día Labán prometió pagarle a Jacob con todas las ovejas y cabras que tuvieran manchas. Pero les pidió a sus hijos que escondieran estos animales en un campo lejano para que Jacob no los encontrara. Entonces, cuando las cabras y ovejas comenzaron a tener corderitos y cabritos con manchas, Labán decidió cambiar el pago de Jacob para poder quedarse con los animalitos que tenían manchas. Diez veces, Labán cambió el pago de Jacob, siempre tratando de quedarse con lo mejor para él. Pero Dios estaba con Jacob, y aunque Labán no fue honesto ni bondadoso con Jacob, los rebaños de Jacob crecieron, y se hizo muy rico. Jacob hizo todo lo posible por estar en paz con Labán, y nunca le discutió ni se peleó con él.

Después de veinte años en los que Labán lo trató muy mal, Jacob estaba cansado y quiso irse. Le consultó a Dios qué hacer. “Vuelve a la tierra de tu padre,” contestó Dios, “yo estaré contigo.” Raquel y Lea estaban de acuerdo con esto. Podían ver que su padre no era justo ni bondadoso con Jacob, ni con ellas tampoco.

Jacob tomó a su familia, sus sirvientes, posesiones y animales, y se fue sin despedirse. Sabía que, si se despedían, Labán intentaría evitar que se fueran.

Tres días después de que se fueron, Labán se enteró. A las apuradas, trató de alcanzarlos. Esa noche, Dios le habló a Labán en un sueño. “No hagas nada para lastimar a Jacob,” ordenó Dios. Labán obedeció, y cuando finalmente alcanzó a Jacob, lo trató con

bondad. Le pidió si podía despedirse de sus hijas y nietos. También le preguntó a Jacob, "¿Porqué te robaste mis ídolos?"

Jacob no lo sabía, pero Raquel se había traído los ídolos de su padre. Él estaba seguro que nadie los tenía, así que declaró, "Puedes revisar el campamento. Mataremos a quien sea que se los llevó." Pero, aunque Labán revisó todo el campamento, no encontró los ídolos. Raquel los había escondido debajo de la montura de su camello, y luego se había sentado allí, fingiendo no sentirse bien. "Por favor, no tomes a mal que no me paro, Padre," le rogó, y Labán aceptó y no le pidió que se parara.

Ahora Labán no podía acusar a Jacob de nada. Hicieron un acuerdo entre ellos de que nunca se lastimarían. Comieron algo especial juntos, y después de esto Labán regresó a su casa.

Durante veinte años, Labán no había sido honesto con Jacob. Lo había engañado y había cambiado su sueldo muchas veces, pero Jacob nunca intentó vengarse. Dios honró a Jacob por ser tan apacible y pacífico. Ahora Jacob se había vuelto rico, y también estaba en paz con Labán.

Dios le ayudó a Jacob a ser bondadoso, honesto y pacífico, incluso cuando fue maltratado. Dios nos puede ayudar a ser bondadosos con otros también, aunque ellos nos maltraten. ¿Dejarás que Dios te ayude ser apacible y pacífico?

31. Jacob encuentra perdón

Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado. Isaías 26:3 (RVR60)

 *Génesis 32-33 | PP capítulo 18*

Jacob recordaba su sueño en Betel, el sueño de la escalera. Recordaba las promesas de Dios de que estaría con él, y podía ver todas las riquezas que Dios le había dado. Pero no encontraba paz.

Jacob sabía que pronto cruzaría el Río Jordán, y estaría más cerca del lugar donde vivía Esaú. ¿Se alegraría Esaú de verlo, o todavía estaba enojado con él? Jacob envió mensajeros a su hermano. Le tenían que decir a Esaú: "Tu siervo Jacob dice a su señor Esaú, que tiene muchos animales y sirvientes." Jacob pensó, "Quiero que mi hermano sepa que vuelvo a Canaán, pero que ya no le quiero quitar la primogenitura. Él puede quedarse con todas las posesiones de nuestro padre. Tengo suficientes riquezas." Pero los mensajeros regresaron, y le contaron que Esaú estaba en camino ¡con un ejército de 400 hombres!

Jacob se preocupó. ¿Vendría Esaú a atacarlo, y atacaría a su familia? Rápidamente, Jacob dividió a su gente y sus animales en dos grupos. De esta manera, si Esaú atacaba un grupo, por lo menos el otro grupo estaría a salvo. Luego Jacob eligió muchos animales de sus

rebaños para enviar a Esaú como regalo. Entonces oró, y le pidió a Dios que los protegiera.

Cuando se hizo de noche, Jacob fue a la orilla del río para seguir orando. Mientras oraba allí en la oscuridad, sintió que alguien lo agarró. Estaba seguro que un enemigo lo había encontrado, y comenzó a luchar con él. Era tan oscuro que no le podía ver la cara.

Mientras Jacob luchaba físicamente con este desconocido, su mente también luchaba. Pensó en cuán serios eran sus pecados, y que no merecía la misericordia ni el perdón de Dios. Pero al mismo tiempo, él quería creer que Dios era bondadoso y misericordioso. Si su mente hubiera estado en paz, no hubiera sentido la necesidad de luchar. Mientras luchaba con sus pensamientos, el hombre desconocido le permitió luchar con él físicamente.

Jacob y el desconocido siguieron luchando durante horas. Jacob estaba exhausto, pero no se rendía. Justo cuando comenzó a salir el sol, el desconocido tocó el muslo de Jacob, y de repente Jacob comenzó a renguear y ya no pudo luchar. Este toque hizo que Jacob fuera consciente de que estaba luchando con alguien especial, alguien diferente. “Déjame ir, está por comenzar el día,” el desconocido dijo bondadosamente. Ahora Jacob sabía con seguridad que éste no era un desconocido; ¡era el mismo Hijo de Dios!

Jacob le rogó, “Por favor, ¡no te vayas sin bendecirme!” Sabía que, si Cristo lo bendecía, él encontraría paz y sabría que era perdonado.

Cristo gustosamente lo bendijo. “¿Cómo te llamas?” le preguntó con bondad. Por supuesto que Cristo sabía el nombre de Jacob, pero se lo preguntó porque le estaba por dar un regalo maravilloso. “Mi nombre es Jacob,” fue la respuesta. Cristo dijo, “Ahora tu nombre ya no será Jacob; será Israel.” Jacob significaba “suplantador”, pero

ahora Cristo le estaba diciendo que ya no sería un mentiroso, y que su nuevo nombre sería Israel, que significa "triunfante con Dios." Con este nombre nuevo, le estaba diciendo a Jacob, o a Israel, que Dios lo había perdonado y que cambiaría su carácter. Tan perdonado era Jacob, que él había podido ver el rostro de Cristo y seguir viviendo. Con gratitud, Jacob le puso a ese lugar el nombre de "Peniel", que significa "el rostro de Dios". Jacob dijo, "He visto a Dios cara a cara, sin embargo, todavía estoy vivo".

Salió el sol, y Jacob ahora estaba en paz. Sabía que Dios lo había perdonado, y ya no tenía miedo de encontrarse con su hermano. Encontró un palo que le ayudara a renguear hasta el campamento. Mientras rengueaba hacia el campamento, pensó en cómo todos estos años había intentado ganarse el perdón de Dios al hacer todas las cosas él solo, poniendo su propio esfuerzo, igual que como había luchado con Cristo aquella noche. Ahora, él entendía que necesitaba apoyarse en Cristo *todo* el tiempo, y no en sí mismo, de la misma manera que necesitaba apoyarse sobre el palo ahora para caminar. El renguear le fue una bendición, porque le recordaba que tenía que depender de Dios, y no de sí mismo.

Mientras Jacob luchaba con Cristo, Esaú había recibido un sueño de Dios. En su sueño, vio algo de la tristeza por la cual había pasado Jacob. También vio que había ángeles de Dios protegiéndolo. Después de este sueño, Esaú les dijo a sus soldados que no lastimaran ni a Jacob ni a su gente.

Por fin, los dos hermanos se encontraron. Esaú corrió hacia Jacob y lo abrazó. Ambos lloraron. Esaú lo perdonó, y los mellizos se sintieron más que felices de volverse a ver. Jacob pronto se estableció en un lugar cercano con su familia y su ganado, y él y Esaú

estuvieron en paz. Una vez más, Dios había guiado a Jacob y le había ayudado a encontrar paz y perdón.

Dios también quiere darnos paz y perdón a nosotros. La única manera de recibir esta paz es de apoyarnos en Cristo todo el tiempo, y no depender de nosotros mismos. ¿Te apoyarás en Cristo hoy, y dejarás que él sea tu guía?

32. Problemas en la familia de Jacob

Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía. Santiago 3:17 (RVR60)

 *Génesis 30; 34; 35:1-5 | PP capítulo 19*

El plan de Dios siempre fue que los seres humanos tuvieran familias felices. Dios inventó las familias; lo hizo para que por medio de nuestras familias podamos sentirnos amados, seguros y aceptados. El amor de Dios puede fluir hacia nosotros a través de padres que aman a Dios y se aman el uno al otro. Todos necesitamos pertenecer a una familia feliz.

Jacob, lamentablemente, tuvo muchos problemas en su familia. Por supuesto, nunca había sido el plan de Dios que él tuviera más de una esposa. No sabemos cómo Dios hubiera resuelto el problema cuando Jacob descubrió que se había casado con Lea en lugar de Raquel. Jacob no podía devolver a Lea; ya se había casado con ella. Dios le podría haber ayudado a amar a Lea y a tener un hogar feliz con ella. Pero tristemente, Jacob no le preguntó a Dios qué hacer. En cambio, se casó también con Raquel.

Lea sabía que Jacob amaba más a Raquel que a ella, y se sentía celosa. Ella deseaba que Jacob también la amara a ella. Entonces Lea comenzó a tener hijos. Tuvo cuatro varones, mientras que su hermana Raquel no podía tener ninguno. Lea esperaba que Jacob la

amara ahora que ella le había dado hijos, pero Jacob todavía amaba más a Raquel.

Cuando Raquel vio que ella no podía tener hijos, se puso celosa. Se quejó con Jacob de esto. "¡Dame hijos, o moriré!" le demandó ella. Esto enojó a Jacob. "¿Acaso estoy yo en el lugar de Dios? ¿Tengo yo la culpa de que no puedas tener hijos?" le preguntó a Raquel.

Rebeca, la madre de Jacob, no había podido tener hijos por muchos años, y su padre Isaac había pedido en oración que Dios le ayudara a tener hijos. Jacob podría haber orado por Raquel de esa misma manera. Pero en cambio, cometió el mismo error de su abuelo Abraham: hizo caso a una muy mala idea que Raquel le dio. "Cásate con mi sierva Bilhá y ten hijos con ella por mí," sugirió ella. Tristemente, Jacob estuvo de acuerdo en hacer esto.

Bilhá, la sierva de Raquel, tuvo dos varoncitos con Jacob. Ahora Lea estaba celosa, y le pidió a Jacob que se casara con la sierva de *ella*, Zilpa, para tener más hijos. Lamentablemente, Jacob hizo esto. Zilpa también tuvo dos varoncitos con Jacob. Pero en lugar de estar más felices, todos estaban peor. Las mujeres sentían celos la una de la otra, y no había paz ni felicidad en el hogar de Jacob.

Un día Rubén, el hijo mayor de Lea, encontró unas plantas en el campo llamadas mandrágoras. La gente creía que estas plantas ayudaban a que las mujeres pudieran tener hijos. Cuando Raquel vio las mandrágoras, le rogó a Lea que le diera algunas. "¿Por qué te compartiría algunas?" le preguntó Lea, "Ya me has quitado mi marido." "Está bien," contestó Raquel, "Yo soy la que suele dormir con Jacob, pero puedes dormir con él esta noche si me das algunas de tus mandrágoras."

Después de esto, Lea tuvo hijos otra vez. Tuvo dos varones más, y tuvo la única hija de Jacob, Dina. Entonces Raquel finalmente pudo tener su primer bebé, un niño llamado José. Unos años más tarde, tuvo un niño más, Benjamín. Pero tristemente, ella murió justo después del nacimiento.

Por muchos años, la mayoría de los hijos de Jacob no siguieron la voluntad de Dios para sus vidas. Crecieron viendo que sus madres se sentían celosas, y ellos también eran celosos. Sus madres competían, entonces ellos también compitieron. Además, fueron violentos.

Una vez, un hombre llamado Siquem se enamoró de Dina, la hija de Jacob. La llevó a su casa y la trató como si ella fuera su esposa, sin primero pedirle permiso a Jacob. Esto estuvo muy mal, pero lo que sucedió después fue mucho peor. Los hermanos de Dina estaban tan enojados con Siquem por tomar a su hermana sin permiso, que lo engañaron. Cuando Siquem vino a la familia de Jacob para decirles que quería casarse con Dina, los hermanos fingieron ser muy amigables con él. Pero cuando Siquem menos lo esperaba, los hermanos de Dina entraron a su ciudad y lo mataron, ¡junto con todos los hombres de aquella ciudad!

Jacob estaba muy triste por lo que sus hijos habían hecho. ¡No merecían morirse todos los hombres de aquella ciudad! Podrían haber encontrado otra manera de resolver el problema de Dina sin matar a nadie, pero los hermanos nunca le consultaron a Dios en cuanto a qué hacer. Jacob se dio cuenta que su familia necesitaba acercarse a Dios. Les pidió a sus hijos que fueran a Betel, donde había tenido el sueño de la escalera. “Adoren a Dios allí,” les indicó. Y le pidió al resto de su familia que se deshicieran de cualquier ídolo, joya y prenda de ropa que los estuvieran manteniendo lejos de Dios. Enterró

todas estas cosas bajo un árbol para deshacerse de ellas, y Dios protegió a Jacob y su familia de la gente de aquella tierra.

Llevó muchos años, y otras tantas historias tristes, para que los hijos de Jacob aprendieran que el camino de Dios es el único camino seguro, y que solo podemos encontrar felicidad cuando estamos bajo la guía y la protección de Dios. ¡Cuánto ansiaba Dios darles paz y felicidad! ¡Si tan solo podrían confiar en él y dejarse guiar por él!

¿Dejarás que Dios te guíe hoy? ¿Le pedirás que su guía y su paz vengan a ti y a tu familia?

33. Vendido por sus hermanos

Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis. Jeremías 29:11 (RVR60)

 *Génesis 37 | PP capítulo 19*

José era el hijo favorito de Jacob. ¿Está bien que los padres tengan hijos favoritos? ¡Por supuesto que no! Pero lamentablemente, Jacob amaba a José más que a sus otros hijos. José fue el primer hijo que tuvo con su amada esposa Raquel. Ella había muerto unos años atrás, y cada vez que Jacob veía a su hijo José, la recordaba a ella. Jacob también se dio cuenta que, de todos sus hijos, José era el que más amaba a Dios.

José tenía diez hermanos mayores, una hermana, y un hermanito menor llamado Benjamín, que también era hijo de Raquel. Sus diez hermanos mayores se sentían celosos de él; no les caía bien para nada. Un día, Jacob le hizo a José un regalo muy especial: una hermosa túnica de muchos colores. Era muy trabajoso hacer una túnica así, y costaba mucho dinero. Los hermanos mayores vieron que José recibió una hermosa túnica, y que ellos no. Se sintieron tristes, enojados y celosos. Se preguntaban si Jacob le daría la primogenitura a José en lugar de Rubén, el hermano mayor.

Un día José tuvo un sueño, y se lo contó a sus hermanos. “Soñé que estábamos todos en un campo, atando manojos. Y ¿saben lo que

sucedió? Mi manojo se levantaba y estaba derecho, mientras que los de ustedes rodeaban al mío y se inclinaban ante él."

Otro día José les contó otro sueño que tuvo: "Vi el sol, la luna y once estrellas, y todos se inclinaron ante mí." Los hermanos comprendieron que, en este sueño, ellos eran las estrellas, su padre era el sol, y Lea era la luna. Esto los hizo enojar. ¿Será que algún día ellos tendrían que inclinarse ante José? El solo pensar esto los enfurecía. Comenzaron a llamarlo "el soñador", e incluso Jacob reprendió a José por contarles estos sueños.

Un día, Jacob envió a José que fuera a ver a sus hermanos. Los diez hermanos mayores habían llevado bastante lejos a los rebaños en busca de alimento. Habían pasado varios días, y Jacob quería asegurarse de que estuvieran seguros. José amaba a sus hermanos y con alegría hizo la larga caminata hasta donde estaban.

Cuando los hermanos vieron que José venía hacia ellos, no se sintieron felices. En cuanto llegó, ellos lo tomaron, le quitaron su hermosa túnica de colores, y lo tiraron dentro de un profundo pozo vacío. Allí lo dejaron sin comida, agua ni frazadas. Deseaban matar a José, pero hacer eso les parecía demasiado malo.

Mientras los hermanos comían, vieron que pasaba una caravana de Ismaelitas. "Vendamos a José a los Ismaelitas como esclavo," sugirió un hermano. Los demás estuvieron de acuerdo. El único que no sabía lo que estaban por hacer era Rubén, el mayor. Él se había ido del campamento un rato, y planeaba sacar a José del pozo en secreto y dejarlo volver a casa. Pero cuando regresó al campamento, era demasiado tarde para ayudar a José.

Mientras Rubén estuvo fuera del campamento, los otros nueve hermanos sacaron a José del pozo y lo vendieron a los Ismaelitas. José lloró y les rogó que no le hicieran esto, pero lo hicieron de todos

modos. Los hermanos creían que se sentirían felices después de esto, pero en cuanto la caravana se llevó a José, ellos desearon no haberlo vendido. Sintieron mucha culpa, y por el resto de sus vidas, lamentaron lo que habían hecho.

"¿Qué le diremos a nuestro padre?" se preguntaron. Juntos decidieron, "No le digamos la verdad. Mataremos una cabra, teñiremos la túnica con la sangre, y le diremos a nuestro padre que encontramos la túnica. Entonces creerá que un animal salvaje lo mató."

Los hermanos siguieron con su plan. Cuando su padre Jacob vio la túnica ensangrentada, lloró como nunca lo habían visto llorar antes. Los hermanos se sintieron abrumados por una terrible culpa. Nunca habían visto a su padre tan triste. También se sintieron muy mal al pensar en cómo estaría sufriendo José.

Mientras tanto, José fue llevado por los Ismaelitas. Al principio, lloró y se sintió desesperado. Pero luego pensó en Dios – el Dios de su padre, abuelo y bisabuelo. Este era el Dios que él había elegido como su Dios. ¿Porqué le habrá dado Dios sueños en los cuales su familia se inclinaba ante él, si ahora estaba siendo vendido como esclavo? José no tenía una respuesta, pero decidió confiar en Dios y seguirlo. Creyó que, incluso en la esclavitud, Dios podía estar con él y bendecirlo. No lo sabía aún, pero Dios tenía planes maravillosos para su futuro.

José decidió seguir a Dios y confiar en él, aunque estaba pasando por algo muy difícil en su vida. Nosotros también podemos elegir confiar en Dios. Él siempre hará lo que es mejor para nosotros. ¿Confiarás en que Dios se ocupe de tu futuro, incluso en tiempos difíciles?

34. Jose en Egipto

Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres. Colosenses 3:23 (RVR60)

 *Génesis 39 | PP capítulo 20*

José fue llevado lejos de su casa en Canaán a la tierra de Egipto. Allí, un hombre rico llamado Potifar lo compró para que sea su esclavo.

En la casa de Potifar, José vio muchos ídolos, y lo invitaron a que los adorara. Pero él no aceptó hacer esto; había decidido adorar únicamente a Dios, y nunca prestó atención a los ídolos de la casa. Como seguidor de Dios, José trabajó lo mejor posible para Potifar. Es más, trabajó como si estuviera trabajando para Dios y no solo para Potifar. Realizaba sus tareas con tanto cuidado que Potifar se dio cuenta que José era diferente. Vio que era muy trabajador y que se podía confiar en él. Al poco tiempo, Potifar decidió que José estaría a cargo de todos los esclavos de su casa. Sabía que José se ocuparía de todo, y que lo haría bien. Potifar también vio que José tenía un Dios que le daba éxito y lo bendecía.

José trabajó en la casa de Potifar por diez años, y Potifar estaba muy complacido con él. Pero Potifar no fue el único que se dio cuenta de lo bueno que era José; su esposa también lo notó. Ella vio que José no solo era un buen trabajador, sino que era bastante atractivo. Le empezó a pedir a José que pasara tiempo con ella como si él fuera su esposo.

“No,” contestó, José, “Estoy a cargo de esta casa, y tengo permiso de usar todo lo que está aquí, menos tú, porque tú eres la esposa de mi amo. ¿Cómo podría yo hacer algo tan malo y pecar contra Dios?”

A la esposa de Potifar no le gustó escuchar que José le dijera que no. Le siguió pidiendo que pasara tiempo con ella. Esto fue una gran tentación para José, pero él recordó a su Dios, y su respuesta a ella siempre fue un “no”.

La esposa de Potifar no se dio por vencida. Un día ella esperó a que él y ella estuvieran solos en la casa, y una vez más le pidió que esté con ella. Mientras le hablaba a José, le agarró la túnica. Esta vez José ni siquiera intentó contestarle; salió corriendo de la casa lo más rápido que pudo.

La esposa de Potifar todavía tenía agarrada la túnica de José mientras él salía corriendo. Él salió tan rápido que ni siquiera intentó quedarse con su túnica. Cuando ella se dio cuenta que José nunca iba a hacer lo que ella quería, sintió vergüenza y enojo. Decidió decir una gran mentira para causarle problemas a José. Lloró a gritos y les dijo a todos que José había tratado de lastimarla. “Miren, ¡hasta me dejó su túnica!” mintió. Cuando Potifar llegó a la casa, escuchó la historia de su esposa y enseguida mandó a José a la cárcel, en la prisión donde estaban los prisioneros del rey.

La prisión no era un lugar agradable, pero José decidió seguir confiando en Dios y sirviendo a otros. Cuando veía que alguien tenía un problema, los ayudaba. Igual como lo había hecho en la casa de Potifar, José trabajó en la prisión por los demás como si estuviese trabajando para Dios. El carcelero pronto se dio cuenta que José era diferente que los demás prisioneros, y lo puso a cargo de los demás prisioneros.

José vivió en las peores circunstancias del mundo en esa época: primero fue un esclavo, luego fue un prisionero – y esto en una tierra lejos de su casa, donde se hablaba un idioma distinto del cual estaba acostumbrado. Sin embargo, decidió confiar en Dios, y trabajar y bendecir a otros como si estuviese libre. Siguió haciendo cada tarea como si la estuviera haciendo para Dios. Brillaba como una luz donde sea que iba, de manera que, aunque era un esclavo o un prisionero, sus amos lo vieron, y él fue bendecido; siempre terminó estando a cargo de otros. La gente notaba que él era diferente, y que adoraba a un Dios vivo.

Los que aman a Dios, como lo hizo José, recibirán ayuda de Dios para vivir y trabajar de la mejor manera posible. Cuando confiamos en Dios y permitimos que nos guíe, nos ayudará a bendecir a otros y de ser una ayuda para ellos. ¿Le darás tu vida a Dios, como lo hizo José, y dejarás que te ayude, sin importar lo que suceda en tu vida?

35. José se vuelve gobernador

Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.
Romanos 8:28 (RVR60)

 *Génesis 40-41 | PP capítulo 20*

José ahora estaba en prisión, aunque nunca había hecho nada malo. Sin embargo, incluso en la prisión, José ayudó a otros como si estuviese trabajando para Dios. Ahora, porque era tan bondadoso y trabajador, estaba a cargo de todos los prisioneros, y tenía permitido visitarlos y hablar con ellos.

Un día, mientras José estaba visitando algunos de los prisioneros, vio a dos hombres que habían entrado hacía poco por haber hecho enojar al Faraón. Parecían preocupados y atribulados. Uno de ellos era el copero principal del Faraón, y el otro era el panadero principal. "Ambos tuvimos sueños, y no sabemos lo que significan," le dijeron a José. "Mi Dios sabe el significado de cada sueño," les aseguró José, "¿Quisieran contarme qué soñaron?"

El copero compartió su sueño, "Vi una vid con tres ramas. Tenía flores, y estas flores se transformaron en uvas. Yo sostenía la copa del Faraón en mi mano, y exprimí las uvas en la copa, y le di el jugo al Faraón."

José le dijo, "Este es el significado el sueño: las tres ramas son tres días. En tres días, el Faraón te llevará nuevamente al palacio, y

volverás a ser su copero." El copero se sintió consolado con lo que le dijo José.

Ahora el panadero compartió su sueño. Tenía esperanzas de que este sueño también tuviera un significado feliz. "En mi sueño, tenía tres canastos blancos sobre mi cabeza. El canasto de más arriba tenía todo tipo de panes, y las aves los estaban comiendo."

Con tristeza, José le dijo, "Este es el significado del sueño: las tres canastas son tres días. Pero en tres días, el Faraón te quitará la vida."

Todo sucedió exactamente como lo había dicho José: Tres días después, llegó el cumpleaños del Faraón, e hizo con sus prisioneros exactamente como José había explicado. Antes de que el copero se fuera de la prisión, José le habló. "Por favor, no te olvides de mí. Estoy en prisión, pero soy inocente. Intenta hablarle al Faraón de mí, para que pueda salir." "Lo haré," prometió el copero agradecido. Pero una vez fuera de la prisión, el copero se olvidó de José.

Dos años después, el Faraón tuvo dos sueños. "No los puedo entender," dijo. Llamó a sus magos y les contó lo que había soñado. "Díganme qué significa," les ordenó. Pero ninguno de los magos entendía el significado de los dos sueños.

El copero había estado escuchando, y se sintió culpable. "He hecho mal," le admitió al Faraón. Le contó de cómo José le había explicado el significado de su sueño en la prisión. El Faraón escuchó atentamente. "Tráiganme a José," ordenó.

En cuanto se pudo, José se afeitó la barba y se cambió de ropa. Luego fue traído al Faraón para escuchar sus sueños. El Faraón habló: "Soñé que siete vacas gordas salían del río. Luego salieron siete vacas flacas. Estas siete vacas flacas se comieron a las vacas gordas, pero seguían tan flacas como antes. Luego tuve otro sueño, en el cual

había un tallo con siete espigas de trigo, grandes y hermosas. Entonces apareció otro tallo con siete espigas de trigo, delgadas y quemadas por el viento. Las espigas delgadas se comieron a las espigas grandes y hermosas.

Entonces José habló cortésmente y dijo, “Ambos sueños tienen el mismo significado, y Dios los envió al Faraón para que él sepa lo que está por suceder.” José se aseguró que el Faraón supiera que solamente Dios le podía dar el significado de los sueños; él no lo estaba resolviendo por su cuenta. José continuó diciendo, “Los sueños significan que habrá siete años de abundancia, con mucha comida y suficiente lluvia. Luego habrán siete años de hambre, durante los cuales no habrá cosechas. El Faraón debería preparar graneros para almacenar el grano durante los siete años de abundancia, para que haya suficiente comida durante los años de hambre.”

El Faraón estaba tan agradecido a José por decirle todo esto, que decidió que José sería el gobernador de Egipto. Sabía que José, con la guía de Dios, sabría exactamente qué hacer y cómo hacerlo. “¿Podemos encontrar otro hombre como este, que tiene el Espíritu de Dios en él?” les preguntó el Faraón a sus sirvientes. Luego el Faraón se quitó su propio anillo y lo colocó sobre la mano de José, y lo vistió con ropas lujosas. Hizo que José anduviera en uno de sus mejores carros, para que la gente pudiera inclinarse ante él como el nuevo gobernador de Egipto. Incluso le consiguió una esposa a José: una mujer llamada Asenat.

José había pasado por muchas situaciones difíciles, pero ahora finalmente estaba fuera de la prisión, y era el gobernador de Egipto. Muchos egipcios llegaron a conocer acerca de su Dios debido a la fidelidad que José tuvo dondequiera que iba. Dios estaba usando

estas situaciones para bendecir a José a y los que lo rodeaban. ¿Le pedirás a Dios que te ayude a confiar en él igual que lo hizo José, para que tu vida ayude a que otros también lo conozcan?

36. José perdona a sus hermanos

Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.
Efesios 4:32 (RVR60)

 *Génesis 42- 45 | PP capítulo 21*

La primera visita de los hermanos a Egipto

José siguió siendo fiel a Dios incluso después de haberse convertido en un líder poderoso de Egipto. Todavía adoraba únicamente a Dios, e ignoraba a los ídolos que estaban a su alrededor.

Durante los siete años de abundancia, construyó varios graneros en todo Egipto y los llenó de granos. Luego comenzaron los siete años de hambruna. Después de un tiempo, los egipcios comenzaron a comprar comida de los graneros de José. Pero Egipto no era la única tierra que sufría de la sequía; hubo personas de todos los países alrededor de Egipto que escucharon acerca de los graneros y viajaron para comprar comida.

Un día José vio a diez hombres que habían venido a comprar granos de Egipto. Se sorprendió grandemente cuando se dio cuenta que ¡eran sus hermanos! José notó que Benjamín, su hermano menor, no estaba con ellos, y se preguntó porqué. ¿Le habrían hecho algo terrible a Benjamín, así como se lo habían hecho a él? También se

preguntó: ¿Cómo estaría su padre? ¿Habían cambiado en algo sus hermanos, o todavía serían crueles y malos?

José reconoció a sus hermanos, pero ellos no lo reconocieron a él. Se veía muy diferente ahora, como gobernador de Egipto. Además, lo llamaban por el nombre egipcio que le había dado el faraón: "Zafnat-panea". José comenzó a hacerles muchas preguntas, y los acusó. Estaba probándolos para ver si sus caracteres habían cambiado. "¿Quiénes son ustedes?" les preguntó, "¿Cuántos miembros hay en su familia? ¡Me parece que son espías que vinieron a espiar a Egipto!"

"Tenemos un hermano menor," respondieron ellos. José les ordenó que trajeran a su hermano menor a Egipto, pero ellos contestaron, "No podemos hacer eso. Nuestro padre jamás lo permitiría."

Para probarlos aun más, José puso a sus hermanos en la cárcel. "Uno de ustedes puede ir a buscar a su hermano; el resto se quedará aquí," les dijo. Los tuvo en la prisión durante tres días, y notó que todo ese tiempo los hermanos se trataron con bondad y amabilidad. Vio que estaban preocupados por Benjamín. Después de tres días, los sacó de allí. Les dijo, "Solo uno de ustedes quedará en la prisión. El resto puede volver a casa. La próxima vez que vengan, deben traer a su hermano menor."

José podía escuchar lo que sus hermanos hablaban entre ellos. "Esto nos está sucediendo por lo que le hicimos a nuestro hermano. Él nos rogó que no lo vendiéramos, pero lo hicimos de todos modos. Ahora estamos sufriendo." Rubén dijo, "¿Acaso no les dije que no pecáramos contra él? Pero ¡ustedes no hicieron caso!" José de repente se fue del salón; necesitaba llorar, y no quería que nadie lo viera.

Cuando José regresó, dio la orden de que a Simeón lo llevaran a la prisión. Simeón había sido uno de los hermanos más crueles hacia José; por eso José lo probó al enviarlo a prisión.

El resto de los hermanos emprendieron el viaje de regreso a su hogar. Cuando abrieron los sacos de trigo que habían comprado, se asustaron: ¡todo su dinero estaban dentro los sacos de trigo! José les había indicado a sus sirvientes que pusieran el dinero en los sacos de trigo, pero los hermanos no lo sabían. Ahora estaban preocupados que los egipcios pensarían que ellos habían robado el dinero. Los hermanos de José permanecieron en Canaán hasta que se les acabó el alimento.

Los hermanos regresan a Egipto

"Papá, por favor déjanos ir a Egipto con Benjamín," rogaron los hermanos a su padre Jacob. Pero Jacob no soportaba la idea. "Ya perdí a José; no voy a perder a Benjamín," contestó.

Primero habló Rubén. Dijo, "Papá, si no te vuelvo a traer a Benjamín, puedes quitarles la vida a mis dos hijos." Rubén pensaba que esto le daría seguridad a Jacob, pero ¡por supuesto que no fue así! Jacob no quería perder a sus dos nietos. ¿Cómo se le ocurría a Rubén decir algo así? "Benjamín no irá con ustedes," contestó Jacob tercamente.

Luego Judá le habló a su padre: "Papá, yo me haré responsable de Benjamín. Si él no vuelve a ti, puedes culparme para siempre," prometió. Judá se sentía muy culpable por lo que le habían hecho a José, porque había sido su idea que lo vendieran. Ahora protegería a Benjamín lo más que podría. Después que Judá habló, Jacob permitió que Benjamín viajara a Egipto con sus hermanos.

Cuando llegaron a Egipto, José los probó un poco más. Liberó a Simeón de la prisión, y luego invitó a todos los hermanos a su casa para comer. Para ver si sus hermanos seguían siendo envidiosos, se aseguró que Benjamín recibiera cinco veces más de comida que los demás. Para alegría de José, él vio que los hermanos, en lugar de ponerse envidiosos, estaban felices por Benjamín.

Después de la comida, José les permitió volver a su hogar. Antes de irse, ellos le dijeron a los sirvientes de José acerca del dinero que habían encontrado. "Vinimos a devolver el dinero," dijeron. Pero los sirvientes les aseguraron, "Ya recibimos su dinero. Quédense con lo que trajeron."

Ahora llegó el momento de la última prueba. José le indicó a su mayordomo que, en secreto, colocara la copa especial de plata de José dentro del saco de trigo de Benjamín. Luego, cuando los hermanos ya habían emprendido su viaje, el mayordomo los alcanzó rápidamente. "¿Porqué se llevaron la copa especial de mi amo?" los acusó. Los hermanos respondieron, "No la llevamos. Puedes revisar todos nuestros sacos para asegurarte de ello."

El sirviente revisó todas las bolsas, y los hermanos se horrorizaron cuando encontró la copa preciosa dentro del saco de Benjamín. Juntos, los hermanos regresaron a José, preocupados. Ninguno estuvo dispuesto a volver a su casa sin Benjamín.

José los miró y dijo, "Solo quiero que este hombre, Benjamín, se quede en prisión. El resto de ustedes puede regresar a su hogar." Pero los hermanos no querían dejar a Benjamín. Judá enseguida se acercó a José y le habló. Le contó de su padre, y le rogó que permitiera que *él*, Judá, quedara preso en su lugar, y que dejara libre a Benjamín. Este Judá era muy diferente al que había insistido en vender a José

como esclavo tantos años antes. Ahora José estaba plenamente seguro de que sus hermanos habían cambiado y que eran hombres bondadosos, amables y desinteresados.

José les dice a sus hermanos quién es él

José ya no podía esconder sus sentimientos. Dio la orden de que sus sirvientes se fueran del salón para que él pudiera estar solo con sus hermanos. Comenzó a llorar a gritos, y luego les dijo, "¡Soy José! ¿Nuestro padre aún vive?"

Los hermanos de José estaban tan sorprendidos que no podían decir nada. Todo este tiempo, José les había hablado en el idioma egipcio, y había usado un intérprete que les hablara en hebreo, pero ahora ¡él mismo estaba hablando en hebreo! De repente los hermanos se sintieron aterrados. *¿Este* era el José que habían vendido como esclavo? ¡Ahora era un líder poderoso! ¿Qué les haría?

José lloró y abrazó a sus hermanos. "Los perdono," les dijo, "Lo que ustedes me hicieron, Dios lo usó para bien. Por favor, vayan y busquen a nuestro padre, a sus esposas y sus hijos, y vengan a Egipto. Habrá cinco años más de hambre. Vengan a vivir aquí para que puedan tener alimento."

¡Qué feliz que fue el día cuando Jacob pudo ver nuevamente a su hijo José! La familia entera se mudó a Egipto y se estableció allí. Y José perdonó libremente a sus hermanos y los trató con bondad. Así es como nos trata Dios: nos ama y nos perdona, incluso después de que hayamos hecho cosas malas. Dios le dio a José el poder de amar y perdonar a sus hermanos. Dios puede ayudarnos a nosotros también a amar y perdonar. ¿Le pedirás que te ayude a perdonar?

37. Hallado por una princesa

Diré yo a Jehová: Esperanza mía, y castillo mío;
Mi Dios, en quien confiaré. Salmo 91:2 (RVR60)

 *Éxodo 1:6 – 2:10 | PP capítulo 22*

Muchos años pasaron. José y sus hermanos ya habían muerto. Pero sus hijos tuvieron más hijos, y estos hijos tuvieron más hijos, y pronto había muchísimos israelitas viviendo en Egipto.

Había un nuevo faraón ahora. A él no le importaba lo que José había hecho por Egipto. Él miraba a los israelitas y no le gustaba lo que veía. Los israelitas habían aprendido a vivir de acuerdo con la ley de Dios, que habían aprendido de Abraham, Isaac y Jacob. Por eso, ellos generalmente eran más exitosos que los egipcios. El faraón se dio cuenta que los israelitas tenían los mejores campos y los animales más sanos. Y por supuesto, tenían muchos hijos. Tenía miedo de que intentarían tomar a Egipto, y que él perdería su poder.

El faraón estaba seguro de que la única manera de evitar que los israelitas fuesen poderosos sería volverlos esclavos. Dictó nuevas leyes para controlarlos, y los hizo trabajar muy duro para los egipcios. Ahora los israelitas tenían que hacer ladrillos y construir edificios enormes. Trabajaban constantemente todo el día. Y aun así, lograban tener muchos hijos.

“Esto no es bueno,” dijo el faraón, “Todavía hay demasiados israelitas. Quiero matar a cada hijo varón que les nace. Entonces sus hijas tendrán que casarse con otras naciones, y ellos desaparecerán de Egipto.” Esto que el faraón quería hacer era muy malvado.

Había un israelita llamado Amram. Era nieto de Leví, el hijo de Jacob. Amram y su esposa Jocabed se horrorizaron cuando escucharon la orden del faraón. Acababan de tener un varoncito, y no querían que nada malo le pasara. Ya tenían otros dos hijos, Miriam y Aarón, a quienes amaban profundamente. Cada uno de sus hijos era precioso para ellos.

“Lo esconderé,” decidió la mamá. Y lo hizo. Pero después de algunas semanas, el bebé comenzó a hacer más ruido, como lo hacen todos los bebés. “¿Cómo puedo esconderlo ahora?” se preguntó ella. De repente supo qué hacer: ¡construiría un canasto de juncos para colocar a su bebé allí, y escondería el canasto en el río!

Temprano en la mañana, la mamá le susurró a su hija Miriam: “Llevemos este canasto al río. Esconderá al niño Moisés. Quiero que vigiles el canasto constantemente. Puedes esconderte entre los juncos que están al borde del río.” Era demasiado peligroso para que Mamá se quedara a vigilar el canasto, pero Miriam era niña, y nadie sospecharía nada de ella. “Señor, por favor, cuida de mi bebé,” oró la mamá, mientras se alejaba del borde del río.

Dios oyó la oración de esta familia, y les envió ayuda: la princesa de Egipto, la hija del faraón. Ella vino a bañarse justo donde estaba el canasto. “¿Qué es eso?” les preguntó a sus sirvientas, “Tráiganmelo.” Cuando abrieron el canasto, encontraron al bebé Moisés allí dentro. “Oh, ¡este es un bebé hebreo!” dijo ella, “¡Quiero adoptarlo como propio!” Ella sintió compasión al pensar en la mamá hebrea que

había hecho tanto para salvar a su bebé. "Este bebé tiene que *vivir*," pensó ella. Sabía que, si ella lo adoptaba, él estaría a salvo.

Miriam observaba en silencio desde su escondite. Tuvo miedo cuando vio que la princesa había encontrado a su hermanito. Pero cuando Miriam vio que la princesa amó al bebé, se le acercó. "¿Puedo encontrarle una nodriza que cuide del bebé?" le preguntó cortésmente. La princesa estuvo de acuerdo. Alguien tendría que alimentar y cuidar del bebé, y ¿quién lo haría mejor que la misma madre?

Miriam estaba muy entusiasmada. Corrió a su mamá para darle la noticia. Muy pronto, mamá Jocabed estaba volviendo a casa con su bebé. Ya no necesitaba esconderlo, porque Dios había provisto un refugio para él. ¡Cuán agradecida estaba esta familia!

Jocabed cuidadosamente le enseñó a Moisés todo lo que ella sabía acerca de Dios. Ella sabía que solo lo tendría con ella por unos pocos años. Cuando él cumplió unos doce años, la princesa pidió que él viviera con ella en el palacio. Pero antes de eso, él aprendió acerca del Dios de Abraham, Isaac y Jacob, que quería hacer grandes cosas por el pueblo de Israel, y por el resto del mundo.

Dios había mantenido a salvo al niño Moisés. Nos protege a nosotros también. ¿Le agradecerás hoy por su protección?

38. La zarza ardiente

Ahora pues, ve, y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que hayas de hablar… y os enseñaré lo que hayáis de hacer.
Éxodo 4:12, 15 (RVR60)

 *Éxodo 2:11 - 4 | PP capítulo 22*

Moisés estaba cómodo en el palacio de Egipto. Su madre adoptiva, la princesa, lo trataba con amor y bondad. Él también asistió a las mejores escuelas y aprendió cómo ser un líder egipcio. Pero en medio te todo esto, él cuidó de siempre recordar a Dios, y se rehusó a adorar a los ídolos del palacio. Estaba seguro que Dios lo utilizaría para liberar a los israelitas de los egipcios, pero todavía no entendía *cómo* Dios lo haría. Simplemente pensó que lo haría por medio de la guerra, porque así le enseñaron en sus clases en el palacio. Pero la guerra y la matanza no son la manera en la cual Dios hace las cosas.

Un día, cuando Moisés tenía ya cuarenta años, él vio que un egipcio estaba golpeando a un israelita. Esto lo enojó tanto que mató al egipcio y lo enterró. Más tarde encontró a dos israelitas que estaban peleando, y les pidió amablemente que dejaran de pelear. “Si no hago lo que dice, ¿me matarás, así como mataste al egipcio?” le preguntó uno de ellos.

Demasiado pronto, muchos se enteraron de lo que Moisés había hecho. El faraón estaba furioso y quiso matarlo. Moisés tuvo que escaparse de Egipto a las apuradas para salvar su vida. Dios usó esto como una oportunidad para colocar a Moisés en un lugar donde

podría aprender la manera en que Dios hace las cosas. La manera de Dios es muy diferente a la manera en que el hombre hace las cosas.

Moisés dejó Egipto y fue hacia el desierto de Madián. Allí conoció a un hombre bondadoso llamado Jetro, quien era un sacerdote de Dios. Moisés se casó con Séfora, la hija de Jetro, y trabajó durante cuarenta años cuidando las ovejas de este hombre. Pensó que jamás volvería a Egipto ni ayudaría a liberar a los israelitas. Sin embargo, Dios tenía otros planes. Durante estos cuarenta años, Moisés aprendió a cuidar de las personas, así como cuidaba de las ovejas: con paciencia y bondad. Dejó de querer hacer guerra o de pelear para conseguir lo que él quería. Esto fue exactamente lo que Dios quería que él aprendiera.

Un día, cuando Moisés tenía 80 años, él estaba cuidando de las ovejas en el desierto cuando vio algo muy extraño: un arbusto estaba ardiendo, pero no se consumía. "¿Qué es esto?" se preguntó, y se acercó al arbusto. "Moisés," escuchó la voz de Dios, "Quítate tu calzado. Esto es tierra santa." ¡Dios le estaba hablando! Moisés enseguida se quitó el calzado.

"Quiero que regreses a Egipto y que le digas al faraón que deje ir al pueblo de Israel," Dios indicó. Moisés no quería hacer esto. Tenía miedo. Le empezó a hacer excusas a Dios. "Pero – nadie creerá que me enviaste," contestó.

Dios dijo, "La vara que tienes en tu mano – arrójala al suelo." Cuando Moisés hizo esto, la vara se transformó en una serpiente, y Moisés salió corriendo. "Ahora levanta a la serpiente de la cola," le indició Dios. Moisés lo hizo, aunque tenía miedo, y la serpiente enseguida se transformó en una vara nuevamente.

"Ahora llévate la mano al pecho," le indició Dios. Moisés obedeció. Cuando sacó su mano, estaba blanca de lepra, una

enfermedad terrible. “Ahora lleva tu mano al pecho otra vez,” le dijo Dios. Cuando Moisés lo hizo, su mano estaba sana y parecía igual que antes. “Si la gente no te cree, puedes mostrarles estas dos señales. También podrás convertir el agua en sangre,” le aseguró Dios.

Pero Moisés tenía aun más excusas. “Pero, Señor, no hablo bien. Tartamudeo. Y ya no recuerdo muy bien la lengua egipcia.” Dios le aseguró, “Yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que tienes que decir.”

Dios le había asegurado a Moisés que lo ayudaría, pero para Moisés no era suficiente. Lleno de dudas, contestó, “O, Señor, envía alguna otra persona.” ¿Porqué Moisés no creía que Dios podía estar con él y ayudarlo? Dios tenía planeado liberar al pueblo de Israel únicamente por medio de Moisés, pero como ahora Moisés insistía en su incredulidad, le trajo un ayudante. Dios dijo, “Tu hermano Aarón habla bien. Ya está en camino para encontrarse contigo. Él podrá hablar en tu lugar.”

Por fin, Moisés dejó de poner excusas y aceptó ir. Se encontró con su hermano Aarón después de tantos años de no verlo, y juntos viajaron de regreso a Egipto. Moisés no sabía cómo lo haría, pero se sentía seguro al saber que Dios estaría con él y le diría exactamente qué decir y qué hacer.

Dios tenía tantas grandes cosas que deseaba hacer por medio de Moisés, pero solo podría hacerlo cuando Moisés dejara de intentar hacer las cosas por sí mismo, y comenzara a permitir que Dios le enseñara cómo hacerlas. Dios desea hacer cosas a través tuyo, también. ¿Le permitirás que te enseñe qué decir y hacer? ¿Dejarás de confiar en tus propias ideas, y confiarás, en cambio, en Dios?

39. Las diez plagas

Torre fuerte es el nombre de Jehová;
A él correrá el justo, y será levantado.
Proverbios 18:10 (RVR60)

 *Éxodo 5 -12 | PP capítulo 23*

Moisés y Aarón llegaron a Egipto. Lo primero que hicieron fue encontrarse con los líderes israelitas y contarles lo que Dios les había dicho. Moisés también hizo las señales que Dios le había mostrado con su vara. Los líderes creyeron que Dios había enviado a Moisés y Aarón. “Puedes hablar al faraón por nosotros,” dijeron.

Luego Moisés y Aarón se presentaron ante el faraón. Le dijeron, “El Señor, el Dios de Israel, dice que dejes ir a su pueblo para guardar una fiesta santa y adorarlo en el desierto, un viaje de tres días.” Pero el faraón contestó, “No conozco este Dios. No los dejaré ir. Les daré aun más trabajo para hacer. Si los israelitas están planificando un viaje así, significa que están demasiado ociosos. Me aseguraré que estén demasiado ocupados como para pensar en cualquier otra cosa.” El faraón no quería que sus esclavos dejaran de trabajar, ni siquiera por un día.

Ya que el faraón no quería que los israelitas dejaran de trabajar, ellos tenían que trabajar también en sábado. Había pasado bastante tiempo desde que los israelitas habían guardado el sábado. Ya se habían olvidado de ese día, y habían dejado de adorar a Dios. Ya no eran bendecidos ni eran el pueblo exitoso que habían sido antes.

Tampoco lo eran los egipcios. Durante la época de José, Egipto había sido la nación más poderosa del mundo, pero ya no lo era. Dios quería ayudar tanto a los israelitas como a los egipcios para que tuvieran naciones fuertes y sanas nuevamente. Por esto envió a Moisés a recordarles de Dios, la fuente de toda fuerza y gloria.

¿Qué tendría que hacer el pueblo si deseaba que Dios fuese parte de su vida nuevamente? Tendría que pasar tiempo con él, escucharlo, y recibir sus bendiciones. Por esto, a través de Moisés, Dios primero les instruyó a los israelitas que guardaran el sábado cada semana. Luego le pidió al faraón que les permitiera guardar una fiesta para adorar. Si el faraón hubiera permitido que los israelitas adoraran a Dios, los egipcios hubieran sido bendecidos, simplemente por permitir que los israelitas adoraran a Dios. Esto hubiera sido una oportunidad para que tanto los israelitas como los egipcios se conectaran con Dios.

Lamentablemente, el faraón no quiso hacerlo. No quería saber nada con Dios. Egipto estaba por enfrentar problemas terribles, y ahora Dios no podría hacer demasiado para evitarlos, debido a la decisión del faraón. Al rechazar a Dios, el faraón decidió permitir que Satanás tomara control de su país, y pronto llegaría la destrucción.

El corazón del faraón estaba tan endurecido en contra de Dios que se volvió cruel hacia los israelitas. Ahora ordenó que ellos hicieran la misma cantidad de ladrillos como antes, pero esta vez tendrían que encontrar su propia paja para hacerlos. Les fue imposible encontrar toda la paja a tiempo para hacer sus ladrillos. Comenzaron a juntar hierba seca en lugar de paja, pero ni aun así pudieron encontrar suficiente. Los empezaron a castigar por no terminar su trabajo a tiempo. Los líderes israelitas estaban

consternados y dijeron, “Moisés, ¡mira lo que está sucediendo!” ¿Porqué se les habían empeorado las cosas?

Moisés y Aarón volvieron al faraón. Una vez más, le pidieron: “Por favor, déjanos ir a adorar a Dios en el desierto.” Para probar cuánto poder Dios tenía, Moisés transformó su vara en una serpiente. Los magos del faraón vieron, y transformaron sus propias varas en serpientes. Pero las serpientes de ellos no eran de verdad; era un truco mágico que hizo Satanás. Dios permitió que la serpiente de Moisés se tragara a todas las demás, para que quedase claro que Dios tenía más poder. Pero el faraón no quiso dejar ir a los israelitas.

Comienzan las plagas

A la mañana siguiente, Moisés y Aarón fueron al río Nilo, donde había venido el faraón a adorar al dios del río. Le dijeron al faraón, “Dios dice que dejes a su pueblo ir al desierto a adorarlo, pero no lo permites. Por lo tanto, ahora Dios permitirá que el río se convierta en sangre.” Entonces, Moisés tocó al río Nilo con su vara, y el agua se transformó en sangre. En todo Egipto, el río, los arroyos y los estanques se convirtieron en sangre hedionda y asquerosa. Incluso se murieron los peces del agua.

Los magos del faraón también hicieron trucos de magia para transformar agua en sangre. Pero no podían lograr que la sangre se convirtiera en agua nuevamente. Los egipcios tuvieron que cavar cerca del río para encontrar agua para tomar. Durante siete días, el agua fue una masa de sangre.

Después de esto, Moisés y Aarón volvieron a presentarse ante el faraón. Le dijeron, “Deja ir a los israelitas. Habrá ranas en toda la tierra si no los dejas ir.” Pero una vez más, el faraón no quiso dejarlos

ir. Entonces Moisés extendió su vara sobre el río, y hordas de ranas salieron del agua. ¡Pronto había ranas en todos lados! Los egipcios no podían cocinar, caminar, dormir, bañarse, ni hacer nada sin tocar una rana. Los magos también usaron sus trucos para hacer que aparezcan más ranas, pero no podían hacerlas desaparecer. Los egipcios no querían matar las ranas porque las adoraban, pero no soportaban estar en medio de tantas, así que, finalmente, el faraón le habló a Moisés. "Por favor, pídele a Dios que quite las ranas, y dejaré que los israelitas vayan y lo adoren," prometió. "¿Cuándo quieres que esto suceda?" preguntó Moisés. "Mañana," contestó el faraón.

Y así como lo pidió el faraón, Moisés oró a Dios. Dios contestó su oración, y todas las ranas murieron, menos las que estaban en el río. Los egipcios tuvieron que barrerlas, juntarlas y quemarlas o enterrarlas. ¡Por fin los egipcios estaban libres de las ranas! Pero, ¿dejaría el faraón que ahora el pueblo de Israel saliera? No, no lo hizo. Ignoró su promesa a Moisés, y no permitió que se fueran.

El faraón rechazó a Dios, y al hacerlo, renunció a la protección de Dios. Dios respetó el deseo del faraón de estar sin él, y ya no evitó que los ángeles malvados trajeran las plagas.

En total cayeron diez plagas. Después de las ranas vinieron piojos sobre todo Egipto, que molestaron a las personas y a los animales. Luego vinieron grandes enjambres de moscas sobre toda la tierra. Después de esto, algunos de los animales como vacas, caballos, burros, camellos y bueyes murieron de una enfermedad terrible. A esto le siguieron úlceras dolorosas sobre la gente y los animales. Esto nos muestra lo que sucede cuando Dios ya no protege la tierra.

Luego de esto, cayó del cielo un peligroso granizo mezclado con fuego. Dios le avisó a la gente de antemano: "Que todos estén bajo techo; guarden sus animales en establos." Los que creyeron y

obedecieron a Dios estuvieron a salvo, pero muchos no hicieron caso, y sus sirvientes y animales murieron. Las siembras quedaron destruidas.

La siguiente plaga fue un enjambre de langostas que se comieron todo lo que el granizo no había destruido. Después de esto hubo una oscuridad profunda durante tres días. Estaba todo tan oscuro que nadie podía ver nada, ni siquiera si prendían sus lámparas.

La décima plaga sería la más terrible. El Ángel Destructor, Satanás, pasaría por todos los hogares de Egipto aquella noche. Mataría a todos los primogénitos en cada hogar. Pero Dios le indicó a Moisés cómo la gente podría protegerse de esto: matarían un cordero y pintarían los dinteles de las puertas con la sangre de aquel cordero.

El cordero debía recordarles que el Hijo de Dios sufría por sus pecados, y que les estaba dando la oportunidad de arrepentirse y vivir. Gracias al Cordero (el Hijo de Dios) las casas con dinteles rojos estarían a salvo. Los israelitas le creyeron a Dios y siguieron sus instrucciones, pero la mayoría de los egipcios no lo hicieron, y esa noche muchos egipcios murieron. Incluso el hijo del faraón murió. El faraón estaba tan triste que les pidió a los israelitas que se fueran esa misma noche.

Los israelitas estaban listos. Dios ya les había dicho que tuvieran todo empacado. Cada israelita, con sus animales y posesiones, salió de Egipto aquella noche. Dios los había ayudado y protegido, y ahora serían libres de la esclavitud de Egipto. Dios quiere liberarnos también a nosotros de la esclavitud del pecado. Puede ayudarnos y protegernos, así como ayudó a los israelitas. ¿Confiarás en él para que te proteja?

40. El cruce del Mar Rojo

Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos.
Éxodo 14:14 (RVR60)

 *Éxodo 14 | PP capítulo 25*

Los israelitas salieron de Egipto cuando todavía estaba oscuro. Tenían a toda su familia, sus animales y posesiones con ellos. Los egipcios incluso les habían regalado joyas y ropa justo antes de que salieran. Solo podían moverse lentamente porque estaban viajando con niños, gente mayor y animales.

Luego de unos días, los consejeros del faraón le dijeron, “Los hebreos no se fueron solo para adorar en el desierto; van a huir de nosotros. Jamás volverán a trabajar para nosotros. ¿Por qué se les permitió salir de Egipto? Además, nuestros primogénitos no murieron por el poder de su Dios; seguramente hubo alguna enfermedad que les vino durante la noche. ¿Qué pensarán las demás naciones de nosotros cuando se enteren de cómo dejamos ir a los hebreos? ¡Vayamos y traigámoslos de vuelta!

Es increíble, pero después que toda su nación quedara arruinada, ¡el terco faraón una vez más ignoró las lecciones y las advertencias de Dios! Reunió un enorme ejército, junto con caballos y carruajes, y salieron rápidamente a buscar a los israelitas.

Ya habían pasado tres días, y los israelitas ya habían llegado al Mar Rojo y armado su campamento para pasar la noche. A un lado tenían el mar, profundo y peligroso. Al otro lado tenían altas

montañas. Luego vieron que de otro lado venía un gran ejército: ¡era el ejército del faraón! Comenzaron a llorar. ¡No tenían adonde ir! ¿Qué podrían hacer?

Moisés les aseguró, "Dios nos librará. Nos ha dicho que lo hará. Necesitamos confiar en él." Pero a muchos de los israelitas les costaba creer esto. La única manera en que podrían sobrevivir era si Dios los protegía. Por medio de esta situación, Dios les estaba enseñando a tener fe en él, a confiar en él.

Dios había estado usando una gran nube para guiar a los israelitas. Durante la noche, esta nube había sido un pilar de fuego que les daba luz y calor mientras se alejaban de Egipto. Ahora, durante el día, era una nube blanca que los protegía del fuerte sol del desierto.

Ya casi era de noche, y los egipcios se estaban acercando más y más al campamento de los israelitas. En cuanto llegaron, Dios colocó su nube entre los dos grupos, como una pared. En el lado egipcio, esta pared era oscura, pero en el lado hebreo (israelita), había luz, como si fuese de día. Los egipcios no podían entrar al campamento israelita. En ese momento deberían haber aceptado que Dios estaba protegiendo a los israelitas, y deberían haber regresado a casa. Pero no lo hicieron. Tenían miedo, pero eran demasiado orgullosos como para irse o para venir a Dios y arrepentirse por sus errores. Satanás también los estaba instando a que avanzaran, y los animaba en su ira y odio hacia los israelitas y su Dios.

Luego Dios le dijo a Moisés, "Alza tu vara, y extiéndela sobre el mar, y separa las aguas, para que los hijos de Israel puedan cruzar." Moisés extendió su vara, y el mar de repente se abrió, y hubo un camino seco a través del mar, con altas paredes de agua en ambos

lados. El pilar de fuego de Dios les daba suficiente luz para ver el camino. La gente comenzó a cruzar por el camino recién abierto.

Cuando los egipcios vieron esto, comenzaron a seguir a los israelitas y a cruzar el mar, también. Pero Dios hizo todo lo que pudo para evitar que hicieran esto. En la mañana, cuando el ejército egipcio estaba siguiendo a los israelitas en el mar, Dios hizo que la nube oscura se transformara en un pilar de fuego, y que salieran rayos y truenos de ella. Esta era una clara advertencia de Dios diciéndoles que regresaran a su hogar. Hasta envió ángeles que quitaran las ruedas de los carruajes egipcios, para que les fuese más difícil seguir persiguiendo a los israelitas. Pero, aunque estaban atribulados y tenían miedo, fueron tercos y no quisieron regresar a la orilla. Cuando por fin decidieron dar la vuelta y regresar, ya era demasiado tarde.

Los israelitas ya habían terminado de cruzar el mar, y Moisés ya tenía que extender su vara sobre el mar una vez más. Dios podía hacer un milagro para aquellos que confiaran en él, pero no lo podía hacer para los que lo odiaran y rechazaran. Entonces las aguas se cerraron sobre los egipcios, y todos murieron. Dios les había dado muchas advertencias y suficiente tiempo como para irse antes de que fuese demasiado tarde. Pero ellos habían sido demasiado orgullosos y tercos.

Los israelitas estaban más que felices. ¡Finalmente eran libres! Los egipcios jamás volverían a perseguirlos. ¡Dios los había protegido y ayudado! Miriam, la hermana de Moisés, comenzó a cantar una alabanza a Dios junto con las demás mujeres. Celebraron juntos y le agradecieron a Dios por mantenerlos a salvo. Dios también nos protege a nosotros, de peligros que tal vez ni conozcamos. ¿Le agradecerás a Dios por protegerte hoy?

41. Mara y maná

A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche. Isaías 55:1 (RVR60)

 *Éxodo 15: 22 – 27; 16 | PP capítulo 26*

Dios ya había hecho muchísimo por los israelitas; los había guiado fuera de Egipto; los había salvado del ejército egipcio; envió un pilar de nube durante el día para protegerlos del sol caluroso, y un pilar de fuego de noche para mantenerlos calentitos de las noches frías del desierto. Tenían toda la ropa y las cosas que necesitaban, y hasta ahora no habían pasado hambre ni sed. Después de todo esto, ¿creerían que Dios haría lo que era mejor para ellos?

No, no lo creyeron. A pesar de todas las maneras en las cuales Dios los había cuidado hasta ese entonces, ellos todavía no confiaban en él. Dios les permitió una prueba para que vieran y se dieran cuenta de lo poco que confiaban en él. Después de viajar por tres días, se quedaron sin agua y no podían encontrar más. De repente vieron una vertiente de agua, y corrieron a ella con alegría. Pero cuando probaron el agua, se dieron cuenta que era demasiado amarga para tomar. A ese lugar le pusieron el nombre “Mara”, porque Mara significa “amargo”, como las aguas amargas de aquel sitio.

En lugar de ir a Dios para pedir ayuda, comenzaron a quejarse y a culpar a Moisés por sus problemas. Moisés pacientemente oró a Dios pidiendo ayuda, y Dios le mostró un árbol. “Córtalo y arrójalo al

agua, y el agua será buena para beber," le indicó Dios. Y así fue: cuando obedecieron las instrucciones de Dios, las aguas fueron dulces para beber. Realmente no hubieran tenido necesidad de quejarse; ¡podrían simplemente haber confiado en Dios!

Después de Mara, se mudaron a un lugar llamado Elim, donde había doce pozos de agua y setenta palmeros. Luego llegaron al desierto de Sin. Tenían todas sus necesidades satisfechas, pero no hubo fin a su queja. La gente notó que solo les quedaba un poquito de comida. Todavía tenían suficiente para comer, pero se preguntaban dónde encontrarían más alimento en el futuro, porque no crecía ningún alimento en el desierto. Podrían haber dicho, "Dios nos dio agua; sabemos que nos dará alimento cuando lo necesitemos." En cambio, se quejaron con Moisés, "Teníamos tanta comida y tanta carne en Egipto, ¡pero ahora nos has traído al desierto para que muramos de hambre!" Moisés se entristeció cuando le dijeron esto. ¿Porqué no creían que Dios los amaba y que cuidaría de ellos? "Ustedes no se están quejando contra nosotros; se están quejando contra Dios," dijeron Moisés y Aarón. Entonces le aseguraron al pueblo, "Dios les proveerá alimento."

A la mañana siguiente, la gente vio que había algo blanco en el suelo. Decidieron llamarlo "maná", porque caminaban por el campamento, preguntándose, "¿Maná? ¿Maná?" Maná significa "¿qué es esto?" en hebreo. El maná era un pan especial que Dios les enviaba cada mañana. Lo juntaban, y luego lo cocinaban de diferentes formas.

Moisés les dio las instrucciones de Dios: "Solo junten lo que ustedes y sus familias comerán por ese día. No junten para guardar para el siguiente día, porque se pudrirá."

Por supuesto, muchas familias no confiaron en que Dios les daría maná todos los días, así que el primer día juntaron todo lo que pudieron. A la mañana siguiente, el maná de sobra estaba podrido y apestoso, y tuvieron que tirarlo. Esto les enseñaría a depender de Dios cada día.

El viernes de mañana, Moisés les anunció, "Cada viernes, junten suficiente maná para dos días. El día sábado no habrá maná en el suelo. Los sábados son sagrados, y deberíamos evitar cualquier trabajo innecesario ese día." El maná no se echaría a perder durante el sábado, y esto animaría al pueblo a considerar al sábado como un día especial.

Por supuesto, hubo gente que no le creyó a Moisés cuando les dijo esto, y ellos solo juntaron suficiente maná para el viernes. El sábado, ellos y sus familias pasaron hambre, porque no había maná en el suelo, y ninguna de las demás familias tenía suficiente como para compartir con ellos.

Los israelitas estuvieron en el desierto cuarenta años. Durante todo ese tiempo, tuvieron maná para comer. El maná solo dejó de aparecer cuando entraron a la tierra prometida y comenzaron a comer de lo que crecía de la tierra. Dios cuidó de sus necesidades en todo momento, y siempre tuvieron alimento y agua, aunque vivían en un desierto seco.

Así como Dios lo hizo por los israelitas, podemos estar seguros de que cuidará de nuestras necesidades, también. Nos ama y siempre quiere lo que es mejor para nosotros. ¿Confiarás en que él te cuidará, también?

42. Codornices y una roca

Se sacian de la abundancia de tu casa;
les das a beber del torrente de tus delicias. Salmo 36:8 (RVA2015)

Éxodo 16: 1-13; 17; Números 11: 4- 13; 31-34 | PP capítulos 26, 33 and 37

Los israelitas ya habían visto cómo Dios podía darles agua y alimento en medio del desierto. Dios estaba haciendo todo lo posible para enseñarles a confiar en él. Pero lamentablemente, se quejaban cada vez que algo no les gustaba. La verdad era que no confiaban plenamente en que él los amaba y cuidaba de ellos, ni creían que él quería lo que era mejor para ellos.

Dos veces, Dios permitió que entraran codornices al campamento para que los israelitas las cazaran y las comieran. La carne no es el alimento que Dios planificó para que comieran los seres humanos, pero ellos la deseaban y se quejaban que no la tenían, así que él les permitió hacer lo que ellos deseaban.

La primera vez que vinieron codornices al campamento, estuvieron por solo una tarde. Era la tarde en la cual los israelitas se habían quejado amargamente que no tenían la carne de Egipto. Ese día cazaron y comieron codornices, y a la mañana siguiente, Dios les envió maná por primera vez.

La segunda vez que vinieron codornices al campamento fue más de un año después, cuando los israelitas estaban cerca de Canaán. Para este entonces, ellos ya estaban cansados del maná, y otra vez se quejaron que extrañaban la comida de Egipto. No estaban satisfechos con la comida saludable que Dios les había provisto en el desierto, así

que Dios permitió que entrara otra manada de codornices al campamento. Esta vez, la gente comió tantas codornices que muchos se enfermaron gravemente y murieron. Había sido su decisión rechazar el buen alimento que Dios les había dado, y comer grandes cantidades demasiado rápido de comida que no era buena para ellos.

Después que Dios transformó las aguas amargas de Mara en agua dulce, la gente continuó su viaje hasta que una vez más se les acabó el agua. Pero en lugar de recordar cómo Dios les había dado agua antes, y cómo cada mañana tenían maná para comer, se quejaron con Moisés, "¿Porqué nos has traído aquí? ¿Quieres que muramos de sed?" Luego comenzaron a hablar entre ellos, diciendo, "¿Porqué no apedreamos a Moisés?"

Moisés se entristeció por la manera en que hablaba la gente, y le preguntó a Dios qué hacer. Dios le indicó, "Toma a los líderes de Israel y a tu vara, y vayan a la roca de Horeb. Allí, golpea la roca una vez, y saldrá agua de ella para que el pueblo beba." Y eso hizo Moisés. La roca de Horeb era un cuadro hermoso del amor de Dios. La roca debía recordar al pueblo del Hijo de Dios que sería lastimado (y que sentía dolor en ese mismo momento) por sus pecados y falta de fe. Y así como la roca les daría agua luego de ser golpeada, el Hijo de Dios seguiría bendiciendo a la gente incluso después de sufrir por ellos.

Desde ese momento, donde sea que iban en el desierto, si no había vertientes, Dios les proveía agua de una roca cerca del campamento. A los israelitas nunca les faltó agua ni alimento; Dios se encargó de todas sus necesidades. Los cuidó tiernamente, y esto debía enseñarles a confiar en él, y a confiar que él deseaba lo que era mejor para ellos. Él cuida de nosotros de la misma manera. Solo necesitamos confiar en él. ¿Lo harás?

43. Sosteniendo las manos de Moisés

**Sobrellevad los unos las cargas de los otros,
y cumplid así la ley de Cristo. Gálatas 6:2 (RVR60)**

 *Éxodo 17: 8-16 | PP capítulo 26*

Dios había estado cuidando tiernamente de los israelitas. Sin embargo, ellos todavía no confiaban en él completamente. Cuando no tenían agua, en lugar de pedirle ayuda a Dios y confiar en él, se quejaron e hicieron planes de apedrear a Moisés. A pesar de esto, Dios les tuvo paciencia y les dio agua de la roca en Horeb, y se aseguró que ellos tuvieran maná todas las mañanas.

Lamentablemente, todas estas quejas y falta de fe en Dios hicieron que se separaran de la protección de Dios. Al quejarse, estaban echando fuera al Espíritu de Dios, y estaban permitiendo que Satanás les trajera problemas.

En cuanto Satanás pudo, les trajo un grupo de personas llamadas amalecitas. Esta gente vivía cerca. Vieron que los israelitas estaban pasando por allí, y decidieron atacar los bordes del campamento, donde estaban los más débiles y cansados.

Moisés le indicó a un hombre llamado Josué que liderara a los hombres en batalla, pero por supuesto, los israelitas no eran soldados entrenados. No sabían pelear bien. ¡Iban a perder esta batalla! Entonces Moisés subió la colina y miró abajo donde ocurría la lucha.

Mientras lo hacía, alzaba sus manos y su vara. Mientras hacía esto, oraba para que Israel tuviera la victoria.

No sabemos cómo Dios hubiera elegido resolver este problema; a Moisés no se le ocurrió preguntarle. Sabemos que a Dios le gusta que los problemas se resuelvan sin que la gente se mate la una a la otra, pero para los seres humanos esto a menudo es difícil de entender. Sin embargo, Dios permitió que esto sucediera, porque los amalecitas lo habían rechazado y estaban luchando contra los israelitas para demostrar que eran más fuertes que Dios. Entonces, por supuesto, Dios no podía ayudar a los amalecitas. En cambio, como Moisés pidió ayuda, Dios protegió a los israelitas en esta batalla.

Pronto se hizo claro que, mientras Moisés alzara sus manos, los israelitas ganaban la batalla. Pero pronto Moisés se cansó, y le costaba mantener sus manos alzadas. Cuando bajó los brazos, los amalecitas comenzaron a ganar la batalla. Aarón (el hermano de Moisés) y un líder llamado Hur vieron lo que estaba sucediendo y decidieron ayudar a Moisés. Aarón sostuvo uno de los brazos de Moisés, mientras que Hur sostuvo el otro. Hicieron esto hasta la puesta de sol, cuando los amalecitas finalmente decidieron abandonar la batalla y regresar a casa.

¿Qué hubiera sucedido si Aarón y Hur no hubieran ayudado a Moisés a alzar sus manos? Los israelitas hubieran perdido la batalla. Pero como Moisés recibió esta ayuda, se salvaron los israelitas. Ese día, el pueblo vio que Dios realmente estaba usando a Moisés para guiarlos y cuidar de ellos. También aprendieron cuán importante es que ayudemos a nuestros líderes, así como Aarón y Hur ayudaron a Moisés.

¿Quiénes son tus líderes? Son tus padres, maestros, pastores, y los líderes en tu comunidad. Todos ellos tienen la tarea difícil de

cuidar de otros y de hacer cosas por los demás. Si les ayudamos, los apoyamos y los tratamos con respeto, les será más fácil ayudarnos y hacer bien su trabajo. Dios desea bendecirnos de muchas maneras, y una de las formas en las que nos bendice es a través de nuestros líderes. Agradezcamos a Dios por las personas en nuestra vida que nos guían y cuidan de nosotros. ¿Le preguntarás a Dios cómo puedes ayudarlos?

44. Moisés acepta un consejo

Atended el consejo, y sed sabios, y no lo menospreciéis.
Proverbios 8:33 (RVR60)

 *Éxodo 18 | PP capítulo 26*

Los israelitas ahora armaron campamento en un nuevo sitio. Este lugar era especial para Moisés porque su suegro (el padre de su esposa), Jetro, vivía cerca. La esposa de Moisés, Séfora, y sus dos hijos, Gersón y Eliezer, se habían quedado con Jetro desde que Moisés había regresado a Egipto. Ahora Jetro los trajo para que pudieran estar nuevamente con Moisés. ¡Qué alegría tenían de verse! Moisés estaba feliz de contarle a su familia todo lo que había sucedido desde que él se había ido a Egipto. Jetro era sacerdote, así que alabó a Dios por lo que había hecho por los israelitas, y ofreció sacrificios sobre un altar. Aarón y los ancianos de Israel adoraron con él y comieron juntos.

Jetro observó a Moisés y pronto notó cuánto trabajaba. Desde muy temprano hasta la puesta de sol, Moisés escuchaba a la gente y le ayudaba a resolver sus problemas y disputas. Al ayudarles a saber qué hacer, les recordaba las leyes de Dios.

"Moisés, este trabajo es demasiado pesado para ti. No deberías estar haciéndolo solo; pronto estarás demasiado cansado para hacer cualquier cosa," Jetro le aconsejó a Moisés. Le sugirió que Moisés eligiese líderes entre el pueblo: jefes de miles, jefes de cientos, y jefes

de diez. De esta manera, la gente primero le traería su problema al jefe de diez. Si él no podía resolver el problema, irían al jefe de cien. Si éste no podía resolverlo, tendrían que ir al jefe de mil. Finalmente, lo que los jefes de mil no podían resolver, se presentaría ante Moisés. Esto aliviaría muchísimo la tarea de Moisés, y los hombres que fueron elegidos como líderes también se sentirían honrados de poder ayudar.

Los hombres elegidos recibieron una responsabilidad especial, para que Moisés no tuviera que cargar con todo el peso. Esto ayudaría a traer orden al pueblo y también le dejaría a Moisés más tiempo para enseñarles las leyes de Dios. Pero también sería una prueba para estos nuevos líderes. ¿Se quedarían cerca de Dios, y le pedirían ayuda ahora que tenían que tomar decisiones importantes, o se volverían orgullosos y arrogantes por su nueva posición de autoridad?

Moisés estaba agradecido por el consejo que le dio su suegro. Aunque Dios lo había elegido para liderar a otros, él no creía que era demasiado importante como para recibir consejos. Amaba y respetaba a Jetro, y su vida fue más agradable porque siguió su consejo útil. Dios usó a Jetro para bendecir a Moisés de muchas maneras. También pone gente en nuestras vidas que nos pueden dar consejos útiles, y somos bendecidos si les hacemos caso. ¿Quiénes son estas personas en tu vida? ¿Le agradecerás a Dios por ellas hoy?

45. El pacto de Dios

Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; Y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo. Hebreos 8:10 (RVR60)

 *Éxodo 19-20; Deuteronomio 5 | PP capítulo 27*

Los israelitas estaban acampando justo debajo del monte Sinaí. Al poco tiempo de haberse establecido allí, Dios llamó a Moisés para encontrarse con él en la montaña. Dios le recordó a Moisés cómo había cuidado de los israelitas y los había protegido todo este tiempo. "Si el pueblo me oye y guarda mi pacto, serán un tesoro especial para mí. Ustedes serán un reino de sacerdotes para mí, una nación santa," Dios le dijo a Moisés.

Dios añoraba que Israel reflejase su carácter, porque si lo hacían, las demás naciones también llegarían a conocerlo. "Quiero entrar en un pacto con Israel," dijo Dios, "un pacto en el cual pondré mi ley, los diez mandamientos, en sus mentes, y la escribiré en sus corazones." Dios solo podía hacer esto por Israel si ellos lo escuchaban y atesoraban su palabra. Les ayudaría a vivir vidas santas de acuerdo con su ley, y si le permitían hacer esto, las demás naciones aprenderían acerca de él y serían bendecidas. ¡Dios quería usar a Israel para que todo el mundo lo llegara a conocer!

Moisés regresó al campamento y les contó a los líderes lo que Dios le había dicho. "Haremos todo lo que el Señor nos ha dicho," respondieron ellos. Una vez más, Moisés subió a la montaña para

hablar con Dios. Dios le explicó que hablaría su ley al pueblo, y le indicó cómo ellos debían prepararse para esto.

Durante los siguientes días, el pueblo se preparó santificándose. Esto significó que ayunaron y confesaron sus pecados para estar limpios por dentro, y también significó que se bañaron y lavaron sus ropas para estar limpios por fuera. Todo el campamento estaba limpio y ordenado. Como Dios hablaría desde la montaña, Moisés construyó un cerco alrededor de la montaña para que ninguna persona ni ningún animal sin querer se acercara demasiado y muriera. Dios es tan puro y santo que alguien que pecó y no está listo para entrar en su presencia muere al hacerlo, porque le abruma la sensación de culpa. El cerco estaba allí para proteger al pueblo de su propia pecaminosidad.

El tercer día, todo estaba listo. A la mañana, una nube gruesa y oscura cubrió la montaña. Dios estaba en aquella nube oscura; la nube ocultaba su gloria para proteger al pueblo, porque ellos eran demasiado pecaminosos para ver la gloria de Dios. Luego los israelitas escucharon el sonido de una trompeta, que comenzó a sonar suave y luego se hizo cada vez más fuerte. Este era el llamado para que se encontraran con Dios en la base de la montaña. También salían truenos y relámpagos de la nube, y la montaña temblaba.

La gente sentía miedo mientras observaba. Les costaba ver y escuchar todo esto, y a la vez entender que Dios es un Dios de amor y misericordia. El temblor y los relámpagos les daban un sentido de reverencia y temor. El temor es lo primero que la gente siente cuando se acerca a Dios, porque al acercarse a Dios, empiezan a ver cuán pecadores son. Los israelitas necesitaban entender que eran pecadores, para que Dios entonces les pudiera decir, “Los amo y les

ayudaré a cambiar. ¡Vengan a mí!" Pero antes de poder acercarse a Dios, necesitaban sentir su necesidad de él y pedirle ayuda.

Ahora los truenos y temblores cesaron, y hubo un silencio completo por un rato. Luego se oyó la voz de Dios. Primero les recordó a los israelitas que los había liberado de los egipcios: "Soy el Señor tu Dios, quien los sacó de la esclavitud en Egipto." Luego les dio sus diez leyes, las leyes que ellos no podían guardar por sí mismos, pero que él les ayudaría a guardar. Estas leyes o diez mandamientos, si se las guarda, traerían paz y felicidad a todos, y eran *promesas* de parte de Dios. Él prometió que, si lo oían y confiaban en él, los haría santos. Al hablar, les prometió:

1. No tendrás otros dioses delante de mí.
2. No te harás ningún ídolo.
3. No tomarás el nombre de Dios en vano.
4. Acuérdate del día sábado para santificarlo.
5. Honra a tu padre y a tu madre.
6. No matarás.
7. No cometerás adulterio.
8. No robarás.
9. No dirás mentiras en contra de otros.
10. No codiciarás nada que pertenezca a otros.

Después que Dios dijo esto, la gente se dio cuenta cuán pecaminosa era; había quebrantado todos estos mandamientos. Se miraron a sí mismos y pensaron en cuán malvados eran, en lugar de ver que Dios estaba prometiendo hacer todo esto por ellos. Tenían demasiado miedo para oír más. Dios tenía más para decirles y se los

hubiera dicho directamente, así como había hablado los diez mandamientos, pero el pueblo pidió que él ya no les hablara más en forma directa. Querían que él les hablara por medio de Moisés. Entonces Dios llamó a Moisés que fuera solo dentro de la nube para escuchar el resto del mensaje, los estatutos y juicios, que eran leyes que explicaban cómo vivir de acuerdo con los diez mandamientos. Moisés escribió todo y después lo compartió con el pueblo.

El día en que Dios habló su pacto y los diez mandamientos a los israelitas es el día de Pentecostés, y cada año después de ese momento, el pueblo guardó una fiesta para recordar este día. 430 años antes, Dios le había dado este pacto también a su padre Abraham.

El pacto de Dios no es solo para los israelitas; siempre ha estado, y hoy Dios nos está ofreciendo ese pacto a nosotros también. ¿Aceptarás su pacto? ¿Lo escucharás y le permitirás escribir su ley en tu mente y corazón, para que te pueda ayudar a vivir una vida santa?

46. El pacto del hombre

Guarden, pues, las palabras de este pacto y pónganlas por obra, para que prosperen en todo lo que hagan. Deuteronomio 29:9 (RVA2015)

 *Éxodo 20: 18-21; 24:1-8 | PP capítulo 27*

Dios acababa de hablar su pacto al pueblo de Israel. Había pronunciado sus diez mandamientos, las leyes de amor que prometió escribir en sus mentes y corazones. Estas leyes revelan cómo es Dios y cómo serán sus hijos con su ayuda. Lo único que tenían que hacer los israelitas era oír y aceptar lo que Dios estaba ofreciendo hacer por ellos.

¿Aceptó el pueblo lo que Dios dijo? ¿Escucharon? Lamentablemente, después que escucharon a Dios mismo pronunciar los diez mandamientos, no quisieron escuchar más. "Por favor, Moisés, *tú* háblanos. Te escucharemos a ti, pero si Dios nos habla, nos moriremos," rogaron.

Moisés consoló al pueblo. Les aseguró, "No tengan miedo." Sí, Dios les estaba mostrando quién era, y cuando les habló, sintieron miedo, pero eso es solo porque se estaban dando cuenta de su pecaminosidad. Cuando Dios les dijo sus diez mandamientos, se les hizo claro que sus caracteres no eran puros ni santos. Pero Dios no les habló para condenarlos ni acusarlos; lo hizo para que vieran cuál era su verdadera condición. Si oían, Dios los haría puros y los libraría del pecado.

Moisés volvió a la nube oscura para escuchar lo que Dios tenía para decir, pero la gente se quedó atrás, temerosa. Desde este

momento, no quisieron escuchar la voz de Dios. Prefirieron que Moisés les diera los mensajes de Dios. Esto es una lástima, porque Dios añoraba hablarles y que ellos lo escucharan.

Dios le dijo a Moisés, "Sube a la montaña. Que Aarón, sus hijos Nadab y Abiú, y los setenta ancianos suban contigo. Ellos adorarán desde cierta distancia, y tú vendrás cerca de mí." Moisés y todos los hombres hicieron exactamente lo que Dios dijo. Mientras Moisés estaba solo con Dios, él le dio los estatutos y juicios. Estas eran leyes que ayudaría al pueblo a comprender mejor cómo guardar los diez mandamientos. Por ejemplo, si ellos no sabían bien qué significaba "robar", los estatutos lo explicaban claramente.

Luego Moisés regresó al pueblo. Les dijo todo lo que Dios le había indicado. ¿Aceptarían el pacto de Dios con ellos? ¿Le permitirían escribir su ley en sus mentes y corazones, y a cambiar sus corazones egoístas?

El pueblo respondió, "Todas las palabras que el Señor ha dicho, haremos." Esto parecería como que aceptaron el pacto de Dios, pero en realidad, estaban creando un nuevo pacto. El deseo de Dios era que ellos dijeran, "Sí, Señor, aceptamos tus palabras. Por favor haz estas cosas en nosotros." En cambio, dijeron, "Nosotros haremos todas estas cosas que Dios dice."

Nosotros haremos. ¿Podían ellos realmente hacer todas estas cosas que Dios estaba diciendo? No, no podían, pero creían que lo podían hacer. Y así cambiaron el pacto a un pacto de hombres, o lo que se conoce como el "antiguo pacto" en la Biblia. Ignoraron el ofrecimiento que Dios les dio de hacer todo por ellos, y prometieron hacerlo todo por sí mismos.

Después que el pueblo le hizo esta promesa a Dios, Moisés escribió todas las instrucciones que Dios le había dado en la montaña. De mañana temprano Moisés construyó, en la ladera del monte, doce pilares (uno para cada tribu de Israel). También construyó un altar donde el pueblo ofreció bueyes en holocaustos y ofrendas de paz a Dios. Moisés tomó la sangre de estas ofrendas y la esparció sobre el altar. Dios no les había pedido que ofrecieran estos animales, pero los israelitas sentían que tenían que hacerlo para que Dios estuviera complacido con ellos. Los seres humanos siempre se han sentido incómodos de recibir el perdón y las bendiciones de Dios sin pagar nada a cambio, y querían entregarle algo. Dios ha aceptado estas cosas porque les ayuda a los seres humanos a creer que él realmente los ama, pero él no necesita estos sacrificios. Lo que él realmente quiere es que escuchemos sus palabras y las tomemos en serio.

Luego Moisés leyó al pueblo el libro del pacto que había escrito, y nuevamente prometieron, “Haremos todo lo que el Señor ha dicho, y seremos obedientes.” Entonces Moisés tomó la sangre de las ofrendas y la esparció sobre el pueblo esta vez, diciendo, “Esta es la sangre del pacto que el Señor ha hecho con ustedes.”

Pero este no era el pacto de Dios; era el pacto del pueblo. Ellos todavía no entendían que solo podían guardar la ley de Dios con la ayuda de Dios. Estaban haciendo un pacto con Dios de acuerdo a lo que entendían, y Dios aceptó su pacto. Utilizaría el pacto de hombres para eventualmente traerlos al pacto de Dios.

Lo que sucedió con Israel sucede con todo ser humano. Cuando primero escuchamos que Dios quiere ayudarnos a guardar sus leyes, prometemos guardarlas por nosotros mismos, de acuerdo con nuestra sabiduría imperfecta. Rechazamos el pacto de Dios hasta que nos

damos cuenta que no podemos guardar su ley por nosotros mismos. Entonces, cuando por fin nos damos cuenta de nuestra debilidad y la aceptamos, apreciaremos el pacto de Dios. Cuando esto sucede, por fin dejamos el antiguo pacto (que es el pacto del hombre que trata de hacer las cosas por sí mismo) y entramos al nuevo pacto, o el pacto de Dios.

El mismo pacto que Dios deseaba hacer con Israel es el pacto que quiere hacer con cada uno de nosotros. ¿Aceptarás su pacto, o harás tu propio pacto defectuoso con él, como lo hizo Israel? ¡Digámosle que sí a Dios y permitamos que cambie nuestros corazones!

47. Un pacto roto

Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. 1 Juan 1:9 (RVR60)

 *Éxodo 24: 9-18; 32 | PP capítulo 28*

El pueblo acababa de hacer su pacto con Dios. Dios había dicho, "Escuchen mis palabras y guárdenlas, y *yo* los haré santos." Pero en cambio, el pueblo había respondido, "*Nosotros* haremos todas las cosas que Dios ha dicho." Demasiado pronto, se darían cuenta de cuán incapaces eran de guardar la promesa que le habían hecho a Dios.

Después de esto, Moisés Aarón, Nadab, Abiú[5] y los setenta ancianos de Israel subieron la montaña. Allí tuvieron una experiencia extraordinaria: vieron al Dios de Israel. No vieron su cara, porque el hombre pecaminoso no puede mirar el rostro de Dios y vivir. Pero sí vieron que bajo los pies de Dios había lo que parecía un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno. Los hombres que vieron esto eran líderes en Israel, y Dios los recibió con amor y los honró. Si lo seguían, él los guiaría para que pudieran gobernar a Israel con justicia. Todo el tiempo que los líderes estuvieron en la montaña con Dios, no comieron ni bebieron nada, pero Dios los sostuvo.

Después de esta maravillosa experiencia de los líderes de Israel, Dios le pidió a Moisés que subiera a la montaña una vez más, esta

5 Nadab y Abiú eran hijos de Aarón.

vez con un hombre llamado Josué. Aarón, Nadab, Abiú y los ancianos volvieron al campamento, pero Josué subió con Moisés. Cuando llegaron a cierto punto, Josué se quedó allí y esperó mientras Moisés subió aun más alto y pasó muchos días con Dios. Durante este tiempo, Dios le dijo a Moisés que quería que el pueblo construyera un santuario, y le explicó exactamente cómo debía hacerse. Y Dios hizo dos tablas de piedra para los israelitas y escribió los diez mandamientos sobre ellas. Dios quería escribir su ley en los corazones del pueblo, pero cuando escucharon su voz, sus corazones de endurecieron como la piedra, y ya no quisieron escuchar su voz. Es por eso que Dios escribió sobre tablas de piedra; quería ayudarles a ver la condición de sus propios corazones.

Pasaron muchos días, y el pueblo se volvió impaciente. ¿Porqué no regresaba Moisés? ¿Se habría muerto? Mientras más esperaban, más disgusto sentían, hasta que se olvidaron lo que Dios había hecho por ellos, lo que les había dicho, y lo que ellos le habían prometido. Se cansaron de esperar, y querían un dios que podrían ver, como los ídolos que habían visto en Egipto. Se acercaron a Aarón y le exigieron que les hiciera un ídolo.

Con bondad, Aarón trató de disuadirlos, pero ellos se enojaron cada vez más. Si Aarón les hubiera dicho con firmeza que está mal hacer un ídolo, hubieran dejado de pedir esto, pero Aarón tenía miedo del pueblo, y habló con debilidad y timidez. Esto lo llevó a cometer un gran error: le terminó pidiendo al pueblo que entregaran todos sus aros para hacer un ídolo. Tenía esperanzas de que ellos no querrían deshacerse de sus joyas, pero estuvieron felices de traerlas. Luego derritieron los aros, hicieron un becerro de oro y comenzaron a adorarlo. Adoraron igual que los paganos, con fiesta y música ruidosa.

Moisés todavía estaba en la montaña cuando esto sucedió. Dios le dijo a Moisés, "El pueblo está adorando a un becerro de oro. Déjame, y los destruiré, y haré una nación de ti." Dios no destruye a nadie directamente, pero cuando los israelitas decidieron adorar a un ídolo, rechazaron la protección de Dios, y él tenía que respetar su decisión y quitar su protección. Cuando esto sucede, la gente no está a salvo de lo que Satanás les quiera hacer. Por esto, Dios sabía que si ellos rechazaban su protección, morirían.

Para este entonces, Moisés se habrá sentido frustrado por la manera en la cual el pueblo lo culpaba por sus problemas. La idea de que Dios podría hacer una nación de *su* familia le podría haber gustado más que el tener que lidiar con los israelitas problemáticos. ¿Qué haría Moisés? La única esperanza del pueblo era que alguien orara por ellos, porque ¡ni siquiera se daban cuenta de que necesitaban orar por sí mismos! ¿Pediría Moisés que Dios abandone al pueblo, o los amaría de todos modos y oraría por ellos?

Menos mal que Moisés había aprendido cuán amoroso es Dios, y amaba al pueblo así como Dios los amaba. "Por favor, Señor, no los dejes morir," oró, "¿Qué pensarán las demás naciones de ti si el pueblo entero muere en el desierto? Es tu pueblo." ¡Qué feliz se habrá sentido Dios al escuchar la oración de Moisés! Ahora Dios no estaba siendo alejado de ellos, y podría seguir protegiéndolos.

Moisés y Josué bajaron la montaña rápidamente. Cuando llegaron al campamento, quedaron horrorizados por lo que vieron. La adoración al becerro se había transformado en una fiesta malvada. ¿Cómo podía ser que esta gente era la misma que había prometido obedecer a Dios unas pocas semanas antes? Ahora quedaba claro que ellos no podían cumplir las promesas que le hicieron a Dios.

Para mostrar que el pueblo había roto su pacto con Dios, Moisés arrojó las tablas de piedra sobre el suelo, y éstas se rompieron en pedazos. Luego derritió el ídolo, lo hizo polvo, y tiró el polvo en el agua para que la gente lo bebiera.

Después Moisés dijo, "El que no adoró al becerro, sino que fue fiel a Dios, venga a mí." La tribu entera de Leví, que había sido fiel, se puso al lado derecho de Moisés. Ahora los que habían adorado al becerro, pero estaban arrepentidos, tuvieron la oportunidad de pararse al lado izquierdo de Moisés. Dios aceptó su arrepentimiento y los perdonó. Pero todavía había muchos que no estaban arrepentidos; no sentían la necesidad de la ayuda de Dios en sus vidas. Dios ya no podía estar con ellos, ayudarlos ni protegerlos, porque habían elegido rechazarlo.

Ahora Moisés ordenó a los levitas, los que estaban a su derecha que habían sido fieles, que mataran a los que no se habían arrepentido. Los levitas podrían haber dicho, "Por favor, ¿no hay otra manera de arreglar esto? ¿Cómo podemos matar a nuestros hermanos?" ¿Orarían por los que no se arrepentían, como lo había hecho Moisés cuando todavía estaba en el monte? Y los que no se arrepentían, ¿podrían ver ahora que lo que habían hecho los separaba de Dios, y los llevaría a la muerte? ¿Se arrepentirían? No, no lo hicieron.

Es triste, pero los levitas siguieron adelante y mataron a los hombres que no se habían arrepentido. Más de 3.000 personas murieron en el campamento ese día. Algunos murieron por espada, y otros por una plaga que cayó sobre el campamento. Dios no los protegió, porque ellos habían rechazado su cuidado y protección. La plaga, traída por Satanás, hubiera por sí sola matado a todos los que no estaban protegidos. Los levitas no hubieran necesitado matar a

nadie, pero Dios respetó la decisión de ellos de lidiar con el problema como les parecía.

¡Cuán pronto se dieron cuenta los israelitas que ellos no podían guardar la ley de Dios sin su ayuda! ¿Los amaría Dios todavía, y cuidaría de ellos, después de lo que habían hecho? Sí, lo haría. Dios recibió a los que se arrepintieron. Dios es amoroso, perdonador y misericordioso, y nos recibirá y ayudará si le confesamos nuestros pecados. Está listo y esperando que nos demos cuenta de nuestros errores y le pidamos ayuda para cambiar. ¡Demos gracias a Dios hoy, por amarnos y porque está dispuesto a perdonarnos!

48. La gloria de Dios

Con todo mi corazón te he buscado;
No me dejes desviarme de tus mandamientos.
Salmo 119:10 (RVR60)

 *Éxodo 33-34 | PP capítulo 28*

El pueblo había roto su pacto con Dios. Los que se dieron cuenta de su pecado y se arrepintieron fueron perdonados, pero Dios sabía que todavía no estaban listos para que él estuviera entre ellos. Los israelitas nunca habían aceptado el pacto de Dios de escribir sus leyes en sus corazones y mentes, y habían roto su propio pacto de hombres. Ahora que ya no había un pacto entre ellos y Dios, él le dijo a Moisés, "Les daré la tierra de Canaán. Enviaré un ángel delante de ustedes, y los pueblos que están en esa tierra serán echados fuera. Pero no estaré entre el pueblo de Israel, porque son tercos, y mi presencia podría consumirlos."

Dios todavía deseaba estar con el pueblo. Entonces, para protegerlos de ser consumidos por su presencia santa, les pidió que se quitaran las joyas y que se humillaran. También dijo, "Moisés, lleva el tabernáculo de la congregación fuera del campamento." El tabernáculo era una carpa en la cual la gente se encontraba con Dios (El santuario se construiría después, pero por ahora, tenían el tabernáculo). Al mover el tabernáculo y armarlo afuera del campamento, Dios estaba dejando en claro que su presencia ya no estaba entre el pueblo.

Moisés hizo lo que Dios pidió, luego entró al tabernáculo para encontrarse con Dios. Al hacerlo, la gente quedó parada fuera de sus carpas y observó. Vieron al pilar de nube descender sobre el tabernáculo, lo cual significaba que Dios quería hablar con Moisés. El pueblo adoró a Dios desde las puertas de sus propias carpas, mientras esperaba que Moisés saliera del tabernáculo.

Moisés estaba tan cerca de Dios que podía hablar con él cara a cara, así como nosotros les hablamos a nuestros amigos. Esto no significa que Moisés vio el rostro de Dios; significa que Dios no necesitaba hablar con Moisés por medio de sueños, visiones o parábolas. Dios podía conversar con él directamente.

Moisés le oró a Dios. Le pidió que los guiara, y que aceptara al pueblo como suyo. A Dios le agradó la oración de Moisés, y estuvo feliz de contestarla. Le dijo a Moisés, "Haré lo que has pedido, porque has hallado gracia en mis ojos, y te he conocido por tu nombre."

Ahora Moisés tuvo otro pedido especial para Dios. "Señor, muéstrame tu gloria," le pidió. Dios estuvo de acuerdo en hacer esto. ¿Qué es la gloria de Dios? Es su carácter de bondad, amor y misericordia. Pero Dios permitiría que Moisés viera aun más. Le explicó a Moisés, "No puedes ver mi rostro. Ningún hombre puede ver mi rostro y vivir, porque mi gloria entera se ve en mi rostro. Pero párate en una roca cerca de mí, y cuando pase mi gloria, serás protegido por una hendidura en la roca, y te cubriré con mi mano. Cuando quite mi mano, verás mi espalda, pero no mi rostro."

Entonces Dios le indicó a Moisés que alisara dos tablas de piedra como las que se habían roto. "Sobre estas tablas, yo escribiré las mismas palabras que escribí en las que rompiste," le aseguró Dios, "y ven a verme al monte Sinaí mañana de mañana. No permitas que

venga nadie contigo; que ni siquiera haya rebaños pastando sobre el monte."

Entonces Moisés preparó las tablas, y a la mañana siguiente subió al monte Sinaí para encontrarse con Dios. Y el Señor descendió en una nube y se paró allí con él y proclamó el nombre del Señor. Y el Señor pasó por delante de Moisés, diciendo, "¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; misericordioso, perdonador, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado."

¿Qué estaba tratando de decir Dios aquí? Declaró la grandeza y la bondad de su carácter. Dios siempre es un Padre misericordioso, bondadoso y tierno, listo para bendecir. En su bondad, permite que los seres humanos puedan elegir. Cuando ellos eligen el camino equivocado, Dios no los obliga a obedecerle, y si insisten en pecar, él se retira de ellos. Esto es lo que significa cuando Dios dice que él "no tendrá por inocente al malvado".

Moisés escuchó las palabras de Dios e inclinó su cabeza y adoró. Nuevamente, oró por el pueblo. Dios aceptó la oración de Moisés, y renovó el pacto que había hecho con los israelitas. Luego le dio más instrucciones a Moisés para el pueblo. Moisés pasó cuarenta días y cuarenta noches hablando con Dios, y no comió ni bebió nada durante ese tiempo, pero Dios lo sostuvo. Y una vez más, Dios escribió los diez mandamientos, esta vez sobre las tablas de piedra que Moisés había traído.

Cuando Moisés bajó de la montaña con las dos tablas de piedra, su rostro brillaba por haber estado en la presencia de Dios. Es más, su rostro estaba tan brillante que Aarón y los demás tuvieron miedo de acercarse a él. Moisés tuvo que colocarse un velo para cubrir el resplandor, para que los demás se sintieran cómodos cerca de él. Les

contó lo que Dios le había dicho en el monte, y mantuvo el velo sobre su cara mientras hablaba. Solo se quitó el velo cuando fue a hablar con Dios.

Moisés le entregó su corazón a Dios y estuvo tan cerca de él que Dios le pudo hablar cara a cara, como a un amigo, y mostrarle su gloria. Estaba tan cerca de Dios que ¡su rostro brillaba cuando había estado con él! Dios desea estar tan cerca de cada uno de nosotros como lo estuvo con Moisés, pero necesitamos permitirle obrar en nuestras vidas. ¿Pasarás tiempo con Dios hoy, y le pedirás que te enseñe cómo estar más cerca de él?

49. El santuario

Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos.
Éxodo 25:8 (RVR60)

 *Éxodo 35 – 36:13 | PP capítulo 30*

Cuando Moisés estuvo en el monte Sinaí, Dios le había dicho, “Quiero que hagan un santuario para mí, para que pueda estar cerca del pueblo.” Le dijo a Moisés exactamente cómo debería construirse este santuario. Sería una carpa, para que la pudieran transportar fácilmente a todos lados. Y este santuario se construiría de acuerdo con el patrón del verdadero santuario que está en el cielo.

Moisés le dijo al pueblo todas las instrucciones de Dios. Les pidió que dieran ofrendas de oro, plata, bronce, madera, pieles de oveja, lino, piedras preciosas, y otros materiales que necesitarían para el santuario. La gente estuvo muy feliz al escuchar de este plan, porque significaba que Dios deseaba morar entre ellos. Con alegría, dieron lo que tenían. Las ofrendas comenzaron a llegar en cantidad, y fueron apilándose. La gente dio y dio. Al final, Moisés tuvo que pedirles que ¡por favor dejaran de traer ofrendas! Ya tenían más que suficiente para construir el santuario que Dios había diseñado.

Dios le dio habilidades y sabiduría especiales a ciertas personas para que pudieran hacer el santuario. Los hombres más habilidosos fueron Bezaleel y Aholiab. Ellos sabrían exactamente cómo trabajar con oro, plata, bronce, piedras y madera. También les enseñaron a

otros lo que debían hacer, y pronto hubo muchos trabajadores preparando el santuario especial.

El santuario parecía bastante simple por fuera, pero por dentro era hermoso, con púrpura y oro. Tenía tres compartimentos: el primer sector era el atrio, donde cualquiera podía entrar si deseaba adorar a Dios. En el atrio tenían el altar de sacrificios y el lavacro.

El segundo sector era el Lugar Santo. Solo los sacerdotes podían entrar allí. El Lugar Santo tenía la mesa de los panes, el candelabro, y el altar de incienso. El tercer sector era el Lugar Santísimo. La única persona que podía entrar allí era el sumo sacerdote, y solamente podía hacerlo un día al año: el Día del Perdón. En el Lugar Santísimo estaba el arca del pacto. Sobre el arca estaba la Shekhiná, una luz brillante que era en realidad la presencia de Dios. Dentro del arca había un frasco de maná y las tablas de los diez mandamientos. Cada mueble del santuario debía recordar al pueblo del Hijo de Dios, y lo que él estaba haciendo por ellos.

El pueblo estuvo agradecido que Dios deseaba estar con ellos y ser su Dios. Estaban felices de haber dado sus ofrendas para que este santuario especial pudiera construirse.

Dios desea estar con nosotros, también. Podemos estar con Dios al pasar tiempo con él todos los días, y al hacer que el sábado sea un día especial. Él desea que seamos su pueblo especial, y quiere ser nuestro Dios que nos ayuda y cuida de nosotros. ¿Lo aceptarás?

50. Aarón el sumo sacerdote

Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos. Hebreos 8:1 (RVR60)

 *Éxodo 40 | PP capítulo 30*

Se estaba construyendo el santuario, y se estaban preparando ropas especiales para los que trabajarían allí. Dios eligió a la tribu de Leví para que fuesen los que trabajen en el santuario, porque ellos habían sido la única tribu que no adoró al becerro de oro. Este fue un honor muy grande para los levitas, y sabían que Dios les había dado una tarea muy especial para hacer. Moisés y Aarón eran levitas. Dentro de la tribu de Leví, Dios eligió a Aarón y sus hijos para que fuesen sacerdotes: Aarón fue el sumo sacerdote, y sus hijos fueron sacerdotes. Eran los únicos que podían entrar al Lugar Santo, y Aarón era el único permitido dentro del Lugar Santísimo.

Por fin llegó el día en que el santuario estuvo listo para que lo armaran. En silencio, el pueblo observó mientras levantaban el santuario. Lo pusieron en medio del campamento, para mostrar que la presencia de Dios estaba con el pueblo.

Moisés colocó cada mueble en su lugar, luego ungió al tabernáculo[6] con aceite, para dedicarlo a Dios. Luego de esto, Aarón y sus hijos fueron traídos a la puerta del tabernáculo. Se lavaron sus manos y pies con agua, y Moisés les colocó las ropas sacerdotales y los ungió con aceite, para mostrar que estaban recibiendo una bendición especial de Dios para ser sacerdotes.

Después que se hizo esto, una nube cubrió el santuario, y la gloria de Dios lo llenó. Desde ese momento, mientras la nube permanecía sobre el santuario, el pueblo sabía que debía seguir acampando allí. Pero si se levantaba la nube, la gente empacaba y se preparaba para salir. Durante el día era una nube, y durante la noche era un pilar de fuego. Todos podían verla desde donde estaban.

A partir de ese día, Aarón y sus hijos tuvieron una tarea importante para hacer. Estaban a cargo de las ofrendas y sacrificios. También participaban de las ceremonias especiales del santuario y de las fiestas anuales.

El pectoral de Aarón tenía dos piedras llamadas Urim y Tumim. A veces Dios le decía al pueblo cuál era su voluntad al hacer que una de esas piedras brillara: si brillaba el Urim, que estaba en el lado derecho, entonces significaba que Dios estaba diciendo que "sí"; si brillaba el Tumim, que estaba en el lado izquierdo, entonces Dios estaba diciendo que "no".

La gente se sentía agradecida que Dios les había dado un santuario con sacerdotes. Estas ceremonias les ayudaron a comprender mejor lo que el Hijo de Dios estaba haciendo y haría por ellos. Hoy podemos estar agradecidos porque la Biblia nos dice que

6 A este nuevo santuario ahora le decían también "tabernáculo". La carpa anterior que Moisés había utilizado ya no la necesitaban. A menudo, la palabra "santuario" se refería solamente al Lugar Santo y al Lugar Santísimo, y la palabra "tabernáculo" se refería al santuario más el atrio.

tenemos un Sumo Sacerdote maravilloso: Jesús. Él nos ayuda a acercarnos a su Padre, para que podamos tener vida eterna con él. ¿Lo aceptarás hoy?

51. Fuego extraño en el santuario

¿Quién subirá al monte de Jehová?
¿Y quién estará en su lugar santo?
El limpio de manos y puro de corazón;
El que no ha elevado su alma a cosas vanas,
Ni jurado con engaño.
Salmo 24:3-4 (RVR60)

 *Levítico 10:1-11 | PP capítulo 31*

Era una época especial para los israelitas. Habían celebrado su nuevo santuario, y se les había presentado a Aarón y sus hijos como sacerdotes. Durante siete días, los israelitas participaron de servicios especiales para celebrar esto. El octavo día, Aarón y sus hijos, como sacerdotes, presentaron sacrificios por el pueblo por primera vez. Dios aceptó esta ofrenda, y lo demostró al enviar fuego del cielo que quemó el sacrificio.

Pero poco después de esto, algo muy triste sucedió. Aarón tenía dos hijos, Nadab y Abiú, que eran sacerdotes. Ellos debían quemar incienso en el santuario, y Dios les había indicado que debían hacerlo con un fuego especial que Dios mismo había comenzado. Pero estos dos sacerdotes, en lugar de utilizar el fuego especial de Dios, trajeron su propio fuego. Y para peor, ¡entraron borrachos! Habían bebido alcohol, y no podían pensar claramente. No les preocupaba para nada que estaban entrando en la presencia de Dios haciendo todas las

cosas mal. Estos fueron los mismos hombres que vieron lo que había debajo de los pies de Dios cuando subieron la montaña con Moisés[7]. ¿Cómo podían ser tan irreverentes cuando Dios les había dado una experiencia tan maravillosa?

El santuario era el lugar donde estaba la presencia de Dios. Cuando Nadab y Abuí entraron borrachos, con su propio fuego, estaban pecando. Estaban siendo irreverentes. Y no se sentían avergonzados por su pecado. De repente salió fuego de delante de Dios, y Nadab y Abiú murieron. ¿Murieron porque este fuego los quemó? No; era un fuego diferente. No era un fuego que quema las cosas como un fuego que quema leña; era el fuego de la presencia de Dios. La Biblia dice que Dios es fuego consumidor. Este "fuego" consume el pecado, y lamentablemente, como Nadab y Abiú no se arrepintieron de sus pecados y no quisieron abandonarlos, murieron junto con sus pecados. Sabemos que el fuego que mató a Nadab y Abiú era un fuego diferente, porque cuando se los sacó del santuario, sus ropas no estaban quemadas.

Los que se arrepienten de sus pecados están siguiendo al Espíritu de Dios, y cuando le piden a Dios que les ayude a dejar de pecar y que perdone sus pecados, la presencia de Dios "consume" sus pecados, y les ayuda a ser buenos y bondadosos. Pero cuando la gente se aferra a sus pecados, la presencia de Dios se vuelve un fuego consumidor que hará que el pecado dentro de ellos los destruya. Sus *pecados* les hacen esto. Esto es lo que pasó con Nadab y Abiú. ¿Recuerdas la historia de Moisés y la zarza ardiente? El fuego allí no quemaba la zarza, ni tampoco mató a Moisés. Es más, después del encuentro con Dios en esa zarza, Moisés recibió las fuerzas para ir a

7 Ver la historia 47 de este libro.

Egipto y ayudar a liberar a los israelitas. Dios hubiera querido que su presencia hiciera esto por el pueblo, y le debe haber resultado muy doloroso ver que Nadab y Abiú eligieron un camino que los destruyó.

Lo que hizo que esto fuera más grave es que Nadab y Abiú *sabían* lo que significaba entrar al santuario. Sabían que la presencia de Dios estaba allí, porque eran sacerdotes. Normalmente, Dios cubre su presencia de nosotros hasta que estamos listos, y lentamente nuestros pecados son consumidos a medida que lo podemos soportar. Pero en el santuario, Dios no cubría nada. Nadab y Abiú sabían esto, pero todavía eligieron entrar allí borrachos e irreverentes.

Nosotros podemos elegir entrar en la presencia de Dios cada día, y permitir que el "fuego" de su presencia consuma nuestros pecados y nos limpie. Podemos permitir que el fuego de su presencia nos haga fuertes y valientes como sucedió con Moisés, y no hacer lo mismo que hicieron Nadab y Abiú. ¿Aceptarás el fuego purificador de la presencia y el amor de Dios en tu vida? ¿Permitirás que te haga puro y santo?

52. Quejas contra Moisés

Haced todo sin murmuraciones y contiendas.
Filipenses 2:14 (RVR60)

Números 11: 24-25; 12 | PP capítulo 33

Los israelitas habían recibido muchas bendiciones de Dios. Él cuidó de ellos y les dio alimento y agua. Les alejó las enfermedades. Su ropa y calzado no se gastaron. Incluso tenían el santuario con la nube especial que lo cubría, para recordarles que la presencia de Dios estaba constantemente con ellos. Pero aún así encontraban razones para quejarse.

¿Recuerdas que en dos ocasiones se habían quejado que no tenían carne para comer? Luego de la segunda vez que se quejaron de esto, Moisés se sintió desalentado. Oró y le dijo a Dios que todo esto era demasiado para él. Dios le dijo a Moisés que eligiera setenta ancianos, o líderes, en Israel, para ayudarle a guiar al pueblo. Si Moisés no se hubiera quejado, Dios hubiera podido darle suficientes fuerzas para soportar a los israelitas quejosos. Pero como él le dijo a Dios que era demasiado, Dios le dejó elegir a estos setenta hombres, aunque no fue el plan original de Dios. Estos hombres fueron llevados al tabernáculo (el santuario todavía no había sido construido), y recibieron el Espíritu de Dios para poder ayudar a Moisés a gobernar a la gente.

Dos de los hombres escogidos sentían que no eran suficientes para una tarea tan importante. Cuando se los llamó al tabernáculo, se quedaron en sus carpas y no fueron, porque sentían que eran

indignos. Pero Dios todavía les dio su Espíritu, y comenzaron a profetizar en sus carpas. Josué le preguntó a Moisés, "¿Está bien esto? ¿No deberíamos frenarlos?" Moisés le contestó bondadosamente, "No los frenen. Ojalá toda persona en este campamento recibiera el Espíritu de Dios." Moisés estaba agradecido por estos setenta ancianos.

La ayuda de estos setenta ancianos tendría que haber resuelto la mayoría de los problemas del campamento, pero la queja todavía continuaba. Esta vez fue Miriam, la hermana de Moisés, la que comenzó a quejarse. Estaba celosa porque ella y Aarón querían ser los que más ayudaban a Moisés, y ahora Moisés había elegido a todos estos hombres para que le ayudaran. Miriam miró a la esposa de Moisés y comenzó a culparla, diciendo, "Ella le pidió a su padre Jetro que le dijera a Moisés que elija a otros para ayudarle. No tendría que haber hecho eso. Moisés ya nos tiene a *nosotros*." Mientras más disgustada se sentía, más hablaba en contra de Séfora. Y Aarón se sumó a ella. Él también sentía celos, aunque ya se lo había elegido como sumo sacerdote.

Cuando esto sucedió, Dios llamó a Moisés, Aarón y Miriam al tabernáculo. Dios les dijo, "A los profetas yo les hablo en visiones y sueños. Pero a Moisés le hablo cara a cara, y él ve mi apariencia. ¿Cómo es que no tuvieron miedo de hablar en contra de él?" Luego Dios se fue del tabernáculo. Ya no podía proteger a Miriam y Aarón, porque ellos no confiaban más en él, y Miriam enseguida se enfermó de lepra.

Aarón se dio cuenta que habían hecho algo terrible, y le dijo a Moisés, "Por favor, perdónanos. Hemos sido muy necios. Hemos pecado. Por favor, ayuda a Miriam." Moisés, con amor, perdonó a sus

hermanos, y le pidió a Dios que sanara a Miriam. Dios estaba feliz de sanarla, y perdonó a Miriam y Aarón. Pero primero, ella tendría que estar afuera del campamento durante siete días, como todos los que tenían alguna enfermedad contagiosa. El pueblo necesitaba entender cuán serio era el quejarse contra Moisés, y en contra de cualquier líder que Dios les daba. Después de esto, la presencia de Dios volvió al tabernáculo.

Dios nos pide no murmurar ni hacer contiendas, lo cual significa no quejarnos ni discutir. Por medio de su Espíritu, él puede ayudarnos a dejar de hacer estas cosas. Cuando el pueblo dejó de quejarse en contra de su líder Moisés, hubo paz nuevamente en el campamento. Si dejamos de quejarnos y de discutir, tendremos paz en nuestro hogar, también. ¿Le permitirás a Dios darte de su Espíritu pacífico?

53. Los doce espías

A Jehová he puesto siempre delante de mí;
Porque está a mi diestra, no seré conmovido.
Salmo 16:8 (RVR60)

 *Números 13 – 14 | PP capítulo 34*

Los israelitas volvieron a mudarse de lugar, y llegaron a un lugar llamado Cades, cerca de Canaán, la tierra prometida. Allí, el pueblo le pidió a Moisés si podía enviar espías para observar la tierra prometida. ¿Necesitaban espiar la tierra? No; lo único que necesitaban era confiar en Dios. Dios les había dicho que les daría la tierra, por lo tanto, el ir a espiar la tierra y verla según su propia sabiduría era mostrar desconfianza en la promesa de Dios. Pero Moisés le consultó a Dios sobre esto, y Dios lo permitió porque ellos lo deseaban tanto, por más que no era el plan de Dios que hicieran esto. Se eligieron doce hombres, un líder de cada tribu, para esto.

Los espías salieron a espiar la tierra durante cuarenta días. Cuando regresaron al campamento, se trajeron un racimo de uvas que era tan grande que ¡tenían que cargarlo dos hombres sobre un palo! También trajeron granadas e higos deliciosos. Los espías dijeron que crecía una abundancia de alimento en la tierra, y que "fluía leche y miel". Era un lugar maravilloso para vivir. El pueblo escuchó con entusiasmo. ¡Querían ir a la tierra cuanto antes!

Pero entonces, diez de los espías comenzaron a contar lo fortificadas que eran las ciudades, y cuán alta y poderosa parecía la

gente. “Son como gigantes, y ¡al lado de ellos, somos como langostas!” dijeron los espías. Ahora la gente ya no estaba alegre. Comenzaron a llorar y quejarse. “¿Porqué dejamos Egipto, si ni siquiera podemos obtener la tierra?” clamaron. En ningún momento recordaron que tenían un Dios que era más fuerte que los cananeos, y que había prometido darles la tierra. Supusieron que los cananeos eran fuertes y estaban listos para pelear, y no sabían que en realidad los cananeos estaban aterrorizados de ellos y de su Dios por lo que había sucedido en Egipto. Si Dios simplemente hacía unos pocos milagros, ¡los cananeos en realidad estaban listos para huir!

Josué y Caleb, dos de los espías, no estaban de acuerdo con los otros diez espías. “*Sí* podemos obtener la tierra,” aseguraron. Recordaron al pueblo que Dios tenía el poder para ayudarlos, y que Dios los había guiado hasta ese momento. Pero los diez espías les discutieron y lograron que la gente dudara aun más de Dios. La gente escuchó y comenzó a sentirse desalentada y molesta. “¿Porqué no nos morimos en Egipto, o en el desierto?” lloraron, “¿Porqué Dios nos trajo aquí para que los cananeos nos maten?” No importaba lo que dijeran Josué y Caleb; el pueblo no confiaba que Dios cuidaría de ellos. Se enojaron tanto que ¡incluso intentaron apedrear a Caleb y Josué!

Como no le creían a Dios ni confiaban en él, sería imposible que Dios los hiciera entrar en la tierra prometida. Con tristeza, Dios le dijo a Moisés, “Dile al pueblo que volverán al desierto y pasarán cuarenta años allí. Los que tengan veinte años o más morirán allí. Solo los más jóvenes tendrán la oportunidad de entrar a Canaán. Pero Josué y Caleb entrarán, porque creyeron en mí.”

Ahora la gente se sintió muy mal. No estaban arrepentidos de haber dudado de Dios; solo lamentaban que no entrarían a Canaán. Decidieron enviar a algunos hombres por sí mismos para que lucharan contra los cananeos, aunque solo un rato antes habían estado diciendo que no podían luchar en contra de ellos. Dios nunca les había dicho que tendrían que luchar en contra de los cananeos, pero los israelitas decidieron hacer justamente eso. Por supuesto, la mayoría de los soldados que enviaron murieron enseguida en manos de los cananeos, porque Dios no estuvo con los israelitas en esta batalla, y el pueblo tuvo que aceptar que tendría que regresar al desierto y vivir allí durante cuarenta años.

¡Qué tristeza que los israelitas decidieron creer las mentiras de los diez espías! Qué triste que no recordaron cuánto Dios había hecho por ellos, y que no creían que él deseaba ayudarlos. Dios desea ayudarnos a nosotros, también. Solo necesitamos creer que él lo quiere hacer, y que lo puede hacer. ¿Le permitirás ayudarte hoy?

54. La rebelión contra Moisés y Aarón

Les rogamos, hermanos, que reconozcan a los que entre ustedes trabajan, les presiden en el Señor y les dan instrucción.
1 Tesalonicenses 5:12 (RVA2015)

 *Números 16 – 17 | PP capítulo 35*

Los israelitas estaban tristes que no podrían cruzar hasta Canaán. Esto era su culpa, pero no querían hacerse responsables de ello. Un hombre llamado Coré decidió que Moisés y Aarón no eran los mejores líderes, y que él podría hacerlo mejor que ellos. Dos de sus primos, Datán y Abirán, estuvieron de acuerdo con él y se le unieron.

Estos tres hombres (Coré, Datán y Abirán) intentaron convencer al pueblo que ellos serían mejores líderes y sacerdotes que Moisés y Aarón. Hasta comenzaron a decir mentiras terribles acerca de Moisés, para que la gente decidiera dejarlo y unirse a él. A esto se le llama golpe de estado: es cuando se rechaza a un líder y alguien nuevo se hace cargo del gobierno.

Coré y sus amigos convencieron a 250 príncipes, o líderes de Israel, que se sumaran a ellos, y muchos otros también les hicieron caso. Finalmente, Coré fue y les dijo a Moisés y Aarón que ya no deberían ser más los líderes de Israel.

Moisés se entristeció cuando le dijeron esto. Invitó a Datán y Abirán que vinieran a hablar con él, pero no quisieron hacerlo.

A la mañana siguiente, todos se reunieron cerca del santuario. Dios le dijo a Moisés y Aarón, "Sepárense del pueblo, para que los consuma." ¿Cómo los consumiría Dios? De manera similar a como había sucedido con los sacerdotes Nadab y Abiú: por medio de la santa presencia de Dios que consume el pecado. Pero Moisés, como tantas otras veces lo había hecho, oró por el pueblo, y Dios oyó esta oración. Por sus acciones, el pueblo había estado alejando de sí al Espíritu de Dios, pero cuando Moisés oró por ellos, Dios no fue alejado más, y el pueblo siguió bajo la protección de Dios.

Luego Coré, Datán y Abirán fueron a sus carpas. Vivían cerca el uno del otro. Moisés les advirtió a todos, "Aléjense de estos hombres y sus carpas, porque podrían ser consumidos." El Espíritu de Dios ya no estaría allí para proteger a estos hombres, y los que estuvieran cerca de ellos tampoco serían protegidos. ¿Qué les haría Satanás ahora que ya no estaban protegidos por Dios?

Luego Moisés dijo, "*Si* la tierra se abre y traga a estos hombres, entonces sabrán que Dios me ha enviado a hacer mi tarea." ¿Era necesario que Moisés dijera esto? ¿Necesitaba probar que era enviado de Dios? No. El pueblo había visto suficientes evidencias de que había sido escogido por Dios. Pero Moisés se sentía tan triste por lo que estaba sucediendo, que sintió que tenía que decir eso.

De repente se abrió la tierra, y se tragó a Coré, Datán, Abirán, sus familias y sus posesiones. No fue Dios quien hizo esto, pero por la manera en que Moisés había hablado, la gente pensó que lo había hecho Dios. Satanás podría haber destruido a estos hombres en cualquier momento porque ya habían perdido la protección de Dios, pero él decidió hacerlo justo después que hablara Moisés, para que pareciera que fue Dios quien lo hizo. Es más, Satanás seguramente

fue quien tentó a Moisés a decir lo que dijo, porque tentó a Jesús[8] en forma similar cuando le dijo, "***Si*** *eres el Hijo de Dios, ¡haz un milagro para probar que Dios te envió!"* La Biblia nos dice que el *destructor* mató a Coré, Datán, Abirán y sus familias, y Satanás es el tentador, el acusador y el destructor.

Luego la nube en el santuario largó un destello de fuego que consumió a los 250 príncipes que habían seguido a Coré. Estos hombres no querían arrepentirse y venir a Dios; se aferraron a su rebelión. Así como Nadab y Abiú, ellos fueron consumidos por sus pecados en la presencia de Dios.

La gente miraba, aterrorizada, pero ellos todavía estaban enojados con Dios por enviarlos de regreso al desierto. No querían seguir sus indicaciones. Al día siguiente, acusaron a Aarón y Moisés de la muerte de todos estos hombres, e intentaron lastimarlos. ¿Cómo podía Dios seguir protegiéndolos, si lo habían rechazado, junto con los líderes que él había escogido? Tenía que darles lo que deseaban: ser libres de él. Dios se retiró de ellos y de repente Satanás, el destructor, tuvo el permiso de hacer lo que quisiese con ellos. Hubo una terrible plaga en el campamento, que causó muchas muertes en poco tiempo. Moisés corrió al santuario y comenzó a orar por estas personas que no oraban por sí mismas. También le dijo a Aarón, "Apúrate, toma tu incensario con fuego del altar, y ve entre la gente." Mientras Moisés oraba en el santuario, Aarón oró cerca de la gente. La plaga finalmente terminó, pero murieron 14.000 personas por ella.

Fue necesario que la gente tuviera en claro que Dios había elegido a sus líderes. Se habían preguntado si Aarón realmente debía ser el sumo sacerdote, por lo tanto Dios le dijo a Moisés, "Que cada

---

8 Ver libro 1, La vida de Jesús, historia 10, "Tentado en el desierto".

tribu traiga una vara." Para la tribu de Leví, Aarón trajo su vara. La vara que florecía indicaría cuál de las tribus tendría el sacerdocio. Dejaron las varas en el santuario toda la noche, y al día siguiente encontraron que la vara de Aarón tenía flores, pimpollos ¡e incluso almendras! El pueblo vio esto y nunca más pensó que Aarón no tendría que ser el sumo sacerdote. Después de esto, la vara especial de Aarón fue colocada dentro del arca en el santuario.

Moisés y Aarón fueron los líderes que Dios eligió para Israel. Al no obedecerlos, los israelitas se pusieron en peligro y se alejaron de la protección de Dios. Podemos aprender de esto. Necesitamos respetar a nuestros líderes y obedecerles. Si algún día ellos desobedecen a Dios, entonces necesitamos obedecer primero a Dios, pero debemos siempre tratarlos con bondad y respeto. ¡Cuánto mejor hubiera sido la vida de los israelitas si ellos hubieran simplemente respetado a Moisés y Aarón y prestado atención a sus consejos, especialmente viendo con cuánto amor Moisés y Aarón habían orado por ellos y cuidado de ellos. Dios ha puesto personas en tu vida, también, para que te amen, te guíen y te cuiden. Tus padres son los primeros "líderes" que te ha dado. ¿Le agradecerás a Dios por ellos hoy?

55. Tristes historias de apedreamientos

Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Isaías 55:8 (KJV)

 *Levítico 24:10-16; Números 15:32-36 | PP capítulo 36*

Luego de la rebelión de Coré, el pueblo aceptó que tenía que regresar al desierto, y que la mayoría de ellos no entraría a la tierra prometida. Sin embargo, Dios no los olvidó; todavía los amaba y cuidaba de ellos, e hizo todo lo que pudo para alcanzarlos. Al comunicarse con ellos, Dios tenía que hacerlo de una manera en la cual ellos comprendieran y lo aceptaran. Llevaría mucho tiempo para que sus mentes se deshicieran de las ideas equivocadas de Satanás acerca de Dios y sus caminos. Los corazones de los israelitas estaban endurecidos, y los caminos de Dios no siempre tenían sentido para ellos, entonces escogían hacer las cosas a su manera. Debido a esto, tenemos algunas historias tristes durante este periodo en el desierto. Entre ellas, hay dos historias tristes de hombres que terminaron siendo apedreados por sus pecados.

La primera historia es de un hombre que era el hijo de una madre israelita y un padre egipcio. Como tenía sangre egipcia, tuvo que colocar su carpa al borde del campamento. Cada tribu tenía un lugar en el campamento, y todo se hacía en orden. Había una razón por la cual cada familia tenía asignada su lugar especial. Pero este hombre no estaba feliz con el lugar que se le dio, y comenzó a armar

su carpa en el medio del campamento. “No, no puedes hacer esto. No es tu lugar,” alguien le dijo cortésmente. Pero el hombre insistió en hacerlo, así que lo llevaron ante unos jueces. Con bondad, los jueces le indicaron dónde armar su carpa, pero a él no le gustó eso. Se enojó tanto que primero les dijo cosas terribles a los jueces, y luego, como ellos no cedían, dijo cosas horribles acerca de Dios, el Dios que había decidido que él debía vivir en el borde del campamento.

La gente estaba horrorizada. ¿Qué hacer con este hombre que decía cosas tan terribles acerca de Dios? “Preguntémosle a Dios qué hacer,” decidieron los líderes. Mientras esperaban la respuesta, mantuvieron preso al hombre.

Y Dios contestó. Primero, dijo, “Traigan a este hombre fuera del campamento, y que todos los que lo escucharon coloquen sus manos sobre su cabeza.” Y Dios también dijo algo que mostró que esto era un pecado serio: “Que todos lo apedreen.” ¿Porqué? Pronto lo veremos.

La otra historia es de un hombre que era israelita. Un sábado, varios lo vieron recorriendo el lugar y juntando leña para hacer un fuego. Dios ya les había dicho que hicieran del sábado un día especial al evitar este tipo de tareas. Además, no había necesidad de hacer un fuego durante el día en el desierto. ¿Porqué estaba haciendo algo tan innecesario? Él estaba mostrando claramente que no le importaban los mandamientos de Dios, ni pasar tiempo con él durante el sábado. La gente lo trajo a Moisés y Aarón, y al igual que con el otro hombre, decidieron preguntarle a Dios qué hacer. Lo mantuvieron preso mientras esperaban la respuesta de Dios. Nuevamente, Dios contestó, “Este hombre debería ser apedreado fuera del campamento.”

¿Porqué Dios les diría algo tan terrible? ¿Deseaba Dios que estos hombres murieran apedreados? Por supuesto que no; Dios no quiere

que las personas mueran. ¡Él es el dador de la vida! Cuando Dios dio los diez mandamientos, dijo, "No matarás." Aquellos que lo siguieran completamente ¡jamás sentirían la necesidad de matar a nadie! Cuando Jesús estuvo en la tierra, no mató a nadie. En cambio, perdonó pecados. Un día los fariseos le trajeron una mujer pecadora[9], y esperaban que él quisiera apedrearla, porque la ley dice que su pecado merecía el apedreamiento. Pero en lugar de matarla, Jesús la perdonó y le ayudó a empezar una vida nueva y pura.

Lamentablemente, los israelitas habían demostrado vez tras vez que querían resolver los problemas difíciles matando a los culpables. Estaban acostumbrados a como se hacían las cosas en Egipto: los egipcios apedreaban a cualquiera que hacía o decía algo en contra de sus dioses, y los israelitas querían hacer lo mismo. Varias veces hasta habían intentado apedrear a Moisés cuando estaban enojados. Esta no era la manera de Dios, pero Dios les dio lo que querían; les dejó tener lo que escogieron. Si el pecador no se arrepentía y no entraba dentro del cerco de protección de Dios, él no evitaría que la gente le hiciera lo que deseaban hacer con él.

Lo que Dios quería hacer era ayudar a los culpables que vieran el peligro en el cual estaban, y que entonces vinieran a él y se arrepintieran. Cuando dijo que debían ser apedreados, estaba dejando en claro que su pecado era serio y que lo separaba de él y llevaría a la muerte al menos que se arrepintieran. Dios estaba listo a perdonar y esperaba eso, pero ellos no se arrepintieron, y nunca pidieron perdón. Además, cuando Dios dijo que debían apedrearlo, estaba mostrando lo que la gente tenía en sus corazones. Ellos *deseaban* que se castigara a estos hombres con la muerte. Podrían haber orado por

9 Ver el volumen 1, "La vida de Jesús", historia 46, "Un Dios compasivo".

estos hombres, así como Moisés había orado por ellos tantas veces. Podrían haber dicho, “Señor, ¿cómo podemos ayudarlos? ¡Por favor, perdónalos!” Podrían haber tratado de convencer a estos hombres que se arrepintieran, pero nadie lo hizo.

Dios incluso les pidió que colocaran sus manos sobre la cabeza del hombre que era medio egipcio. ¿Porqué? Esto generalmente se hacía cuando se deseaba bendecir a alguien, o cuando se entregaba una ofrenda por el pecado. Cuando Dios les pidió hacer esto, les estaba dando una elección: ¿sacrificarían a este hombre, o buscarían bendecirlo y ayudarlo? Es triste, pero en ambas historias, los hombres terminaron apedreados. Sus pecados y falta de arrepentimiento los mantuvo fuera del cerco de protección de Dios, y el pueblo hizo lo que quiso con ellos, aunque no era la manera de Dios.

Cuando Dios nos dice que nuestro pecado traerá muerte, solo nos está tratando de ayudar a encontrar vida. Cada vez que nos damos cuenta que hicimos algo mal, necesitamos venir a Dios y pedir perdón. Él está esperando, deseoso de sanarnos y salvarnos. Nunca nos dejará si vamos a él por ayuda. Pero por supuesto, no puede hacer nada por nosotros si lo rechazamos. ¿Recordarás que Dios siempre está intentando ayudarte? La próxima vez que te equivoques, ¿le pedirás ayuda y perdón?

56. El error de Moisés

Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios. Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo. Romanos 3:23; Tito 3:5 (RVR60)

 *Números 20 | PP capítulo 37, 38*

Pasaron casi cuarenta años. Todo ese tiempo, los israelitas vivieron en el desierto. Dios les dio maná, y se aseguró que fluyera agua de una roca. Tenían todo lo que necesitaban. De a poco, las personas que no creían que Dios los amaba ni que quería llevarlos a Canaán murieron en el desierto. Finalmente, llegó el momento de mudarse nuevamente, cerca de Canaán.

Los israelitas llegaron a Cades, que quedaba a pocos días de caminata de Canaán. Notaron que allí no había agua. ¿Recordaron que Dios siempre les había dado agua? ¿Confiaron en que Dios se la daría? ¿Acaso pidieron agua? No. En cambio, se quejaron frente a Moisés.

Los israelitas estaban por cruzar la tierra de Edom, la tierra de los hijos de Esaú. Dios había planificado que ellos recibieran abundante agua de aquella tierra. El pueblo tendría que haberse entusiasmado de por fin estar en una tierra donde había agua, y que Dios no necesitaría hacer que fluya agua de una roca. Pero en lugar de ver esto, se quejaron sin parar.

Moisés y Aarón le preguntaron a Dios qué hacer. "Toma tu vara," indicó Dios, "Reúne al pueblo y *háblale* a la roca, y saldrá agua de ella." Unos años atrás, a Moisés se le había indicado que golpeara la roca con su vara, y saldría agua. Ahora, solo tenía que hablarle. La roca nos recuerda a Jesús. Jesús solo murió una vez, pero porque murió, nos da su Espíritu (el agua) cuando se lo pedimos. Cuando Dios le pidió a Moisés que le *hablara* a la roca, quería mostrarle al pueblo que cuando oramos pidiendo que Jesús nos dé su Espíritu, nos lo da. Por eso, era importante que Moisés siguiera las indicaciones exactas.

El pueblo había estado quejándose sin parar, y Moisés estaba cansado y molesto. Parecía que el pueblo jamás aprendería. Cuando él y Aarón se pararon cerca de la roca, mientras el pueblo observaba, él se olvidó de aferrarse a Dios, y perdió la paciencia. "¡Oigan, rebeldes!" dijo Moisés, "*¿Tendremos* que darles agua de esta roca?" Luego golpeó la roca *dos veces* con su vara. De inmediato, el agua fluyó de la roca. Pero lo que Moisés había hecho decepcionó a Dios.

Moisés estaba enojado. Cuando golpeó la roca y le gritó al pueblo, no reflejó la manera en que Dios hacía las cosas. La manera en que Moisés actuó hizo que el pueblo pensara que Dios tal vez no hubiera querido darles agua. También pareció como que *Moisés* les estaba dando agua, y no Dios.

Dios estaba triste. Con delicadeza les dijo a Moisés y Aarón que ellos no podrían entrar con el pueblo a la tierra prometida. Moisés estaba triste y desilusionado, pero comprendió porqué no podría guiar al pueblo a la entrada de Canaán. Estaba muy arrepentido por lo que había hecho. Cuando le anunció al pueblo lo que Dios le había dicho,

ellos lloraron. Se dieron cuenta que sus quejas habían llevado a Moisés a perder la paciencia y a pecar.

Un poco después, Dios le dijo a Moisés que subiera al monte Hor con Aarón y su hijo Eleazar. Aarón subió a la montaña vestido de sumo sacerdote. Ya sobre la montaña, se quitó sus ropas y se las entregó a Eleazar, quien sería el próximo sumo sacerdote. Luego Moisés y Eleazar se despidieron de Aarón, quien murió en paz, ya viejito, sobre aquella montaña. Moisés y Eleazar lo enterraron antes de regresar al campamento.

El pueblo se dio cuenta que tres hombres se habían ido del campamento, pero que solo volvieron dos – y que esta vez Eleazar estaba vestido con las ropas sacerdotales de su padre. Supieron instantáneamente que esto significaba que Aarón había muerto, y lloraron por él. Lo extrañarían mucho. Después de tantos años de quejarse contra Moisés y Aarón, ahora se daban cuenta que deseaban que ellos los hubiesen guiada a la entrada de Canaán.

Moisés y Aarón pecaron como líderes y se arrepintieron de lo que habían hecho. No se les permitió guiar a Israel a la entrada de Canaán, pero todavía recibieron la seguridad de que Dios los perdonó y los amaba. Si nos arrepentimos de nuestros pecados, Dios también es misericordioso con nosotros y nos perdona. ¿Vendrás a él hoy?

57. La serpiente de bronce

Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Juan 3:14-15 (KJV)

 *Números 21:4–9 | PP capítulo 38*

Los israelitas se mudaron nuevamente. Esta vez pasaron por un área calurosa y seca. No había ni árboles ni agua. La gente tenía calor y estaba cansada. Dios permitió esto para ver si esta vez confiarían en que él les daría lo que necesitaban. Pero lamentablemente, otra vez se quejaron. Mientras más se quejaban, más lejos se colocaban de Dios. ¿Cómo podían confiar en Dios y amarlo, si se quejaban tanto? Dios quería vivir con ellos para siempre, pero ¡ellos no podían confiar en él ni siquiera por un ratito!

"¿Porqué nos fuimos de Egipto?" se quejaron, "Ahora no tenemos ni alimento ni agua. Allí teníamos todo." Moisés les recordó que Dios les había dado todo en el desierto: alimento, agua, seguridad, sombra y calor. Sus ropas no se habían gastado en todos esos años. Y los animales peligrosos del desierto no los habían lastimado. Eso es porque Dios los había estado protegiendo.

La gente siguió quejándose. No valoraron lo que Dios había estado haciendo por ellos. Lo alejaron con sus acciones, entonces Dios ya no estaba con ellos, y su protección les fue quitada. De repente, apareció un peligro que nunca había estado antes: serpientes venenosas.

El desierto estaba lleno de estas serpientes, pero Dios siempre se aseguró que no se acercaran ni molestaran a la gente. Pero ahora que Dios había quitado su protección, las serpientes hicieron lo que siempre habían hecho: entraron al campamento, incluso a las carpas, y mordieron a toda persona que pudieron. Los que recibían las picaduras morían rápidamente. Pronto, muchísima gente estaba muriendo por las picaduras de serpiente. ¡Dios los había estado protegiendo de estas serpientes sin que ellos siquiera se dieran cuenta! ¿Cuánto más había estado haciendo por ellos, de lo cual ni tenían noción?

Ahora ya no se estaban quejando los israelitas. Recordaron a Moisés, y recordaron a Dios. "Moisés, hemos pecado contra Dios, y contra ti. Por favor, ¡dile a Dios que detenga las serpientes!" rogaron. Moisés oró, y Dios le dijo que hiciera una gran serpiente de bronce sobre un palo, y que la pusiera en un punto elevado del campamento para que todos pudieran verla. "El que mire a esta serpiente, se sanará de las picaduras," se le dijo al pueblo.

Al comienzo, muchos no creyeron que podrían sanarse al mirar a la serpiente de bronce, así que no se molestaron en mirarla, y murieron. Pero muchos otros sí creyeron, miraron y se sanaron. Pronto, todos estaban mirando a esta serpiente o ayudando a otros a mirarla. ¡Qué alivio era ver que se iban sanando, hasta que por fin las serpientes ya no podían morder a nadie, porque todos estaban mirando a la serpiente de bronce!

Muchos años más tarde, Jesús le dijo a un hombre llamado Nicodemo[10], "Así como la serpiente de bronce fue levantada en el desierto, debo ser levantado, para que aquellos que crean puedan

10 Ver el libro 1 La vida de Jesús, historia 15, "Nicodemo".

tener vida eterna." La serpiente de bronce fue colgada sobre un poste, así como Jesús más tarde sería colgado en una cruz. La serpiente fue colgada allí por los pecados del pueblo; Jesús también fue colgado en una cruz y sufrió por nuestros pecados. El pueblo podría ser salvo al mirar a la serpiente de bronce, así como todos debemos mirar a Jesús para ser salvos de la serpiente, Satanás.

Solo Dios podía mantener a los israelitas a salvo y darles vida. Ellos necesitaban enfocarse en él. Nosotros tampoco estamos a salvo del pecado al menos que nos enfoquemos en Jesús. Agradezcámosle por protegernos, y por enviar a Jesús para salvarnos.

58. Comenzando a confiar en él

Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.
Filipenses 4:13 (RVR60)

 *Deuteronomio 2:1 - 3:11; Números 21:10-35 | PP capítulo 39*

Los israelitas viajaron una vez más hacia Canaán. Pasaron por la tierra de los edomitas, los hijos de Esaú, y de los moabitas, los hijos de Lot. Dios les dijo, "No molesten a esta gente. No les he dado su tierra." Los israelitas obedecieron a Dios y pasaron respetuosamente por allí.

Después de esto llegaron a un sitio seco del desierto, y sucedió algo sorpresivo: necesitaban agua, pero *no* se quejaron. Ni siquiera dijeron nada; Dios fue el que habló primero. "Reúne al pueblo, y les daré agua," Dios le dijo a Moisés. ¡Esta fue la primera vez que los israelitas no se quejaron de no tener agua! Al fin habían comenzado a confiar en Dios.

Con alegría, el pueblo se reunió. Sabían que había agua bajo tierra, pero alguien tenía que cavar un pozo para llegar a esa agua. Llenos de fe, ellos cantaron, "¡Sube, oh pozo; a él cantad!" Mientras cantaban, algo increíble sucedió. Moisés les indicó a los príncipes de Israel que cavaran un pozo - ¡con sus bastones! ¡Qué herramienta rara para cavar un pozo! Pero los príncipes le creyeron a Dios, y comenzaron a cavar con sus bastones, y el agua comenzó a fluir

libremente de la arena. El pueblo estaba empezando a ver cuánto más fácil es cuando simplemente creemos las palabras de Dios y seguimos sus instrucciones.

Luego de este milagro, los israelitas continuaron su viaje y llegaron a la tierra de los amoritas. Moisés le envió un mensaje cortés al rey amorita: "¿Nos permites pasar por tu territorio? Pagaremos por toda la comida y el agua que nos den. No los molestaremos. Solamente pedimos que nos dejen pasar."

Pero el rey amorita no quiso permitir que entraran en su territorio. Es más, reunió a su ejército para atacarlos. Cuando los israelitas escucharon que venía este ejército contra ellos, se sintieron aterrorizados. Pero Dios los tranquilizó y les dijo, "Levántense, comiencen su viaje; les he dado la tierra de los amoritas. Pueden comenzar a poseerla y entrar en batalla."

Las batallas de Dios, cuando la gente ha estado dispuesta a seguir sus instrucciones exactas, jamás necesitaron de espadas ni matanza. Pero los israelitas solo conocían las batallas con espada y matanza. Confiaban que Dios estaría con ellos, y él los protegió y les ayudó a ganar la batalla con los amoritas, aunque no fue de la forma en que él hubiera querido que ellos "ganaran". Dios no protegió a los amoritas contra las espadas de los israelitas, porque los amoritas habían rechazado completamente a Dios y no estaban interesados en conocerlo ni en recibir su guía y protección. Es más, habían tratado de atacar a los israelitas, aunque ellos no les habían hecho nada. Dios le dio a Israel la victoria y los protegió, porque ellos confiaron en él.

La Biblia nos cuenta cómo Dios planeaba darles la tierra. No hubieran necesitado ni espadas ni flechas. En cambio, les dijo que los pueblos de la tierra estarían aterrorizados, enjambres de avispas los

echarían fuera, y la tierra los vomitaría. La guerra y la matanza no eran lo que Dios tenía en mente.

Dios esperaba que un día los israelitas se dieran cuenta que la guerra no es su manera de hacer las cosas. Añoraba que ellos se acercaran a él y le pidieran si había otra manera de hacer las cosas. Pero sabía que su manera solo se entendería más claramente después de que su Hijo, Jesús, vendría a la tierra. Jesús siempre enseñó que debemos amar a nuestros enemigos y no usar espadas. Mientras tanto, Dios tendría que obrar con ellos de acuerdo con lo que entendían, y enseñarles lentamente a que entendieran las cosas en forma diferente, a medida que su fe creciera.

Después de vencer a los amoritas, los israelitas pudieron seguir viajando, y llegaron al reino de Basán. Este país tenía ciudades con enormes paredes de piedra y gente muy alta, como habían relatado los espías cuarenta años antes. Su rey, Og, era uno de los muchos gigantes de aquella región.

Og, rey de Basán, estaba esperando a Israel con su ejército. Su ejército era mucho más grande, y más fuerte, que el de Israel, pero Dios le dijo a Moisés, “No teman. Entregaré al rey, su gente y su tierra, en tus manos.” El rey Og había decidido atacar a los israelitas, aunque ellos no le habían hecho nada. Él y su pueblo habían rechazado a Dios hacía mucho tiempo. Conocían todo lo que Dios había hecho por los israelitas, pero no tenían interés en él. Debido a esto, Dios ya no podía proteger al reino de Basán. Protegió a los israelitas porque, aunque su fe todavía no era fuerte, todavía a veces lo escuchaban. Los israelitas lucharon contra Og y su ejército, y ganaron.

Cuarenta años antes, los israelitas habían visto las enormes ciudades amuralladas de los cananeos, y habían decidido que no

podían confiar en que Dios les ayudaría a poseer la tierra. Debido a su falta de fe, Dios no pudo ayudarles a entrar a Canaán, y tuvieron que volver al desierto por cuarenta años. Pero ahora, después de todos estos años, el pueblo había aprendido a confiar en Dios un poquito más, y él hizo lo que ellos pensaban que era imposible.

Cada vez que tenemos un problema que pensamos que es demasiado difícil para resolver, necesitamos confiar en Dios y pedirle que nos ayude a resolverlo. Si confiamos en él y obedecemos sus instrucciones, no hay nada que él no pueda hacer por nosotros. ¿Permitirás que él te ayude hoy?

59. El burro que habló

Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?
Mateo 16:26 (RVR60)


Números 22 – 24 | PP capítulo 40

Los israelitas acamparon al borde del Río Jordán, cerca de los moabitas. El rey Balac de los moabitas estaba aterrorizado de los israelitas. Sentía que en cualquier momento ellos atacarían su país y tomarían su tierra.

El rey Balac escuchó que lejos en Mesopotamia había un profeta que tenía poderes especiales de Dios. “Lo traeré y le pediré que maldiga a los israelitas por mí. Y le pagaré muchísimo dinero,” decidió el rey Balac.

Mensajeros del rey Balac fueron a Balaam y le dijeron el pedido del rey. Balaam conocía a Dios, y sabía que lo que el rey pedía estaba en contra de la voluntad de Dios. Pero quería todo el dinero que el rey le estaba ofreciendo, así que, en lugar de despedir a los mensajeros, les dijo, “Quédense la noche aquí, y le consultaré a Dios.” La respuesta de Dios fue clara: “No irás. No maldecirás al pueblo, porque son bendecidos.” Los mensajeros regresaron a Moab sin Balaam.

Pero el rey Balac no se dio por vencido. Envió mensajeros más importantes, y más riquezas para Balaam. “Quédense la noche, y le consultaré a Dios,” dijo Balaam nuevamente. Esta vez, Balaam trató de convencer a Dios que lo dejara ir. Como Balaam deseaba esto

tanto, Dios le dio lo que quería, pero le dijo, “Solo dirás y harás lo que te digo.”

A la mañana siguiente, sin embargo, los mensajeros se fueron sin Balaam. Estaban seguros que, al igual que la vez anterior, Balaam no vendría con ellos. Esta fue la oportunidad para que Balaam aceptara la voluntad de Dios y no fuese a Moab, pero él rápidamente se subió a su burro y salió con dos de sus sirvientes, tratando de alcanzar a los mensajeros de Balac. Quería hacer su propia voluntad, no la de Dios. Estaba tratando de que Dios se acomodara a sus planes, y al hacerlo, se colocó en peligro.

Estaba cabalgando en un pasaje angosto cuando un ángel de Dios se paró en el camino. Balaam no vio el ángel, pero el burro sí lo vio, y se fue hacia un campo. Esto enojó a Balaam, quien golpeó fuertemente al burro para que volviese al camino.

El burro intentó quedarse en el camino, pero era difícil hacerlo y a la vez evitar el ángel. Por eso el burro se fue contra una pared del camino, y apretó el pie de Balaam. Balaam golpeó con furia al burro. El burro volvió a intentarlo, pero el ángel apareció una vez más, y finalmente el burro, temblando, se sentó sobre el suelo, y no quiso avanzar más. Balaam estaba tan enojado que golpeó al burro sin parar. Dios permitió que el burro le hablase a Balaam y le diga, “¿Qué te he hecho, que me has golpeado estas tres veces?”

¿Un burro que habla? Esto hubiera sorprendido a cualquiera, pero Balaam estaba tan enojado que ¡le respondió al burro! Le dijo enojado, “Porque te estás burlando de mí; ¡ojalá tuviera una espada, así te mataría!” ¡Ni siquiera un burro que hablaba habría conseguido que Balaam se detuviera a pensar! De repente los ojos de Balaam fueron abiertos, y vio el ángel que el burro había estada viendo todo este tiempo. El ángel estaba sosteniendo una espada brillante, justo

como la espada que Balaam había deseado tener un ratito antes. Acababa de desear poder matar a su burro sin motivo alguno, ¡y ahora Dios estaba enviando un ángel para mostrarle exactamente cómo se sentiría eso!

El ángel le dijo a Balaam, "¿Porqué has golpeado este burro tres veces? Vine a ponerme en tu camino, porque lo que estás haciendo está mal. Si el burro no se hubiera vuelto estas tres veces, te hubiera matado, y el burro hubiera vivido." El ángel no hubiera matado a Balaam con la espada, porque eso no es lo que hacen los ángeles. Los ángeles de Dios protegen a los seres humanos. Al "matar", o apuntar la espada hacia Balaam, el ángel le estaba haciendo saber que estaba por perder la protección de Dios debido a su pecado, y hubiera terminado muerto. La espada que el ángel sostenía era una señal de juicio en contra de Balaam.

Balaam se asustó. Dijo, "He pecado; no sabía que estabas parado allí. Regresaré a casa si lo deseas." Balaam en realidad no quería regresar; solamente su temor del ángel lo hizo dispuesto a volver. Entonces Dios lo entregó para que hiciera lo que realmente quería hacer. Podría ir al rey Balac, pero solo hablaría lo que Dios le diría.

Cuando Balaam llegó, el rey Balac lo llevó, entusiasmado, a un sitio alto. Desde allí se podía ver el campamento limpio y ordenado de los israelitas. Balaam le indicó al rey que construyera siete altares y sacrificara sobre ellos. Esto fue idea suya, no de Dios. Tenía la esperanza de que a Dios le gustarían estos altares más que los sacrificios de los israelitas, pero por supuesto ese plan no funcionó. Luego Balaam habló, pero solo pudo pronunciar bendiciones sobre Israel. ¡Ninguna maldición salió de su boca! Dijo, "No puedo maldecir al que Dios no ha maldecido. Ellos vivirán sin que nadie los moleste, y tendrán muchos hijos."

El rey Balac estaba muy enojado. Balaam le explicó, “Solo puedo decir lo que Dios quiere que diga.” El rey intentó otra vez. Llevó a Balaam a otro lugar alto. Nuevamente construyó siete altares con sacrificios, y otra vez Balaam pronunció únicamente bendiciones sobre Israel. Dijo, “Dios está con ellos y los sacó de Egipto; serán fuertes y vencerán a otras naciones.”

Al rey Balac no le gustó nada esto. Llevó a Balaam a otro lugar alto. Construyeron siete altares más, y Balaam volvió a hablar. Y por supuesto, no salió ninguna maldición de su boca, sino solo bendiciones. Dijo “Dios sacó a Israel de Egipto, y serán prósperos y fuertes entre las naciones, y tendrán muchos hijos.”

Cuando el pueblo de Dios está tan cerca de él y guarda sus leyes, son protegidos y bendecidos. Nadie puede hacerles nada sin el permiso de Dios. Balaam hubiera querido maldecir a Israel para dejar feliz al rey Balac, pero no fue posible. Si estamos dentro de la voluntad de Dios, ¡incluso nuestros enemigos nos bendecirán!

Después de esto, el rey Balac, y los demás reyes, ya no consideraron a Balaam como un hombre honorable. Tampoco fue más un profeta de Dios. Había querido ir a Moab a toda costa, porque deseaba riquezas y honores, pero lo que hizo fue deshonesto y estuvo en contra de la voluntad de Dios. Por eso, perdió muchas bendiciones. Es mucho mejor seguir los caminos de Dios sin pensar en dinero ni honores. La bendición de Dios siempre es mucho mejor. ¿Elegirás el camino de Dios hoy?

60. Saliendo del cerco protector de Dios

Mucha paz tienen los que aman tu ley,
Y no hay para ellos tropiezo. Salmo 119:165 (RVR60)

 *Números 25 | PP capítulo 41*

Balaam regresó a su casa, pero siguió pensando en cómo podría obtener más honores de parte del rey Balac. El Espíritu de Dios finalmente se retiró de él, porque era claro que Balaam ya no tenía interés en oír a Dios.

Finalmente, Balaam tuvo una idea. Volvió a Moab y le dijo al rey Balac, “Si quieres que los israelitas pierdan las bendiciones de Dios, tienes que hacerlos pecar.” Le dio un plan al rey para que hiciera pecar a los israelitas.

El rey siguió este plan. Envió mujeres moabitas para que visitaran el campamento israelita. Al principio, nadie pensó que esto era un problema. Los israelitas comenzaron a hacerse amigos de la gente de la zona, y vieron sus ídolos. Sus mentes comenzaron a llenarse de ideas que no eran buenas.

Luego los moabitas prepararon una gran fiesta e invitaron a los israelitas. Pero este tipo de fiestas no eran buenas. La gente comía y bebía tanto que terminaban haciendo cosas vergonzosas que los alejaba de la bendición de Dios. Pronto, ¡los israelitas incluso estaban sacrificando a los ídolos moabitas!

Ahora los israelitas se habían separado de Dios. No había nada que él pudiera hacer por ellos si ellos elegían separarse de él. Ahora que Dios no estaba con ellos ni los estaba protegiendo, vino una pestilencia al campamento, y miles se enfermaron y murieron.

Algunos de los líderes de Israel habían guiado al pueblo a hacer estas cosas malas, entonces Dios ordenó que ellos debían morir. Les estaba tratando de decir, "Lo que han hecho lleva a la muerte, al menos que se arrepientan y me permitan ayudarles." ¿Se arrepentirían? ¿Y qué de los hombres que recibieron la instrucción de matar? ¿Juzgarían a los culpables y los matarían, u orarían por ellos, así como Moisés tantas veces había orado por ellos? Es triste, pero los culpables no se arrepintieron, y los demás tampoco oraron por ellos; simplemente agarraron sus espadas y mataron. Dios no deseó todas estas muertes; él solo añoraba que la gente se arrepintiera.

Después que murieron estos hombres, el resto de los líderes y el pueblo lloraron y le pidieron a Dios que los perdonara a todos. La pestilencia todavía estaba matando a muchos en el campamento. Mientras esto sucedía, un israelita llamado Zimri entró al campamento con una mujer moabita, y la trajo a su carpa como si ella fuese su esposa. Esta mujer adoraba ídolos. Dios les había dicho muchas veces que no se casaran con idólatras, pero a Zimri no le importó. Mientras estaba con esta mujer, la plaga en Israel no paraba. Finalmente, Finees, el hijo de Eleazar el sumo sacerdote, entró a la carpa de Zimri y los mató. Ahora que estaban muertos, no había ya más nadie que estuviera rompiendo la ley de Dios activamente, y Dios por fin pudo proteger al pueblo nuevamente. Satanás ya no pudo seguir interfiriendo, y Dios hizo que la plaga se acabara.

Mientras los israelitas seguían las leyes de Dios, habían estado dentro de lo que la Biblia llama el cerco de protección, y las bendiciones de Dios estuvieron con ellos. Pero al desobedecer las leyes de Dios, se alejaron de él y dejaron ese cerco, y ya no estuvieron protegidos, y vinieron las plagas y la muerte. Es triste que Balaam comprendía esto, pero usó este conocimiento para hacer que Israel pecara y perdiera las bendiciones de Dios. Balaam eventualmente perdió la protección de Dios también, y murió en una batalla.

El cerco de protección de Dios es nuestro lugar más seguro. ¿Deseas tener la paz, la libertad y la seguridad de Dios? Dile que deseas entrar hoy en su cerco de protección.

61. Despidiendo a Moisés

La comunión íntima de Jehová es con los que le temen,
Y a ellos hará conocer su pacto. Salmo 25:14 (RVR60)

 *Deuteronomio 34; Judas 1:9 | PP capítulo 43*

Moisés tenía la esperanza de que Dios cambiara de idea y que le permitiera aunque sea cruzar el Jordán y pisar la tierra de Canaán un ratito. "¿Puedo, Señor?" preguntó. Pero Dios le contestó con suavidad, "No me vuelvas a hablar de esto. Verás la tierra desde el monte." Moisés sabía que Dios es justo y amoroso, y aceptó la decisión de Dios. El pueblo tenía que ver que las consecuencias del pecado también afectaban a Moisés.

Por última vez, Moisés le recordó al pueblo la ley de Dios. Habían pasado cuarenta años desde que Dios les había dado los diez mandamientos en Sinaí, y todos los estatutos y juicios que les enseñaban cómo vivir de manera que podrían guardar los diez mandamientos. Moisés quería que el pueblo los recordara, y que entendiera cuán importante era guardar la ley de Dios, para que Dios pudiera seguir bendiciéndolos y protegiéndolos. Moisés también les recordó todas las historias de lo que ocurrió en el desierto, lo que Dios había hecho por ellos, y cuán poca fe habían tenido en él. Los animó a que confiaran en Dios y lo obedecieran siempre. Es importante recordar cómo Dios ha guiado a su pueblo, y a nosotros, en el pasado.

Dios había elegido a Josué para que guiara a Israel una vez que Moisés ya no estuviese. Moisés llevó a Josué al santuario y lo dedicó allí. Animó a Josué y le pidió al pueblo que lo escuchara.

Después de eso, Dios le dijo a Moisés que subiera al monte Nebo. Moisés bendijo al pueblo de Israel, y dejó el campamento por última vez. Subió solo a la cima del monte Nebo. Luego se sentó y miró hacía abajo, a gran parte de la hermosa tierra de Canaán. Moisés luego pensó en toda su vida y en las cosas que habían sucedido. Dios le contó del futuro: lo que sucedería con los israelitas, cómo Jesús vendría y moriría en una cruz. Dios también le mostró escenas de los últimos días y cómo va a ser la segunda venida de Jesús. Vio cómo va a ser la tierra cuando ya no haya más pecado, su belleza, y cuán felices y en paz estarán todos. Moisés había sido un amigo tan cercano de Dios, y había confiado tanto en él, que Dios le pudo mostrar todas estas cosas.

Luego Moisés se acostó y murió. No había ningún ser humano allí con él. La Biblia nos cuenta que Jesús mismo lo enterró.

Un tiempo después (no sabemos cuánto), Jesús vino para resucitar a Moisés. Satanás discutió con él, diciendo, "¡No tienes derecho a resucitarlo! ¡Él pecó!" Nadie antes había sido resucitado ni llevado al cielo, y hasta ese momento Satanás pensaba que la muerte era final.

Jesús no le discutió a Satanás. Podría haberle gritado con enojo por todo el mal que había hecho, pero no lo hizo, porque Jesús no hace las cosas de esa manera. En cambio, Jesús le dijo a Satanás, "Que el Señor te reprenda." Jesús confiaba que su Padre se encargaría de Satanás, y él simplemente vino a hacer lo que tenía que hacer, que era resucitar a Moisés de la muerte. Moisés se había

arrepentido por sus pecados, y Dios lo había perdonado. Jesús lo resucitó, y Moisés ahora está en el cielo.

Dios quiere tener una relación cercana con cada uno de nosotros, así como la tuvo con Moisés. Podemos tener la misma fe, confianza y obediencia que Moisés tuvo. Pidámosle a Dios que nos ayude a acercarnos a él cada día para que lo podamos conocer en forma especial, como lo hizo Moisés.

Índice Temático

Hemos provisto este índice para ayudarte a encontrar historias específicas. **Los números se refieren a las historias (no a los números de página)** dentro de este volumen.

Aarón, muerte 56
Aarón, sumosacerdote 50
Abimelec 22, 26, 27
Abraham y Abimelec 22
Abraham, sacrificio/fe 24
Abram en Egipto 14
Abram sale de Ur 13
Abram y la promesa de Dios 17, 18
Abram y Lot 15, 16
Abram, altares 14
Agar 19, 23
Amalecitas 43
Amoritas, batalla 58
Apedreamiento 55
Apedrear, 55
Arca del diluvio 8
Babel, torre 10
Balaam 59, 60
Balac 59
Basán, conquista 58
Becerro de oro 47
Bronce, serpiente 57
Burro que habla 59
Cades, Moisés 56
Caín y Abel 6
Cavar con báculos 58
Codornices 42
Coré, Datan y Abiram 54
Creación de seres humanos 3
Creación del mundo 2
Diez mandamientos 45
Diez mandamientos, nuevas tablas 48
Diluvio 9
Egipcio, hijo de padre 55
Enoc 7
Esaú y Jacob 28
Escalera, sueño de Jacob 29
Espías, doce 53

Gloria de Dios, ver 48
Horeb, roca 42
Isaac, bebé 23
Isaac, esposa 25, 27
Isaac, hijos 27
Isaac, pozos 26
Isaac, sacrificio/fe 24
Ismael 19, 23
Jacob lucha 31
Jacob y Esaú 28
Jacob y Labán 30
Jacob y Raquel 30
Jacob, hijos y esposas 32
Jacob, sueño 29
Jetro 44
Job 11, 12
José perdona a sus hermanos 36
José, esclavo y prisionero 34
José, gobernador 35
José, sueños 33
José, vendido como esclavo 33
Josué y Caleb 53
Leña, juntar en sábado 55
Lot 15, 16, 21
Lucifer, rebelión 1
Maná 41
Mandamientos 45
Mar Rojo, cruce 40
Mara 41
Matusalén 7
Miguel 1
Miriam, lepra 52
Moabitas, mujeres en el camapamento 60
Moisés, bebé 37
Moisés, escape a Madián 38
Moisés, muerte 61
Moisés, pecado 56
Moisés, sosteniendo sus manos 43
Moisés, zarza ardiente 38
Monte Sinaí 45
Nadab y Abiú 51
Noé 8, 9
Og rey de Basán 58
Pacto de Dios 45
Pacto del hombre 46
Pecado, Adán y Eva 5
Pecado, su comienzo 1
Pies de Dios, ver 47
Plagas en Egipto 39
Pozos, Isaac 26
Rebeca, esposa para Isaac 25
Rebeca, hijos 27
Rebelión contra Moisés 54
Roca, sale agua 42
Sábado 4

Santuario, construcción 49
Sara 22, 23
Sarai 13, 14, 19, 20
Serpiente alada 5
Serpiente de bronce 57
Setenta ancianos 52
Sodoma 21
Torre de Babel 10
Vara, Aarón 54
Viendo la gloria de Dios 48
Viendo los pies de Dios 47
Visitantes para Abraham 20
Zimri 60

Los Libros de MOISÉS

¿Cómo comenzó todo? ¿Porqué existen el pecado, el dolor y la tristeza en el mundo? ¿Quién es Dios, y será que realmente le importamos? Este libro busca contestar estas preguntas. Relata la historia del trato de Dios con su pueblo desde el principio del tiempo hasta el final de la vida de Moisés. Sin embargo, estas historias no pueden comprenderse plenamente al menos que se las lea a través de la lente de la vida de Jesús, que es la imagen perfecta del carácter del Padre.

Es nuestra oración que, a través de este libro, nuestros preciosos hijos puedan comprender y ver un cuadro claro de un Padre amoroso que siempre es misericordioso, y que busca solamente bendecir y restaurar a sus hijos. El carácter de Dios y su pacto eterno (conocido como el pacto nuevo) que ha hecho con sus hijos es el tema recurrente de este libro. Rogamos que este volumen ayude a que tú y tus hijos puedan conocer con mayor profundidad a nuestro amoroso Padre y su Hijo.

MARANATHA MEDIA